Gyula Krúdy

El premio de las damas

Traducción de Adan Kovacsics

LA FUGA

Índice

En serio
Gyula Krúdy
El premio de las damas
Créditos
Preámbulo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

En Serio,

19.

Gyula Krúdy

(Nyíregyháza, 1878 - Budapest, 1933)

Gyula Krúdy nació en Nyíregyháza, en el noreste de la actual Hungría. En 1911, ganó reconocimiento gracias al personaje de Simbad, al que dedicaría varios relatos a lo largo de su carrera, algunos de los cuales recopilados en el libro Simbad, publicado en esta misma colección. Su gran fama se debió a su obra literaria, pero también a hechos como batirse en duelo con un oficial de los húsares, cuando durante una discusión en un local, Krúdy le quitó el sable para entregárselo a una dama. A partir de 1940, el novelista Sándor Márai se dedicó a la recuperación de su obra, describiendo a Krúdy como el precursor de la literatura húngara moderna.

Gyula Krúdy

El premio de las damas

traducción de Adan Kovacsics

Título original: Asszonyságok díja
Edición digital: Noviembre 2022

© de la traducción: Adan Kovacsics, 2022
© de la ilustración de la cubierta: Chini, 2022
© de la presente edición: La Fuga Ediciones, 2022

Corrección: Olga Jornet
Revisión: Iago Arximiro Gondar Cabanelas, Leticia Clara Cosculluela Viso

Diseño gráfico: Tactilestudio comunicación creativa
Maquetación digital: Iago Arximiro Gondar Cabanelas

ISBN: 978-84-125737-7-0

Todos los derechos reservados:
La fuga ediciones, S.L.
Passatge Pere Calders 9
08015 Barcelona
info@lafugaediciones.es
www.lafugaediciones.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

La traducción del Preámbulo de esta novela se realizó con los participantes en el Seminario de Traducción Húngaro-Español que se celebró en julio de 2021 en la Casa del Traductor de Balatonfüred.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda financiada por el Petőfi Literary Fund.

Entonces, forastero, si puedes sin que tiembles,
contempla su alma, el reposo que calma su suerte,
observa cómo quema el corazón árido y solitario
el terrible recuerdo de los execrables años,
mira, mas ¿quién ha visto, quién verá alguna vez
libre al secreto espíritu, al hombre tal como es?

Lord Byron, El corsario

Preámbulo

Mi lira canta banquetes de boda, funerales y bautizos, tres delicias de la vida aún más divertidas que el amor, de las que no es posible saciarse.

Dejamos el acalorado torbellino del baile nupcial y nos subimos a un coche fúnebre, para visitar a quienes ya jamás bailarán en boda alguna: van con las manos enlazadas, hastiados, dando pasos largos y escuálidos, ocultos bajo una sábana fantasmal, tras ventanas iluminadas de arriba abajo, y nunca fruncirán sus labios apáticos para silbar, por más alegres que resuenen las cuerdas. También ellos, también los eternos impasibles, viven en ciudades, aunque nadie les envía invitaciones de boda ni por equivocación. Como mucho reciben un ejemplar de muestra de la nueva revista semanal.

Pero acabamos por irnos también del banquete funerario, donde los que siguen con vida disfrutan aún más de la comida y de la bebida por haberse ahorrado el cubierto del finado.

En el funeral ya todos han dicho lo suyo sobre el muerto, los empedernidos oradores hojean bajo la mesa el librito Brindis de Mélyacsai, las copas chocan, a los viejos se les enrojece el rostro de alegría (porque la de la guadaña no se los ha llevado a ellos), y un heredero feliz ya empieza a probar las cerraduras de los armarios, pero nosotros no heredamos nada, de modo que sin pena en el corazón nos mezclamos con los solitarios, que ni a un muerto tienen y a lo sumo se tumban cada noche ellos mismos en el ataúd para despertar maravillados a la mañana siguiente.

El bautizo (como la matanza del cerdo) ofrece otra ocasión para empacharse de manjares y soltar un sinfín de sandeces a instancias de los padres y demás comensales, los compadres tratan de mostrar su mejor cara y la madrina mece aquel día al bebé como si lo amara de veras.

Beben sin medida y frotan los bigotes mojados de vino contra el niño, contra su madre que aún guarda cama o la madrina engalanada, pero nosotros no aprovechamos la ocasión para animar a las jóvenes a ser madres, sino que preferimos ir a lamentarnos con las que no tienen críos.

Así pues, esta novela no es ni alegre ni triste, sino simplemente como la vida bajo la mayoría de los techos de Pest. Hay un poco de fantasía, un poco de experiencia y no tanto de sueño en este libro, en el que alguien se imagina cómo viven sus conciudadanos en Pest. Qué rezan en la casa de Dios y cómo obran cuando creen que nadie les ve. Qué piensa en su interior el novio acicalado y qué la novia bajo su

mirto. Por qué zapatea el que baila, y por qué entorna los párpados la que baila. Qué dicen los viejos y qué piensan las mujeres para sus adentros. Aquí se alinean una serie de pequeñas calcomanías que muestran una imagen por una cara y otra cuando frotando con la yema del dedo le quitamos el papel que las cubre.

Todos acudimos a bodas y entierros, a banquetes funerarios y fiestas de bailes, a bautizos y adustos tribunales. Por tanto, con este libro podemos aprender, además de conducta, moda y costumbres, cómo vivir para tener una larga vida en esta Tierra.

Vibran tensas las cuerdas, resuena la trompa, salta el címbalo hasta el techo, comienza la alegre música nupcial, con la que todos muestran cómo bailar, cómo actuar para no perder nunca las ganas de casarse.

Capítulo primero

en el que un pacífico ciudadano se resiste

El demonio que gobierna el mundo llegó un día a Pest y encontró refugio en la casa del dueño de una funeraria.

El dueño de la funeraria ya se había dado cuenta a primera hora de la tarde de que algo no estaba en regla en su casa. Se rebelaron los muebles, desobedeció la silla que quería poner en el sitio en el que estaba desde hacía veinticinco años, las cerraduras de toda la vida en los armarios y en los cajones se negaron a realizar su servicio, un taburete que llevaba lustros sin moverse de su lugar junto a la ventana (y en el que la esposa del dueño de la funeraria solía descansar los pies, mientras vivió, a la vez que contemplaba, ya marchita, la melancólica plaza Bokréta, sus sombríos muros de cortafuegos y sus vallas destartaladas) se empinó de pronto como un perro que se dispone a abalanzarse sobre las piernas de un transeúnte. Las antiguas cortinas de encaje que colgaban indiferentes ante las ventanas proyectaron una sombra sobre la habitación. Y la sombra era como la del humo o la del viento que recorre los prados. Sin embargo, no había allí ni humo ni viento. La penumbra que a esa primera hora de la tarde se posó sobre la casa inquietó al papagayo del dueño de la funeraria, al que este tenía recluido en una jaula y de cuyos conocimientos del inglés se sentía orgulloso. En medio de esa tiniebla, el papagayo comenzó a despotricar en inglés, después se puso a imitar el llanto de un niño y a continuación, para asombro del dueño de la funeraria, habló en húngaro: gritó nombres que había oído y registrado en algún momento. El papagayo llamó a antiguas criadas que circulaban descalzas por la casa, mientras inflaba el plumaje y se balanceaba inquieto de un lado hacia el otro. Llamó a Berta, llamó a Olga, personas que durante algún tiempo habían representado el sexo femenino en el hogar del dueño de la funeraria, peinaban sus largos cabellos, se sentaban a la mesa y daban palmadas a la almohada antes de acostarse; mujeres cuyas faldas huérfanas, cerradas ahora en el armario, guardaban cierta fragancia femenina, olor a perejil, a harina y a almizcle. El dueño de la funeraria amenazó al papagayo con una bofetada, pero luego vio, un tanto turbado, las manecillas del reloj que una mano invisible había adelantado. Apenas le quedaba tiempo ya para cambiarse con el fin de acudir a los entierros de la tarde.

János Czifra —que ese era el nombre del dueño de la funeraria— había conocido en esos veinticinco años lo que era la muerte, había enterrado a unos diez mil hombres, mujeres, niños y ancianos de Pest, no le resultaban nada nuevo los llantos, los lamentos, las

desesperaciones, y por eso mismo mostraba una calma considerable en las diferentes circunstancias de la vida. Si bien no era un lumbrera, en los muchos años de actividad había aprendido que la vida y la muerte solo estaban separadas por una estrecha franja fronteriza, de manera que no merecía la pena preocuparse por las menudencias de la existencia. Era un hombre muy honesto, pagaba puntualmente los impuestos, no tenía deudas, trataba con caridad a los pobres, ningún pecado grave pesaba, por lo que sabía, sobre su conciencia, nadie en todo Budapest fumaba puros con tal calma, se quedaba durante horas sentado en la silla sin moverse, pocas veces miraba por la ventana, su comercio permanecía tranquilo, impertérrito, como el de los curas, el de las muñecas, el de los médicos, no lo perturbaban las variaciones climáticas, no lo angustiaban las preocupaciones, le importaba poco el más allá, pues no creía que existiera, bebía vino con moderación, se acostaba temprano, jamás lo atormentó el insomnio, tampoco había estado nunca enfermo por lo que recordaba, iba una vez al mes al teatro para ver alguna «tontería» que olvidaba en el acto, la política no le interesaba, no era remilgado con la comida, desconocía lo que era la ambición, iba viviendo tranquilamente, lentamente, sin hacer ruido, sin percatarse siquiera de que sus colegas, los otros dueños de funerarias, lo rodeaban con cierto respeto y hasta con admiración. Vivía como aquel anciano ciudadano al que se acompaña a su última morada entre el respeto y la lamentación de todo el mundo y cuyo entierro organiza la casa de pompas fúnebres Ciprés.

Ese día, János Czifra volvió de los cementerios al anochecer. (También tenía trabajo en el cementerio judío, donde solía dialogar con el encargado sobre el aumento generalizado de los precios.) Se quitó el traje oscuro, guardó la cartera en la caja fuerte, se puso las pantuflas y se instaló cómodamente en el sofá. Esperó con paciencia la cena, que el ama de llaves preparaba poco a poco y servía hablando con las cacerolas y arrastrando los pies en la cocina. Después de sentarse a la mesa, Czifra, hombre corpulento y reflexivo de unos cincuenta años de edad, mató el tiempo de espera mojando trocitos de pan en la sal y en la páprika y frotando los cubiertos con la punta del mantel para luego atarse cuidadosamente la servilleta al cuello, mientras se quejaba de que la lámpara brillara con una luz tan tenue, sin duda porque el ama de llaves no le había quitado el polvo... Y entonces ocurrió que el Demonio entró en la habitación.

János Czifra no vio al Demonio, pues nadie lo había visto con ojos humanos. El dueño de la funeraria solo se percató de su sombra, la cual se proyectó de golpe sobre la habitación, sobre la mesa blanca, sobre los platos. Y esa sombra no se parecía a la que aquella tarde había arrojado la cortina de encaje. Sin embargo, tampoco a la peculiar sombra distorsionada y misteriosa que los inmóviles muertos

proyectan sobre el sudario o sobre la almohadilla de seda blanca bajo la cabeza. El dueño de la funeraria conocía bien esas frentes empinadas que se alargaban hacia atrás, esas narices curvas, esas quijadas sin compañía, sumidas en la más absoluta soledad, esas orejas crecidas, esos bigotes alborotados, esas barbas que se habían vuelto extrañas, y conocía asimismo las sombras que arrojaban sobre el revestimiento interior de los ataúdes. No le asustaban los ojos que habían quedado abiertos, duros como piedras, ni los ojos cerrados mostrando eterno desprecio y definitiva renuncia. Ni las pestañas huidas de las que solo se conservaban las sombras sobre la pared azulada de los párpados.

Esa sombra era diferente de todo cuanto había visto hasta entonces.

Oscura e informe como el sepulturero en el fondo de una tumba abierta a la hora del crepúsculo. Incorpórea como el vapor o el humo del dolor y del tormento en la habitación de la que acaban de llevarse al difunto. Inodora como el viento que zarandea el ramaje alborotado de los sauces llorones. Inasible como los sueños que devuelven el cuerpo y el calor del marido a la fría cama de la viuda. Y terrorífica como el resucitado que regresa del cementerio y recorre desnudo la casa en que extraños llevan ya puestos las faldas y los pantalones heredados. No estaba ni viva ni muerta. Era un grito que resonaba en la noche desde lejos, desde el camposanto, cuando los muertos se aferran atormentados a los crucifijos y gritan en vano pidiendo socorro al silencio.

—¿Cree usted en los fantasmas, señor Czifra? —preguntó en voz alta el dueño de la funeraria, como cuando el maestro pregunta a sus alumnos.

—No creo en los fantasmas —se respondió a sí mismo—, porque los fantasmas no existen.

Alguien abrió de golpe la ventana de la habitación contigua y el viento soltó una carcajada en la calle.

János Czifra se levantó de su sitio, juntó las manos a la espalda y se dirigió a pasos menudos a la habitación de al lado donde con una sonrisa en los labios quiso comprobar si el viento había tumbado algo. Cerró la ventana, soltó una discreta tosecita y después volvió a ocupar su sitio a la mesa haciendo sonar su plato para mostrar impaciencia o simplemente para entretenerse.

—¿Qué pasa con la cena? —preguntó a la anciana ama de llaves.

No, en absoluto estaba dispuesto a reconocer que un nuevo habitante se había instalado en la casa. Por él, el intruso podía hacer lo que quisiera, él no estaba dispuesto a perder la calma. Le rascó el cuello al papagayo con el dedo índice, le dio un trocito de crepe, tiró de la cuerda del reloj musical y, tendido en el sofá, se puso a fumar el

tercer cigarro de su cuota diaria, ya en mangas de camisa, con los brazos cruzados, escuchando el viejo vals que sonaba entre los marcos de los cuadros.

Capítulo segundo

en el que el Maligno lleva al dueño de la funeraria a un banquete de boda, y lo que a partir de allí ocurre

El papagayo gritó por la mañana:

—¡Eh! ¡La mañana!

János Czifra se despertó tranquilamente, como siempre. Echó un vistazo a su pequeña agenda, como todas las mañanas, y llegó a la siguiente conclusión. Que era domingo. Día de San Pedro y San Pablo. Había de visitar a dos muertos y organizar su entierro.

Uno de los muertos, la viuda de un tal Károly Krúz, era un caso curioso incluso en la larga experiencia del dueño de la funeraria.

El día anterior, a eso del mediodía, la viuda había enviado a una mensajera a la oficina de la funeraria para pedirle que fuera a verla. János Czifra cogió el maletín negro en el que guardaba los «formularios de admisión» y se dirigió al lugar señalado. La viuda vivía en la periferia del distrito de Ferencváros y la vecina, que había traído su mensaje, hizo pasar al honorable János Czifra a un típico piso de las afueras, más bien pobre y de mal olor. De entrada, la pobreza de la vivienda no gustó al dueño de la funeraria. Los muebles carentes de esperanza, las sillas hartas de vivir, las ventanas indiferentes se quedaron observando a ese caballero de traje negro que miraba extrañado alrededor con sus bondadosos ojos.

La viuda estaba sentada en una silla, envuelta en un pañuelo, delgada, pálida, lánguida, como un sauce llorón en pleno invierno.

—¿Dónde está el fallecido? —preguntó el dueño de la funeraria después de volver a pasear la mirada por la habitación.

—¡Soy yo, señor Czifra! —respondió con voz apenas audible la viuda.

—¡No me tome el pelo! —dijo el dueño de la funeraria.

—No le tomo el pelo —respondió resignada la viuda—. Noto que moriré dentro de una hora, pues llevo ya mucho tiempo enferma. Me he confesado, he recibido la extremaunción, he resuelto mis asuntos terrenales, de manera que ya solo me queda mi entierro. Por eso he pedido que venga, señor Czifra, para que lo hablemos.

El dueño de la funeraria miró alrededor con cierta desconfianza. Jamás había hablado con un muerto sobre la cuestión de los gastos. Sus facturas, rodeadas todas de un recuadro negro, siempre empezaban de la siguiente guisa: «Factura para Fulano, que descansa en el Señor». ¿Cómo podía presentar una factura a un muerto todavía vivo? Se dirigió por tanto a la puerta y saludó con su sombrero de paja negro:

—No me tome el pelo, señora. Le recomiendo a los señores Strikk y Knobler, propietarios de Memoria Eterna, calle Kegyelet 8, a lo mejor podrá gestionar con ellos el asunto. Siempre a su servicio, señora.

La viuda se levantó entonces de su asiento. Terrible fue ver esa figura ajada, esquelética, enderezarse y mostrar toda su altura ante el dueño de la funeraria. Su rostro ceniciento lo miró como si fuese desde una lejanía, desde una noche otoñal, desde una marchitez eterna, mientras su voz resonaba como un terrón que caía sobre la tapa del ataúd:

—¡Alto, señor Czifra, que aún quiero decirle algo! ¿De ningún modo está usted dispuesto a encargarse de mi entierro?

—Le repito, señora. Nuestra empresa solo se dedica a entierros militares. En muy pocos casos me veo obligado a asumir algún entierro civil. Nosotros enterramos tanto a generales como a soldados rasos. Diríjase a otros, señora.

—Señor Czifra —exclamó crispada la viuda—, a usted se lo conoce como un hombre honesto en el barrio. No podrá rechazar la última petición de una mujer solitaria, abandonada por todo el mundo. Yo he visto ya sus entierros. Siempre ha organizado usted unos entierros maravillosos. Incluso los cortejos de las criadas suabas son como de auténticas duquesas.

—Le agradezco su reconocimiento —respondió el dueño de la funeraria—. Llevo a cabo con toda mi honestidad los encargos que asumo. Pero en ningún caso puedo asumir su entierro, señora.

—Con lo que me gustaría tener un ataúd de roble y una mortaja de seda. Y cuatro caballos, un sacerdote y un chantre. Tengo dos mil forintos ahorrados. Aquí están, en el cajón de la mesa.

La mujer extrajo el dinero y lo contó. Mientras desplegaba los billetes, murmuró con voz languideciente:

—Ya no me quedan en casa ni una cucharada de manteca, ni una gota de harina, ni leña menuda. Me he quedado sin nada, he agotado mis provisiones, porque hoy mismo voy a morir de todos modos. Deme un recibo por los dos mil forintos, señor Czifra, y encárguese de mi entierro.

—Al margen de todo —respondió János Czifra—, el entierro que usted desea, señora, le costará mucho más que dos mil forintos. Sin duda, la señora querrá yacer en la capilla de los «100», bajo un catafalco revestido de negro... Querrá situarse al menos en la tercera fila... No, señora, no puedo aceptarlo. Por mi honor, no puedo.

Estas palabras pronunció János Czifra, y si bien era en todo momento un hombre rebosante de dignidad, de una calma ejemplar y de una flema imperturbable, esta vez salió a toda prisa por la puerta y descendió a paso ligero por las escaleras de aquel edificio de la periferia.

Se dirigió a su tienda, más concretamente a su despacho para ver si alguien lo había buscado durante su ausencia, pero al llegar se encontró con la vecina de antes. Aquella esposa de un mozo de oficina lo esperaba en el umbral, con los ojos llorosos, con el pañuelo tapándole la frente.

—¿Ahora qué quiere? —le preguntó impaciente János Czifra.

—La viuda falleció tan pronto como usted se marchó, señor Czifra. Tenía un último deseo...

—Que yo la entierre —la interrumpió el dueño de la funeraria—. Ya le dije a la viuda que no me haría cargo.

Esto dijo János Czifra y cerró la puerta con cierto enfado. Preparó algunas facturas «en nombre de Dios», escuchó el informe de Stefánek sobre el obeso general de artillería que rompió dos veces el ataúd de madera hasta que finalmente consiguieron cerrarlo a martillazos y estaba ya a punto de partir cuando un coche de alquiler se presentó ante la pequeña y oscura tienda y del carruaje emergió, vestida con el hábito blanco de los muertos, con zapatos también blancos, con un velo blanco sobre el cabello cano y revuelto, la difunta, o sea, la viuda de antes. Con las manos embutidas en guantes blancos y hechos jirones sujetaba un ramo de rosas y los dos mil forintos.

Tambaleándose entró por la puerta.

Su rostro parecía un saco vacío. La vida había huido de sus ojos, el color y la voz se habían marchado como el correcaminos. Entre tanta prenda blanca, solo el hueco negro de la boca y la dentadura amarilla apuntaban a János Czifra.

—Si no se encarga usted de mi entierro, me moriré aquí mismo en la tienda —dijo con voz ronca la viuda. Y en ese mismo instante se desplomó sobre un ataúd de metal.

Czifra se asustó. Quizá temiendo por el valioso ataúd metálico o tal vez realmente conmovido por los padecimientos de la mujer, en un amén introdujo en el cajón del escritorio los billetes arrugados por aquellas manos crispadas y comenzó a redactar de prisa y corriendo la factura rodeada de un recuadro negro: «Descansa en el Señor...».

—¿Cómo se llama?

La viuda, jadeando, tardó en tomar aire. Al final, cual si fuesen sus últimas palabras, dijo:

—Viuda de Károly Krúz.

La pluma crujía en la mano del dueño de la funeraria, el polvillo caía como una llovizna, el papel crepitaba. La viuda se incorporó con un enorme esfuerzo. Y afloró entonces en su rostro una sonrisa, la que los poetas denominan «sonrisa del paraíso». Con manos temblorosas, torpes, deseosas de alejarse ya de la vida apretó el documento contra el pecho y salió de la tienda con pasos tambaleantes, como una sonámbula. La puerta enclenque, chirriante, decrépita del carruaje de

alquiler se cerró tras ella, y el jamelgo se llevó a la difunta, mientras el cochero miraba alrededor con expresión socarrona desde debajo del sombrero que llevaba bien calado.

Ese era uno de los entierros de los que János Czifra había de ocuparse esa tarde.

El otro no le causaba tantas pejigueras, pero implicaba mayor responsabilidad.

Una vez más, se trataba de un militar obeso. En esos tiempos de paz perpetua, los oficiales de alto rango habían engordado de manera extraordinaria. Los generales pesaban toneladas cuando llegaban a manos de János Czifra. ¡Y los problemas que causaban sus condecoraciones, que había que tener en cuenta en todo momento! El general, cuyo entierro también estaba fijado para ese día, había servido en la intendencia, y el dueño de la funeraria se espantó de verdad cuando le mostraron su cadáver. Dos veces dio la vuelta alrededor de su lecho de muerte. A este general, hasta el Pontus más grande que tenía en el almacén le quedaba pequeño. El Pontus —que así se llamaba el ataúd más voluminoso en el mundo del comercio funerario— no podía acoger ni la mitad de ese extraordinario general. Como cada vez que se topaba con un problema, János Czifra enseguida mandó llamar a Stefánek. (Stefánek había sido en su día ayudante del forense en el hospital Rókus y era sumamente versado en asuntos de muertos.) Stefánek echó un vistazo al militar y dio dos vueltas a su alrededor.

—Es un general, no se lo puede estrujar —explicó el dueño de la funeraria.

Stefánek se detuvo. Pensó durante unos segundos.

—Habrá que extraerle la sangre —dijo tras pensar un rato.

—Es un general —repitió János Czifra.

—Aunque sea cien veces general, no puedo recomendarle otro método.

János Czifra asintió con tristeza. Stefánek pinchó al general, a lo cual este se alivió considerablemente. Acto seguido, cupo sin mayores problemas en el Pontus. Un escalofrío le recorrió la espalda al dueño de la funeraria al pensar que a la comandancia de la ciudad se le podía ocurrir inspeccionar al general antes del cierre del ataúd. ¿Qué dirían los bigotudos coroneles, los rigurosos comandantes, los implacables sargentos cuando vieran a su antiguo jefe en un estado tan disminuido? Por fortuna, nadie sintió curiosidad por el difunto, a lo sumo lo maldijeron los soldados que en una tarde de fiesta, en vez de salir a divertirse, habían de desfilar rumbo al cementerio militar y rendir debido tributo al fallecido.

János Czifra volvió a recorrer mentalmente las tareas del día y se marchó de casa con el objeto de realizar sus gestiones en las diversas

parroquias. A la viuda de Károly Krúz le bastaría un capellán. Para las honras fúnebres del general, sin embargo, habría que convocar al menos al obispo castrense.

Su camino lo llevó a la plaza Bakáts. En esa plaza en que el peatón sube y baja por escalones, donde llevan años construyendo edificios que luego vuelven a derribar, las mujeres se aburren sentadas sin enaguas al sol para que el transeúnte tenga que volver a elegir ese mismo camino en otra ocasión, las embarazadas permanecen de pie ante la maternidad mientras miran pensativas a lo lejos, purificadas de su vida anterior, sin deseos, esperando cada una al Mesías que llevan bajo el corazón, y allí se alza roja y rígida la iglesia, nueva como los muebles de los hombres que se han enriquecido de golpe, severa y fría, ruidosa y llena. A pocos pasos se halla el edificio del mercado, como si fuera el hermanastro de esta iglesia de color de carnicero. Llama la atención que no lleve escrito en una pizarra negra el precio del kilo de carne de cordero y de pata de ternera.

Ese día, las muchachas ya iban vestidas de blanco por el distrito de Ferencváros. Empezaban por Pentecostés, continuaban el Día del Corpus y por San Pedro y San Pablo ya todo el mundo en el barrio conocía los zapatos y vestidos blancos de las señoritas. En ninguna parte quizá más que la plaza Bakáts iban tan esperanzadas las piernas envueltas en medias blancas y zapatos blancos. Las suelas seguían todavía blancas en algunas partes, y la ropa olía tan bien como en general las señoras cristianas devotas. Unas gotas del rocío de las flores habían caído sobre los ojos, los cabellos se presentaban frescos y lozanos como el amanecer, los rostros no mostraban huella alguna de pesar, de enfado o de miseria. Era día de fiesta. Todos se habían lavado. Un rey, ese que lleva sobre la nariz unas gafas que le permiten ver desnudas a las personas, no habría sido capaz de descubrir ni una sola mota en las señoritas del distrito de Ferencváros en la misa. Como si no hubieran soñado nunca con coches de bomberos, con caballos, con burros, con ancianos que sufrían arcadas, con el rifle de agua del joven jardinero, con todas esas cosas en las que las muchachas en su inocencia se adentraban, en los días ordinarios, por la vileza de los sueños engañosos. Los rostros se volvían con feliz confianza hacia el reloj musical al lado del altar... El hombre salvaje armado con una porra que las había asustado durante la noche se perdía en la lejanía mientras todos se arrodillaban en medio de la sonora Elevación y sonaba maravillosamente desde el coro una voz femenina que cantaba allí en lo alto la más hermosa melodía de los ángeles. Los corazones se encogían, los ojos se entornaban, y los recuerdos del día anterior se marchaban rápido como un fugaz torrente. Los ojos miraban entonces limpios y osados al párroco que, entre sus monaguillos vestidos de rojo, alzaba, cubierto con sus vestiduras sacerdotales también rojas, el

cuerpo del Señor. Solo las rodillas descendían al suelo.

János Czifra, sin embargo, no se arrodilló durante la Elevación. Erguido, poco menos que clavó la vista en el párroco en el momento de la Consagración; abrió los ojos de par en par y los cerró luego, siempre de pie, y su mirada se paseó después de forma casi desafiante por encima de los arrodillados.

Era por supuesto el encargado de la Muerte en la tierra y por su oficio sabía desde luego más sobre la vida y el más allá, pero hasta entonces siempre había ayudado de buena gana y con interés comercial a los sacerdotes en sus quehaceres ceremoniales. Siendo dueño de una funeraria sentía cierta afinidad con las parroquias del barrio, ponía cara sumamente emocionada durante cada uno de los actos litúrgicos, era el primero en arrodillarse cuando así lo pedía la ceremonia, se golpeaba el pecho, inclinaba la cabeza, ayudaba al chantre en los momentos debidos. En una palabra, conocía los rituales, no resultaba fácil desconcertarlo ni en las misas de réquiem ni en los entierros.

Ese Día de San Pedro y San Pablo, sin embargo, miraba fijamente el altar, con expresión gélida, mientras todos permanecían arrodillados, los ancianos rezaban para que su vida se alargara, las ancianas murmuraban los nombres de sus nietos, las mujeres oraban para sus adentros como gruesas y carnosas conchas —¿quién sabía qué bullía bajo sus pezones?—, las niñas mostraban disimuladamente sus medias blancas, los cirios llameaban rojos como si un gran aliento los hubiera alcanzado, el rayo celestial se introducía como un largo brazo por la ventana en la nave de la iglesia, la voz femenina sonaba como un arpa... y János Czifra obstinado, negador, permanecía en pie en su sitio, no lejos de la pila bautismal, sin dejarse llevar por la devoción beatífica y tranquilizadora de los pobres desdichados. «No es ahora cuando toca rezar —decía para sus adentros mientras el sacristán, un joven de cara fofa y vestidura roja, agitaba la campanilla y el cepillo bajo las narices de los presentes—, no ahora cuando las camisas y los pañuelos están limpios siendo como es día de fiesta, cuando no quedan en los pies lavados restos de los pasos del día anterior ni en las bocas lavadas las voces de la verdad o la mentira de la bestia criminal... Las manos están limpias aún gracias al jabón del baño, los ojos limpios aún porque acaban de despertar, sobre los hombros no se sienta aún despatarrado el fantasma que no cesa de espolear a las personas hasta hacerlas sangrar exigiendo dinero, amor, vanidad, pecados alevosos... No hay que rezar ahora cuando el señor párroco alza el cáliz, sino cuando nadie nos ve...».

El propio János Czifra se asombró de pensar cosas tan extrañas porque el pensamiento no era precisamente lo suyo.

El párroco reaccionó enfadado cuando János Czifra se presentó por

el asunto del entierro.

—Ahora no tengo tiempo para hablar. Se va a celebrar una boda.

El dueño de la funeraria comprendió que sus entierros pasaban a un segundo plano en comparación con una boda hecha y derecha, de modo que decidió esperar a que pasara la ceremonia y negociar luego con el párroco. «¡Las setenta coronas no serán suficientes!», dijo para sus adentros, cuando por unos instantes volvió a él el János Czifra de siempre. «¡Nada, serán las setenta coronas y punto!», dijo en su interior el nuevo János Czifra. El cura se vestía ya para celebrar la boda.

En ese momento bajó del coro la voz maravillosa, que no era más que una dama rubia, de ojos azules y sombrero rojo, con una cara blanca como una tarta recién salida de la pastelería. Desde luego, parecía un pastel bastante sabroso por sus formas redondeadas, su falda color crema que dejaba entrever unas apetitosas piernas cubiertas con medias blancas. Los hombros y el cuello eran como el verano, se llamaba Olcsavszky, y con su naricita respingona hizo una mueca de burla para mofarse de la inminente ceremonia. (No era ella a la que llevaban al altar.)

El dueño de la funeraria dirigió unos cumplidos a esa rosa de Pentecostés.

—Me ha maravillado su canto. No hay ópera más bella que La Traviata.

—Pero yo no canté eso.

—Da igual —respondió el dueño de la funeraria—. Era tan bella que parecía que cantara un aria de La descarriada.

(Resulta que el dueño de la funeraria solo había visto y escuchado esta ópera y no la olvidaba jamás.)

—¡Ay la Violeta de La descarriada! —suspiró la señorita Olcsavszky—. Ojalá pudiera yo cantarla en un escenario. Por desgracia, los directores artísticos no se interesan por mi voz, de manera que no me queda más remedio que desempeñar el papel de La descarriada en la vida real.

Cualquier otro hombre de Budapest habría interpretado las palabras de Olcsavszky como una difusa invitación. Caramba, por una bella mujer hasta valdría la pena mudarse al distrito de Ferencváros. El dueño de la funeraria, sin embargo, era un autóctono y conocía perfectamente el pasado y el presente de la señorita Olcsavszky, que era de lo más honesto. Olcsavszky era una de esas mujeres capaces de enloquecer a un hombre hasta el punto de verse obligada a presentar luego una denuncia por agresión. Solo una vez en su vida acudió a una cita: en la calle Mátyás, a la que el hombre elegido llegó, bien es cierto, en una calesa, pero muerto por causa de una apoplejía. Olcsavszky, mujer supersticiosa, no acudió nunca más a una cita,

aunque pocos seres humanos con pantalones había en Ferencváros a los que no prometiera cuanto una mujer puede prometer. Desde luego, la señorita se trasladaba a menudo del distrito de Ferencváros al centro de Pest, donde su sombrero rojo o azul o su cabello rubio rizado podían verse en los cabarés y en los teatros, pasaba la Nochevieja en los cafés Emke o New York, leía novelas por entregas en los periódicos y recorría las calles con la revista literaria Nyugat bajo el brazo. Por las tardes, se escuchaban con frecuencia canciones desde detrás de las cortinas blancas de una ventana de la calle Imre, se sucedían las canciones callejeras y los cuplés subidos de tono. La señorita Olcsavszky fue la primera persona del distrito de Ferencváros en conocer la letra y la música de canciones tales como Pasado mañana será o Piso de soltero, prometedoras eran las risas que soltaba apoyada en el alféizar de su ventana de la primera planta, se cubría la frente con un flequillo y no se habría extrañado si en la calle la hubiera interpelado el «bandido del asfalto» que, por desgracia, había pasado ya de moda; era ella una «mujer moderna» que después de los conciertos invernales, en el Círculo Social o en el Casino, quedaba con algún compañero de baile para que la visitara al día siguiente a la hora del crepúsculo, aseguraba que había allí en el vestíbulo un diván adonde no llegaban las toses de la vieja y donde podrían charlar tranquilamente, incluso se teñiría el cabello de un color rojo más subido... y así pasarían luego los años hasta que sus futuros hijos se convirtieran en tenientes y capitanes... y aun entonces alguien podría visitarla aunque en ese rato habría que tapar con un pañuelo de encaje el retrato del capitán de ojos redondos. ¡Vida de artista! A ti te respetan en las ciudades de provincia y en la periferia de Pest como la eterna libertad de Venus. En los pianos, en los trinos, en los conciertos suspiran, esperan y entusiasman el amor, la gloria y la felicidad. También el ruiseñor canta con suprema hermosura cuando se dirige a su pareja.

El dueño de la funeraria no supo cómo proseguir con su cortejo, pues hacía tiempo que había perdido la costumbre. Olcsavszky le lanzó una mirada interrogativa: ¿no tiene usted nada más que decir? Y lo dejó plantado.

(Más tarde, el dueño de la funeraria escuchó cómo un caballero muy distinguido y atildado, al que Olcsavszky se arrimaba bastante, como queriendo intensificar el efecto alcanzado por el calor que emanaban su falda, sus guantes y su cabello, decía a la artista: «Es usted como la becada. Es más, como lo más exquisito de la becada, solo los grandes señores, los gourmets pueden disfrutar de su picante». Y Olcsavszky soltó entonces una risa cálida y dichosa. Y respondió lo siguiente: «Muy interesante. ¡Pero creo, Mikus, que a usted no lo han condenado aún a pena de cárcel por violación!»)

Comenzó, sin embargo, la boda, y el interior de la iglesia se llenó de los olores que solo pueden percibirse en las ceremonias nupciales: el aroma prometedor del romero, la lujuria narcotizante de las rosas, la fragancia a luna de miel de la ropa interior casi intacta todavía, recién salida de las manos de las pequeñas costureras en los talleres que preparaban los ajuares, el brillo inocente de los calzados de blancas suelas, la virginidad de los flamantes guantes, el sonido de las enaguas que tanto se dicen las unas a las otras en la boda de otra mujer; se puede jurar que las camisas de cada cual están limpias, las medias impecables, los cuellos lavados, el jazmín revolotea en torno a la novia, excitación y vanidad afloran en las arrugas de la cola del vestido, el ramo de flores de la novia es una bandera en la que se puede inscribir su mirada ardiente y lacrimosa, el novio acicalado parece venido ese día directamente de un escenario o de una novela; como si todos los presentes se hubieran echado al coleto vino tinto en abundancia, fulgen en los hombres los ojos y los bigotes, enrojecen las mujeres por el ardor interior, y solamente es de extrañar que en sus vestidos blancos no aparezcan sus vellos húmedos y ocultos, sus pezones excitados, sus deseos, sus anhelos, sus noches de insomnio. Muchos hermosos difuntos daría de sí toda aquella gente, a la que ni siquiera haría falta extraerle la sangre para que cupiera en los ataúdes: mujeres delgadas, de atractiva cintura, de piernas finas como patas de urraca y rodillas que tras el paso de la infancia solo ven el agua del baño, pechos pequeños que la mano temblorosa descubre entre suspiros en las noches de claro de luna... ¿Adónde irán a parar las ligas rojas y azules cuando envejezcan y nada cuenten ya de sus experiencias?

Junto a las tiernas vírgenes (que rodeaban a la novia como defensoras que vigilaban con su virtud la inocencia de la joven hasta que el sacerdote licenciara a ese cuerpo policial) había mujeres obesas que con la boca abierta y las piernas separadas permanecían de pie en medio de la emoción de la boda, hasta que C. J. Hult hizo sonar el órgano y llevó su sonido hasta el grado de las máximas esperanzas. (De hecho, incluso recibió una invitación al banquete que se celebraría en la casa del carnicero en la calle Mester.) Esas mujeres —ocurriera lo que ocurriera en el mundo exterior, en Pest— jamás perdían la fragancia del pan casero, ese olor delicioso que traían ya de la casa paterna. Con sus zapatillas, con sus cómodos zapatos, con sus largas faldas, difícilmente daban un paso que no pudieran confesar a sus maridos o cuando menos a sus confesores. De su piel rosada, de su apretón de manos riente, de sus bocas abiertas, de su roce amistoso emanaba de forma inequívoca la feminidad como de un matadero abierto el olor a carne fresca. Pero se enfriaban como la botella de vino que mantenían preparada para sus maridos de la mañana hasta la

noche, se metían en sus quehaceres domésticos como el caracol en su concha, opinaban que solo las mujeres galantes se desvestían con la luz encendida y ahogaban el aliento con la almohada cuando algún pensamiento licencioso surcaba las olas de su sangre como un barco de piratas. Se afanaban como esclavas en sus asuntos, sus preocupaciones, sus hijos, se alegraban de los días de ayuno, pero también de la fruta fresca, creían en la inmortalidad de los párrocos y de las monjas, se tapaban los oídos del alma ante las voces de la vida real, se refugiaban en sus cocinas cuando un hombre atractivo les concedía una mirada larga y reflexiva y muy pocas veces ocurría que engañaran con los ojos entornados y casi en éxtasis a sus maridos, tras lo cual afirmaban al día siguiente que eso había ocurrido hacía muchísimo tiempo...

Acudieron todos al banquete del carnicero, ancianas resignadas de vientre abombado que miraban con la frialdad de un cuchillo, pero que por dentro ardían como la yesca, que morirían si un soldado valiente las cogiera del brazo y de la cintura, porque ante la mirada de un extraño se avergonzaban de sus piernas surcadas por venas azules... Sí, si en sueños, tras el vino de la vendimia, bajo los plumones cálidos de la medianoche, abstraídas mientras el marido yacía ya de cuerpo presente en la habitación contigua... Si entonces llegara alguien suspirando como el fuego joven que con sus llamas recorre alegre los leños más viejos... El dueño de la funeraria pensó que acababa de cumplir los cincuenta años de edad y aplacó su interés momentáneo por las señoras de pelo blanco. Se introdujo con sus ojos morenos de mirada cálida entre las faldas de las mujeres jóvenes como quien quiere ver a toda costa algo extraordinario a esa hora.

Capítulo tercero

en el que zangolotean los tobillos,
ruge el banquete de boda, resuena la alegría,
y el dueño de la funeraria saluda a la joven pareja

El dueño de la funeraria, después de dedicar considerable atención a las jóvenes que rodeaban a la novia sin ser capaz, no obstante, de adivinar ninguno de sus pensamientos, adoptó la postura melancólica de siempre, habituado como estaba a ella en el curso de largos años acudiendo a las ceremonias que organizaba. Con gesto de tristeza y con las manos juntas permanecía en medio de ese extraordinario regocijo de la vida que vulgarmente se llama banquete nupcial. Tal banquete es la primavera de la vida, el bolso lleno de las alegrías, el grifo abierto del buen humor latente, la erupción musical de las voces exultantes que mantenemos en secreto. En el banquete nadie se aburre, todo el mundo espera más de lo que recibe, la gente habla con el corazón en la mano y da volteretas entre las flores de campanillas doradas de los prados. Hasta la muerte parece un compadre bien humorado, porque está lejos, se encuentra en el extranjero, podemos recordarlo como un emigrante excéntrico. Alguien le dio unas palmaditas en el hombro al dueño de la funeraria. Era el padre de la novia, el carnicero de mofletes rojos como tulipanes, que con su avasallador buen humor quiso meterse en el bolsillo al dueño de la funeraria, un hombre de baja estatura.

—Hoy es la boda de mi hija. Hoy agasajamos incluso a la muerte. Pondremos plato y cubiertos también para usted, señor Czifra.

El dueño de la funeraria trató de excusarse, pero al final se impuso el carnicero, que llevaba desde primera hora de la mañana empinando el codo. El señor Czifra se sentó en el último carruaje junto a un hombre con aspecto de gendarme que había venido a la fiesta procedente de Kóbánya y que en ningún momento le soltó el brazo. Al dueño de la funeraria, sin embargo, no le molestó, pues era la primera vez desde hacía tiempo que asistía a una boda. Los cocheros llamados para esta eran los mismos que solían acompañar también los funerales y esta vez lo saludaron adornados con flores. En el carruaje de Árpád, el cochero de mostacho bermejo, hasta los radios de las ruedas estaban cubiertos de flores y él mismo llevaba un gran ramo blanco en el sombrero. Heute rot, morgen tot, hoy rojo y mañana muerto, gritó el viejo cochero con voz impregnada de vino cuando saludó a Czifra. Este respondió, como solía hacer, con un mero gesto aquietador de la mano. La novia se instaló con su vestido de boda en el carruaje; sus quiquiriquís y tirabuzones morenos, todavía firmes tal como los había

dejado la esmerada peluquera, se habían empapado con la excitación de la boda; la sonrisa se congeló en su rostro cuando mareada y con la cara blanca como el papel franqueó la puerta de la iglesia y se llevó el pañuelo a los labios; ¡qué terrible sería si su estómago revuelto le ensuciara el vestido! El recién casado saludó a diestro y siniestro con el sombrero de copa, exactamente tal como había imaginado todavía en casa. Saludó a la puerta de la iglesia, al sacristán, a los boquiabiertos, a las señoras apostadas con bata y prismáticos en los balcones. Un día hermoso. Todos se reían. ¿No sobresalía del traje alguna prenda de ropa blanca? Turbado, abrió la cigarrera que llevaba en el bolsillo del chaleco y estaba a punto de encender un cigarrillo cuando János Czifra, que hasta entonces no había abierto la boca, le señaló con voz grave:

—No es de buena educación encender un cigarrillo.

Se estremeció el novio por el tono grave de la voz, así como por el rostro solemne, pero aun así amable, y entregó rápidamente al cochero el pitillo que ya tenía entre los labios. El cochero se puso el regalo detrás de la oreja, pero el dueño de la funeraria lo reprendió también a él:

—¡No es correcto, János! No se hace algo así en público.

Al referirse al público, János Czifra demostró de golpe tal circunspección, tal atención y consideración, tanto mundo y saber estar que el padre de la novia, que se hallaba cerca, se sintió obligado a abrazarlo y llamarlo «mi querido amigo».

A partir de entonces, János Czifra ya no se preocupó por cómo se desarrollaban las cosas, como si lamentara haber revelado ya tanto de su misterioso saber. Ni los verdugos, ni los sepultureros, ni los empleados del instituto anatómico-forense gustan de hablar ante extraños de su misterioso oficio. Al dueño de la funeraria, por supuesto, no le interesaba mostrar sus cartas a todo el mundo. Por consiguiente, se sentó sin pronunciar palabra junto al hombre con cara de gendarme procedente de Kóbánya y se limitó a menear la cabeza en silencio cuando, en la esquina de la calle Knézits, se produjo un atasco debido a un carro de heno que venía de frente y el cortejo nupcial se detuvo.

Pronto, sin embargo, se pusieron en marcha los corceles con la joven esposa, con su corona de mirtos, con sus zapatos blancos como la nieve y con sus ojos entrecerrados, con las ruedas adornadas con jazmines, con el sombrero de copa que no paraba de saludar. El cochero saludaba haciendo reverencias tan alegremente que parecía el mismísimo padre de la novia, los hombres, las mujeres, los transeúntes lanzaban miradas largas e interrogativas al rostro de la recién casada, como si buscaran en el semblante pálido de la muchacha una señal inequívoca de la inocencia, los orondos juerguistas de la avenida

Ferenc con sus bigotes teñidos y los pantalones de pata de gallo pensaban ya en la noche, mientras a las mujeres, modistas natas, les bastaba un único vistazo para examinar de arriba abajo el vestido de la novia, un solo segundo para estudiar su peinado y los lazos de sus zapatos y quizá se fijaban hasta en el monograma en su camisa, que en ese barrio de la ciudad se solía bordar sobre el corazón y rodear con una pequeña corona. Y, por supuesto, cintas de color celeste iban entrelazadas entre los encajes, y celeste era también el elástico de las ligas que ceñían, flamantes, las piernas.

¿Podía haber una sola persona que imaginara que la novia se había presentado con unas enaguas desastradas ante el altar?

En esa época tanto los comerciantes como las costureras concedían suma importancia a los atuendos de boda. Si se casaba la reina de un baile o si pasaba por la vicaría una conocida beldad de la calle Váci o una condesa que residía junto a los jardines del Museo, el vestido de la novia se podía admirar durante días en los escaparates de La Bella Pastora o de El Salvaje. Solteros ajados, con botines sujetos con elásticos y con pantalones clareados se quedaban contemplando apoyados en sus paraguas los encajes, los ruches, las ilusiones, los encantos, los tibios susurros; y si aún no habían perdido la razón debido a las enfermedades, a la bebida o a las fantasías, decían inteligentemente para sus adentros que uno o dos años después de la boda de todos modos ya no verían esos delicados caprichos, ya que la señora, cicateando con las prendas finas, a lo sumo se pondría esos seductores pantaloncillos cuando un nuevo amigo viniera a ver al marido ausente... o bien porque la mujer se hubiera muerto y su atalaje se dispersaría en medio de feas disputas entre la parentela. Habría que prohibir las bodas públicas, pues de todas formas solo sirven a la vanidad, inflan el humor y el estómago de los parientes, inducen a los amantes abandonados a cometer algún crimen y obligan a hombres con cuello de toro que no se han quitado la bata aún a acercarse a las ventanas y lanzar burlonas y elocuentes miradas al recién casado. Ya no podrá el amor de la mujer enamorar y dar calor y felicidad si los errores de su juventud llegan a destino con correos alevosos que, sin embargo, se presentan con total seguridad. El «pasado» se instala en un rincón de la habitación, vigila con suspicacia los gritos espontáneos de los sueños y del parto, examina cartas, tarjetas, flores marchitas, arranca vergüenzas y lleva a cuestas una furiosa humillación como un cadáver del que no podrá desprenderse nunca. Cuántas vidas de hombres se marchitan y se debaten inermes, mordisquean las almohadas por la noche, clavan el ojo en el cañón de una pistola o calculan la altura vertiginosa y suicida desde la ventana de una cuarta planta, ¡hombres que en su día se pusieron felices y contentos el anillo en el dedo de la mano izquierda! Crecen los niños

en los que no encuentra nada de su propia alma, de su sensibilidad encerrada en un cofre, de sus observaciones solitarias. Se ha roto la cadena —lo percibe—, y él ya no tendrá continuidad en el mundo. A todo esto, pasa las noches junto a una perra odiosa, despreciativa y sarnosa que muestra los dientes incluso a la mano que la alimenta. Cuántos hombres recorren la ciudad con la cabeza gacha, hombres que en su día juraron con la cabeza bien alta fidelidad eterna ante velas que llameaban rojas, ante sacerdotes con sus sobrepellices blancos, ante parientes risueños. ¡Cuántos ojos de hombres arden abiertos de par en par bajo los tejados de esta metrópoli, mientras los gallos cacarean y la esposa sueña al lado con su amante! Quien quiso herir el orgullo de los hombres inventó para ellos el matrimonio. El dueño de la funeraria apenas recordaba un entierro tras el que la viuda se hubiera olvidado de la cena. Al contrario: le gustaban las compotas y un buen vinito, que sorbía en silencio, lloriqueando: ¡el buen Dios perdonará a la pobre viuda sus pecados!

Desde las paredes miraban viejos Lindmayer, Schütz y Jetschgli que se habían trasladado desde Buda, desde el monte Csúcs o desde la calle Cimbalom, al distrito de Ferencváros y seguían viviendo allí según las costumbres de Buda. Los padres y madres de familia poseían fotografías coloreadas o incluso en algunos casos sobredimensionados retratos de cuerpo entero realizados por algún pintor. Hombres gordos, mujeres con collares dorados, burgueses con barba, con bigote, serios y enérgicos, todos habían saldado sus deudas cuando llegaba el momento del entierro; las facturas que pagaron y los contratos que firmaron se pueden encontrar todavía hoy en día; a uno le gustaba la carne de cerdo y el chorizo, al otro el caldo de gallo y el pollo tierno, un tercero tenía los ojos siempre surcados por venillas rojas con forma de telaraña debido al consumo de vino cuando se había hartado ya de las rodillas de las criadas. Cerraron en su tiempo los misteriosos asuntos de los que jamás hablaban, amaron, jugaron, hicieron el amor, por las noches recorrían lámpara en mano el pasillo cuando los asaltaba el insomnio y espiaban por el ojo de la cerradura la habitación en la que la cuñada cazaba pulgas en camisón, al amanecer tapaban y destapaban a las criaturas que iban creciendo, redondeándose y estirándose las niñas, haciendo el pino en sueños los niños, en las noches otoñales se calentaban todos arrimados a la estufa mientras cascaban nueces y recordaban con labios caídos su juventud, las misas de Pascua, el olor a frambuesa de las chicas, los amigos muertos, la ventanas tras las cuales había encendido un quinqué en Buda o en la calle Mester; sin darse cuenta, seguían llevando puesto el gorro de dormir cuando se presentaban los días fríos, la anciana miraba por la ventana cubierta de escarcha, la piel de las botas se volvía más y más seca, permanecían largo rato en sus pequeñas

habitaciones releyendo cientos de veces las viejas revistas satíricas, los pies de las imágenes de moda que cubrían las paredes, les crecían las cejas que fruncían de manera temible cuando los niños demoraban su regreso de la escuela de baile en las tardes otoñales, mientras fuera sonaban ya las campanas vespertinas y el crepúsculo parecía detenerse sobre los tejados de los edificios: cogían sus fotografías juveniles, en las que aparecían ante la cámara disfrazados de deshollinadores o como miembros de una orquesta de broma o con el fusil de un cazador... Por las noches jugaban al dominó con manos que se iban arrugando.

Ellos eran los invitados al banquete; algunos agitaban todavía unas levitas, unos abanicos y viejos encajes aún vivos, otros se acodaban en la pared sumidos en profundo silencio. Aún residían en casas en las que el gallo cantaba al amanecer. Y cuando un carruaje de alquiler pasaba traqueteando bajo sus ventanas, se despertaban y se preguntaban: ¿quién estará agonizando en esta calle? En las tortuosas callejuelas del distrito de Ferencváros, iban, entre muebles baratos y recuerdos antiguos, tirando de los ahorros que habían heredado y guardado, a las mujeres se les encallecían las plantas de los pies de tanto andar descalzas al alba cuando despertaban los carros del lechero y cuando vigilaban a los mozos de la carnicería, las yemas de los dedos se les endurecían de tanto contar la calderilla, el olor de los billetes de banco ahuchados les impregnaban incluso las blusas, solo sacaban de los escondites sus joyas en las noches solemnes, las miraban y las ponderaban y pocas veces las exhibían, coleccionaban telas, tejidos y hierbas medicinales y jamás eran capaces de perder la cabeza de verdad para que un trovador les escribiera versos a sus gruesos muslos.

Y eso que aquella sociedad también tenía a su trovador. Se llamaba señor Czvikli, un hombre que por desgracia jamás se había probado con las mujeres, de modo que nada podía decir sobre los secretos de las burguesas. ¡Qué novela más loca, delirante y sentimental podía dar de sí una burguesa normal, honesta e inexperta que perdía la cabeza a los cuarenta años de edad! Cómo podía el señor Czvikli conocer las esperanzas, las noches de insomnio, las cartas escritas entre verdaderas lágrimas, los solitarios debates internos, la determinación de quitarse de en medio, cuando nunca había intentado hacer infelices a las mujeres. Era un burro el señor Czvikli, puesto que jamás les hablaba a esas mujeres inocentes sobre los enigmas de la vida, los secretos del amor, el carácter salutífero y exclusivo del amor feliz. Por él nunca viajaron a Viena las mujeres para esperarlo en el hotel acordado entre lágrimas y noches insomnes. De hecho, ni siquiera fueron a la casa de la tía en Budaörs para citarse con él junto al lagar de una bodega entre los montes a la hora del crepúsculo. Czvikli a lo

sumo consiguió que cuando visitaban a una hermana lo invitaran también a él a tomar la merienda, donde bebía una copa de vino y saludaba a las cuñadas. En las horas vespertinas de invierno corría fielmente junto a las faldas de las señoras cuando ellas iban a ver a sus amigas, aunque luego no se le permitiera subir a la vivienda. Quién sabe, a lo mejor un oficial de infantería o un «doctor» soltero fumaba allí su cigarrillo en la habitación contigua, mientras la leal amiga no decía ni pío. El encaprichamiento de las respetables madres de familia se asemejaba en muchos aspectos al deslumbramiento de las jóvenes vírgenes. Creían tener que darlo todo por el amor que en su caso era siempre el «último». No era de extrañar que los maridos llamaran «viejas» a sus esposas de cuarenta años, pero más meliflua corría la mentira por el bigote lamido del galán.

El señor Czvikli se sentó al piano, pronunció un brindis, hizo danzar a la novia, chocó copas con las señoras mayores, pero sobre todo procuró divertir a los hombres. Les evocaba viejas borracheras —a hurto, claro está—, utilizaba las expresiones preferidas de cada cual, a un restaurador pelirrojo que acababa de jubilarse le canturreaba: «¡Adiós, querido filete de ternera!», a lo que el panzudo restaurador se ponía a bailar enseguida un vals; con un antiguo carnicero conversaba animadamente sobre el desarrollo del juego de préférence que se había jugado la semana anterior; a un notable ya entrado en años le hacía contar por enésima vez cómo se había divertido el verano anterior en Karlsbad, escuchaba con los ojos abiertos de par en par cómo había paseado en silencio, cómo había bebido el agua termal, los comentarios de la vendedora en el bazar, la descripción de los huéspedes... En una palabra, que Czvikli trabajaba a base de bien, no podía quedarse sin cenar en el distrito de Ferencváros, pero las señoras desde luego no se tiraban por la ventana por él, ni rezaban jamás por él, y no le besaron ni una sola vez el cuello por atrás con labios húmedos y ósculos extáticos, a lo sumo le prepararon un pastel de molde. Era Czvikli un hombre guapo, un tanto relleno, de testa afeitada y bigote retorcido y de finas puntas, ojos redondos, voz que crepitaba alegremente, un hombre de mundo que se daba aires y conocía los libros de cocina... Seguirá siendo un secreto eterno cómo podía desempeñar un papel durante tantos años en Ferencváros si jamás había lanzado una mirada a las gruesas piernas, embutidas en medias blancas, de las madres de familia.

János Czifra, mientras permanecía sentado en silencio en la punta de la mesa, fumando tranquilamente un puro, despreciaba para sus adentros las payasadas del señor Czvikli. De todas formas, la relación con él ni siquiera daba para un entierro hecho y derecho.

Al señor Czvikli, aunque su vestimenta solo se permitía el lujo de un chaleco blanco que llevaba desde la primavera hasta el otoño, al

igual que su sombrero de paja, le gustaba la vida del gran mundo. Pasaba a veces por el hipódromo, adonde los amigos lo llevaban los domingos por la tarde en el coche del carnicero (él iba sentado atrás, con los niños) y en otras ocasiones hasta se atrevía a acudir al cabaré con algún amigo que tenía su santo precisamente ese día y quería que se supiera también fuera del distrito de Ferencváros. Por tanto, Czvikli jamás se olvidaba de narrar, cuando se encontraba en compañía de Neplaszky (propietario de un edificio en la plaza Bakáts y de unos viñedos), lo que a ambos les había ocurrido en el cabaré Somosy. En esa historia desempeñaba un papel la cantidad de cervezas Korona de la marca Dréher que Neplaszky (el héroe destacado del relato) había ganado jugando a los bolos y luego consumido en una taberna de la calle Koszorú que los clientes fijos solían llamar Michel y en la que se pasaron luego a los vinos.

(«El señor Fajksz ya se había marchado a casa», dijo Czvikli guiñándole el ojo a un señor mayor, un hombre hosco, de cabello ralo y cutis amarillento, con el propósito de incorporar a otras personas a la audición de su relato).

Bebieron un vino de Badacsony bastante fuerte. El propio Michel se sentó luego a la mesa, de modo que acabaron consumiendo unos veinte litros, continuó Czvikli su narración. Neplaszky se ganó el cesto entero de un baratillero que entró por casualidad en la taberna y regaló una caja de higos incluso al policía de la esquina.

(Neplaszky, el héroe de esta historia, permanecía sentado en su sitio con los ojos entornados, mientras el señor mayor de cabello ralo repetía una y otra vez a sus vecinos: «Yo sabía cómo acabaría, por eso me fui a tiempo a casa»).

Czvikli, cuando habían terminado de beber el vino, recordó entonces que Neplaszky tenía un enemigo en alguna parte de Budapest, un oficial de unos dos metros de altura, de mostacho rojo y origen checo, con el que hacía unos años se había enzarzado en una discusión en un café, precisamente el día del santo de Neplaszky. Pidieron por tanto un coche y se pusieron en marcha en busca de aquel oficial de dos metros de altura. Y lo encontraron en el café de un cabaré, en donde estaba ocupado justamente en arrancar con su látigo de jinete el ramo de flores que tenía en las manos una pobre y vieja florista (conocida en todo el local por su religiosidad). Neplaszky y el narrador, por un lado, y el gigante más bruto y temible de la guarnición, por otro, se lanzaron, sin mediar palabra, largas miradas desafiantes. Por nada en el mundo deseaba Neplaszky comportarse de manera incorrecta, de modo que se limitó a apoyarse en un codo y luego en el otro sobre la mesa y dirigir unas palabras de consuelo a la vieja y pobre florista. Lo cual sin duda enfureció al gigante, que comenzó a soltar improperios a voz en grito, a despotricar contra la

anciana, a insultar a Neplaszky, y de los insultos algunos cayeron incluso sobre el narrador. En vano intentó la orquesta adiestrada de antemano para tales situaciones tocar las marchas más fieras y ruidosas, en vano trataron de apaciguar al oficial los camareros aparecidos por doquier, en vano intervino incluso el dueño del local... todas las miradas se clavaron en Neplaszky. Algo tenía que hacer. Y ocurrió entonces que Neplaszky, sin tocar siquiera con un dedo al oficial del estado mayor, lo llevó con silla y todo al otro extremo del café. A continuación, apareció de nuevo el oficial y sacó sobre la palma de la mano a Neplaszky y al narrador con sillas y mesa y todo fuera del local. En el tercer acto de los acontecimientos, Neplaszky instaló a la orquesta gitana sobre una mesa de mármol y levantó a toda la orquesta, a lo cual el oficial...

—Estalló como una ampolla —terció con voz asaz sonora el dueño de la funeraria, eso sí, sin mover ni un ápice la boquilla de su cigarro, que tenía en la comisura izquierda de los labios.

Los invitados a la boda se miraron consternados. Czvikli intercambió miradas de indignación con su amigo Neplaszky. Esa historia se escuchaba en toda la ciudad con la mayor devoción y en absoluto silencio. Nadie supo cómo interpretar el comentario de ese hombre bajito y taciturno, el dueño de la funeraria. Asombrados, como si hubieran oído mal, se volvieron hacia János Czifra, que golpeó suavemente el tablero de la mesa.

—Pues sí, insisto, estalló como una ampolla.

Varios invitados se echaron a reír. Czvikli intentó continuar su relato, dando en parte la espalda al dueño de la funeraria, pero este siguió incordiando.

—¿Quiere contarnos qué le ocurrió luego a la ampolla?

Czvikli calló, pues se lo pidió, con la cara roja como un tomate, su amigo Neplaszky. Czvikli lanzó entonces miradas relampagueantes hacia el dueño de la funeraria y se comunicó entre susurros con sus amigos para acordar los siguientes pasos a dar.

Una vez concluida la comilona, de cuya descripción exacta se prescinde aquí deliberadamente, pues los lectores de hoy en día ya no están acostumbrados a tales convites y solo se molestarían al enterarse de cómo los actuales habitantes de los cementerios de Buda y de Pest disfrutaban de tantos exquisitos bocados, de mantecas deliciosas, vinos extraordinarios, crema agria y espléndidos pasteles —¿y todo para qué?—, para alimentar la tierra de los camposantos con crujientes cochinillos navideños, ocas asadas nadando en grasa dorada, morcilla fascinante, roja y fresca del monte Sas, sopas de carne y de cangrejo cuya fragancia alcanzaba hasta la tercera casa del vecindario, codornices gordas que habían emprendido el vuelo hacia la eternidad y pescados danubianos de blancura fría y carnosa..., una

vez concluida, pues, la comilona, varios pidieron al ofendido señor Czvikli que se sentara al piano, las sirvientes de piernas rojas y musculosas enrollaron la alfombra, porque «no se cierra un banquete sin un baile», dijo un varón con piernas y brazos de morcilla, cabeza de obispillo de cerdo, pelo rubio pajizo que antes no había abierto la boca ni después volvió a abrirla. Una muchachita con una cinta azul y ojos negros, de piel tersa como una cereza, puso fresas y frambuesas en el vino, y los viejos besaron a la hermana menor de la novia.

—¡Mañana bailaremos en el banquete de usted! —dijo el dueño de la funeraria con tono solemne y apuró la copa que la muchacha le había puesto delante.

—Veamos, pues, a Czifra —gritó con sed de venganza Czvikli desde su asiento junto al piano—, porque yo jamás he visto bailar al dueño de una funeraria.

La muchacha de la cinta azul (que por lo demás ya se paseaba en los anocheceres con un látigo de montar por las callejas laterales) invitó valientemente a János Czifra a una ronda de baile, Czifra se quitó el cigarro de la boca, se levantó y dando pasitos y enderezando la espalda ofreció el brazo a ese tallo de romero de pelo rizado y cuello de mantequilla.

En ese momento había ya varias personas danzando. «En un ambiente familiar cada cual baila como puede», exclamó alguien. Y los viejos pies acostumbrados a la tranquilidad empezaron a arrastrarse, a deslizarse, a entonarse, sin preocuparse por nada, se agitaron las perneras acostumbradas única y exclusivamente a los sillones o a las perchas, se mecían las cinturas salpicadas de marcas de sanguijuela y siempre empeñadas a señalar los cambios de tiempo, campaneaban los pechos marchitos o abombados de las señoras, giraban las faldas impregnadas de olor a incienso, se tensaban las medias que solo conocían los reclinatorios, enloquecían también las suelas de los zapatos, revoloteaban los moños como alas de cornejas cubiertas de nieve, crujían los corsés como si una mano invisible volviera a meterse allí como en otros tiempos.

El dueño de la funeraria movía el esqueleto como antaño había visto hacerlo en el teatro Nép. Zapateaba, repiqueteaba con la punta y el tacón del zapato, agitaba el pañuelo, alzaba a su compañera de baile sujetándola firmemente con las manos, daba vueltas como un caracol, luego apretaba los puños contra la cadera y movía los hombros con gesto desafiante, volvía a hacer girar a la muchacha, y vuelta a empezar... Parecía enloquecido, no quería dejar de bailar. La muchacha con piel de cereza ya se había desembarazado de los brazos del dueño de la funeraria; y como una guinda madura, emanando calor estival de su vestido blanco, con caderas ondulantes, aterciopeladas como una ciruela, la novia fue a parar a sus manos;

saltaban los zapatos blancos como una ardilla, revoloteaban las cintas, el velo, los encajes, como si todos se hubieran convertido en partes vivas del cuerpo de la novia en cuanto comenzó a usarlas; y a continuación vinieron las frutas otoñales, manzanas ya secas y arrugadas, pero sabrosas, en forma de mujeres maduras a bailar con el enloquecido dueño de la funeraria, todas tenían la cintura fresca como un racimo de uvas olvidado en el exterior en una mañana de otoño, y su vestimenta emanaba dulzura, como el sabor de la calabaza roja que el rocío ha picado y pintado un poco; e incluso la danza de cascanueces de las ancianas, su aliento con olor a tisana, sus brazos y piernas que eran como el rodrigón junto al rosal que ha perdido sus flores, divertían al dueño de la funeraria. Solo dejó de bailar cuando el señor Czvikli puso entre sus manos su cintura de conejo doméstico vestido con un chaleco blanco.

Las ventanas estaban abiertas, fuera doblaban en algún sitio las campanas.

—¡Mis dos hermosos entierros! —suspiró con ligero tono melancólico el dueño de la funeraria—. Pero ya se encargará Stefánek...

Por unos instantes acompañó en su imaginación a la agresiva viuda en su último viaje en el ataúd de madera de roble. ¿Y estarían en su sitio los empleados de la funeraria, los hombres con sable y chacó? Sin duda se movería la mortaja y el chantre se limitaría a lo mínimo, puesto que no lo sentiría a él a sus espaldas. Después pensó en el general pinchado y adelgazado a la fuerza, al que la guardia homenajearía con una salva y ante cuyo ataúd iría un soldado con las condecoraciones sobre una almohadilla... Esa visión, sin embargo, solamente duró un segundo. No tuvo tiempo para preguntarse si sus hombres devolverían correctamente a su sitio las angarillas, los catafalcos y los adornos... Nuevos asuntos, nuevos sentimientos lo tenían ocupado. Deseaba abrazar a alguien, aunque fuese una vieja, con tal que fuera cálida y no fría como los cadáveres en el cementerio...

Talán, talán, buenos días y buenas noches, decían las campanas en la plaza Bakáts, el campanero había empinado el codo como siempre cuando había de tocar a muerto, la torre oscilaba sin duda de forma imperceptible, los niños se agarraban de la cuerda de la campana con las mejillas rojas como las peonías. El dueño de la funeraria, sin embargo, que normalmente iba a la cabeza del cortejo como si los badajos no golpearan por el muerto sino por él, en ese momento solo pensaba cuánto más bellas son las carniceras, las charcuteras, las restauradoras en sus tiendas, cuando el trabajo hacía enrojecer sus rostros, sus quiquiriquís se empapaban por el sudor, sus cuellos desnudos se presentaban rosados, sus enaguas y sus blusitas crujían, y

ellas tenían los brazos desnudos y la boca abierta. En medio del tintineo de los platos grasientos y del campanilleo de las copas al chocar, la vuelta de los forros de las faldas, el crujido de las tersas sedas, el desliz de los zapatos blancos, el remolino de las enaguas que se habían bajado, aquel repique sonaba tan lejos como si viniera directamente del cementerio. János Czifra permaneció en posición de baile hasta que el ingenioso señor Czvikli entonó de pronto al piano la marcha fúnebre que en su día se había tocado en Don Sebastián y que las orquestas veteranas hacían sonar desde entonces a menudo en las honras fúnebres de las lecheras. Al oír esos sones tan solemnes, todos se pusieron a bailar de nuevo, solo János Czifra veía a los músicos con los mofletes inflados y las panzas de párroco que con la cabeza echada hacia atrás iban dando pasos a compás como los caballos de circo del coche fúnebre... el polvo y el velo mortuorio flotaban sobre el difunto, el ataúd sufría fuertes sacudidas, mientras los húsares del cortejo que llevaban desenvainados los sables se enjugaban con un pañuelo polvoriento el sudor que les caía de los chacós... las mujeres vestidas de luto a duras penas avanzaban tambaleantes en medio del polvo del cementerio, los hombres, con levitas negras, renqueaban sudados, doloridos por los callos, tras el muerto... la marcha fúnebre sonaba con una gravedad estremecedora... y viendo todo eso el dueño de la funeraria se desplomó extenuado en medio del salón del banquete. Tal vez había bebido más de la cuenta, ya que estiró los brazos y se agarró de las medias blancas de las mujeres que bailaban...

—¿Tiene usted permiso para salir? —gritó el amigo de los chistes baratos, el señor Czvikli, y acto seguido extrajo de su bolsillo un «certificado» impreso sobre un cartón y firmado por su esposa que en su día los maridos llevaban en serio, tanto en Buda como en Ferencváros, atado a un botón de sus chaquetas.

El señor Czifra se incorporó entre las risas de la compañía y a continuación se inclinó con gesto ceremonioso ante la joven esposa. Y se pronunció en alemán:

—Zur silbernen Hochzeit sei durch Gottes Segen. Der gold'nen wandelt froh entgegen.

Que quiere decir: Que Dios bendiga las bodas de plata. E id felices y contentos a las de oro.

—¡Bravo! —exclamaron algunos ancianos, que en casa tenían ya bordada sobre la cama una bendición de tenor semejante.

János Czifra se despidió entonces con la misma solemnidad con la que había llegado. Solo en la oscura escalera se desabrochó unos botones del chaleco y del pantalón. Igual que las señoras que se habían quedado en la planta principal y se dirigieron por un instante a la habitación contigua para librarse con un sincero suspiro de sus corsés y sacudieron las blusas y las faldas que se les habían pegado al

cuerpo. El sudor y el agua les caía sobre las manos. Soltaban voces como segadoras cansadas.

Capítulo cuarto

en el que el dueño de la funeraria
va a parar a la calle de Jeremiás Frank y Señora

Nunca en su vida se había sentido el dueño de la funeraria tan contento.

Se sentía feliz como un organillo de los suburbios. Como un aprendiz de pintor de brocha gorda cantando en una habitación solitaria. Como una criada que sacude el plumero. Mujeres vivas recorrían su memoria. Y los pies de las mujeres vivas tenían un olor diferente que el de las muertas, ante las cuales tan a menudo extraía la cinta métrica del bolsillo. Las medía como un propietario sus tierras. Ante las jóvenes más de una vez se interesó por su vestimenta fúnebre, quiso saber cómo habían vestido el cadáver para que este mantuviera un rostro atractivo y unas formas regulares también sobre el catafalco. En cambio, jamás se interesaba por las ancianas, que se llenaban los pechos y los zapatos con papel de seda. Miraba con compasión a los cardíacos con medias de goma y con el rostro desfigurado por una última maldición o un último rezo. Evitaba sobre todo a los hidrópicos. Y a veces se enamoraba, claro que solo de jóvenes y queridas difuntas. Era el amor pálido, muerto, desesperanzado y no correspondido de las salas de autopsia. La mudez e indiferencia de mujeres con los ojos cerrados que ya no sentían interés por la vida, el beso gélido de labios enfriados, la inmovilidad de mujeres ya irremediablemente frías e insensibles, cinturas devotas que se inclinaban maravillosamente ante el confesionario mientras vivían... así recordaba el dueño de la funeraria aquellas bellas y jóvenes difuntas. Ponía entre sus manos un ramillete de rosas sin importarle a qué confesión pertenecían... Porque, a juicio de János Czifra, las mujeres podían ser fanáticas, piadosas, creyentes fervorosas, persignarse ante las puertas cerradas de la iglesia, no saltarse ni una sola misa dominical y dar pasitos pequeños como lentejas el Miércoles de ceniza o el Día del Gran Perdón, podían ir en las procesiones cuando los cánticos ascendían en torno a la antigua iglesia como el humo del incienso y desde lo alto, desde el tejado del templo, desde detrás de los techos, de los vitrales, de las pétreas columnas, de las torres, a la luz del día, en presencia del sagrado sacramento, las ancianas convertidas en piedra, en salitre, en arena, en flores marchitas zarandeadas por el viento y en trozos de tejas no osaban admitir que todas las súplicas eran en vano: había que morir.

Entre los amores fallecidos del dueño de la funeraria había reinas y damas de la corte. Monjas de clausura y mujercillas de la calle se

encontraban en el tanatorio o sobre la mesa de la sala de autopsia. Armado con su hacha, el omnipotente Stefánek sacaba, despotricando siempre, el hielo y los cadáveres de la cámara para que el dueño de la funeraria los midiera desde la planta de los pies hasta la coronilla. Stefánek cortaba con cuidado el pelo a los muertos que nadie reclamaba y había amasado una fortuna considerable gracias al cabello de las mujeres que se arrojaban al Danubio desde los puentes de Pozsony o de Esztergom y no tenían pariente alguno en Pest. Si las trenzas se hubieran hartado algún día en los cajones de los peluqueros o bajo los sombreros de las damas, muchas noches de insomnio habría pasado Stefánek para restituir los cabellos a sus verdaderas propietarias.

El sentido del deber se despertó en el dueño de la funeraria. Fue a buscar a Stefánek para que le contara cómo se habían desarrollado los entierros de la tarde. La morgue se encontraba entonces aún hacia el final de la avenida Üllói, hacia allí se había dirigido el coche negro y cerrado en cuyo pescante iban sentados el viejo policía con su bigote de cuervo, su sable y su cuadrante con forma de media luna, y un cochero tuerto y picado de viruela, conocido en toda la ciudad como el impasible transportador de suicidas. Ese año, el coche fúnebre se desplazó la mayoría de las veces a la calle Jeremiás Frank y Señora. Casi todos los días se producía un suicidio en esa calle de nombre tan extraño, donde en diminutas casitas, en jaulas que se venían abajo, residían mozas de fortuna pintadas con los colores de las cacatúas y pagaban un alquiler precisamente a Jeremiás Frank y señora.

Cuando el dueño de la funeraria llegó a la morgue, el cochero tuerto estaba precisamente enganchado el coche negro. Stefánek no estaba aún en casa. Su esposa declaró que su marido se encontraba bebiendo en la fonda llamada La Última Parada, donde después de los entierros solían reunirse los sepultureros y demás empleados del cementerio para hablar sobre cómo arreglar el mundo y sobre otros asuntos diversos. «Con este oficio no queda más remedio que darse a la bebida», opinó la mujer, mientras guardaba en un bolso los pequeños pollos, patos y ocas que criaba con un misterioso cebo, muy parecido a los restos de la mesa de autopsia, para venderlos al día siguiente en el mercado de Pest. Sus gallos de voz maravillosa, sus gallinas de plumaje resplandeciente, sus monstruosos pavos estaban todos encerrados ya en la jaula. Los patos parpaban nerviosos, como si esperaran hígado para la cena.

El dueño de la funeraria entabló una conversación con el cochero, al que, como es natural, conocía bien.

—¿Vuelve a tener trabajo en la calle Jeremiás Frank y Señora? —preguntó Czifra.

El cochero le respondió:

—Así es. Que Dios los castigue. Hoy es la segunda mujercita que se nos cuelga de la ventana.

El dueño de la funeraria era lo bastante pequeño como para caber entre el policía y el cochero en el pescante. Ya anochecía cuando el coche fúnebre se puso en marcha por la avenida Üllói. Los conserjes y los miembros de sus familias estaban sentados delante de sus casas, sobre toda clase de sillas, taburetes y cajas pequeñas. El olor amargo de la levadura emanaba de las panaderías. Ante las carnicerías había pimientos, rábanos y cebollas en cestas junto a la puerta, mientras desde el interior miraban hacia fuera, con buenos olores, las carnes humeantes, los jamones recién cocidos, los chorizos que servirían de cena a esa parte de la ciudad. Era una noche de verano, y sobre los árboles de la calle cubiertos de polvo no había caído desde hacía días más agua que la que las mujeres vertían por las ventanas cuando sus amantes infieles se paseaban casualmente por las inmediaciones. En mangas de camisa, en batas o medio desnudos, los habitantes esperaban a que se encendieran las farolas de gas. Las muchachas se ponían los zapatos sobre los pies descalzos y se dirigían del brazo hacia el centro de la ciudad para escuchar las melodías nuevas que el primer violín gitano tocaba en el café de la esquina al tiempo que sudaba gomina. Las esposas de los conserjes se abanicaban los pechos enormes y fláccidos con sus pañuelos y se arrellanaban en sus pequeños bancos mientras su olor a sudor inundaba la calle. Las ventanas exhalaban un olor humano pútrido y acre. Las vendedoras ambulantes ya habían encendido sus lamparillas, junto a las cuales vendían hasta altas horas de la noche sus cerezas, sus rabanitos, sus verduras. Desde una pequeña fonda se oía el sonido alegre de un acordeón, se pinchaba allí un barril de cerveza, los cocheros de alquiler que regresaban a casa se tomaban un descanso junto a la barra, mientras mujeres vestidas de blanco y jóvenes con sombreros de dandis entraban del brazo en el jardín de valla verde cubierta de hiedra y mesas puestas con manteles blancos y vino tinto. Ganas de vivir, cálidas carcajadas (como el tamborileo de las lluvias de verano), fertilidad y una importante dosis de lascivia reinaban en las calles de Pest a la luz rojo-amarillenta de las llamas de gas. Las blusas blancas de las mujeres se introducían fugazmente en los portales como una invitación. El conserje malhumorado, con pantuflas y sabor a vino, abría la mano guiñando el ojo para recibir los billetes azules que se deslizaban como una serpiente para poner una trampa a cualquier muchacha inocente que formaba parte de los habitantes del inmueble. Ancianos con el bigote retorcido y teñido, las mejillas rojas como la sangre de toro, el rostro surcado de arrugas, las piernas temblorosas, perseguían a flacas muchachitas obreras, se relamían con la lengua grande y parda entre la dentadura postiza, se les hinchaba la nariz por

el olor a lirio que flotaba en torno a esas faldas hechas jirones. Grandes ojos de mujeres sefardíes centelleaban misteriosamente en la penumbra, mientras mujeres pequeñas, marchitas y deterioradas permanecían anhelantes ante el escaparate de la pastelería con sus hijos zarrapastrosos. En las orejas de otras brillaban y cegaban los diamantes con babilónica provocación, la piel de cisne se había desprendido ligeramente del cuello rociado con polvo de arroz de las que se dirigían a toda prisa al teatro, el céfiro, la tarlatana, la seda, se agitaban por encima de sus pies fríos e insensibles, mientras jóvenes sentimentales, débiles y generosas removían la sosa cáustica y diluían el fósforo de las cerillas en desdichadas viviendas que daban a un patio. Desechos y joyas, trapos y púrpuras se amontonaban en las calles de Pest, la mujer galante se arrellanaba en su carroza a la manera de una reina, la propietaria de edificios de viviendas sobre los cojines lujuriosos de su lujoso carruaje, mientras la costurera tísica, la joven lavandera maldita de oscuros cuartuchos, las habitantes de casetas de perro nacidas en portales, las criadas, las obreras, las desdichadas andrajosas, llevaban en el vientre un feto del que nadie podía saber de antemano si sería un obispo o un criminal. ¡Horas vespertinas de Pest, horas baratas! Afloraban las preocupaciones en ojos cenicientos, los celos que golpeaban al ritmo de las pulsaciones de las arterias, la humillación se escondía en una casita, en la soledad, la rabia y el odio echaban vapor como la carne cruda, la ofensa se mordía los labios y la venganza levantaba pirámides de cadáveres en el lienzo de la imaginación. Entretanto, el libertinaje iba y venía con una falda transparente y mostraba alegremente las rodillas. Los que anhelaban la isla de la Nada, los que se escondían en la densidad de hacinas de heno de las novelas, los estudiantes con voz de púberes, las señoritas medio locas, las señoras de clase alta envenenadas a muerte con el champán de la cultura y con una literatura asesina, los incultos fanáticos de actores y actrices, los canallas contaminados por la política y la corrupción, los crueles ídolos de carne, los viejos estafadores de mala digestión, los jóvenes depravados, los inhumanos, los infames, los ladrones y los fanfarrones, hombres en general, iban y venían en oleadas por el Pest vespertino, donde el negro coche fúnebre pasaba rodando tirado por dos jamelgos ulcerosos. En el café de la esquina, en el llamado «jardín», caballeros con pantalones blancos bebían vino de la botella y comentaban con voz repugnante los detalles de sus aventuras con mujeres del distrito de Józsefváros, cuyo escenario había sido su piso de soltero por la tarde; un primer violín gitano enloquecido por el éxito de Jancsi Rigó, ese trovador de las avenidas con el bigote encerado, tocaba melodías sentimentales de Budapest, y los señores bebían diligentemente cerveza y champán con sabor a pomada y a maquillaje, y se burlaban del baratillero, de la

violetera, del cochero, del pobre y soñador estudiante, y las mujeres con sus quiquiriquís y sus garcetas, sus enaguas recién planchadas escuchaban pasmadas los relatos que los tenientes austríacos contaban para divertirlas. El camarero jefe y el cafetero iban con simpática sonrisa entre los clientes convertidos todos en señores y procuraban sacar algún provecho de esos caballeros de mundo a los que no les gustaba en absoluto el momento de pagar. El coche pasó por delante del Café E., donde sonaba con frenesí la música gitana, como si fuera esa siempre la última noche. Ojos y almas se embriagaban con las melodías que al día siguiente recordaban con repugnancia quienes poseían un mínimo talento para el recuerdo. Hacia la medianoche, las mujeres comenzaban a oler mal, como si los conductos de agua hubieran dejado de funcionar en la ciudad. El primer violín permanecía en su lugar elegido con sonrisa de manilargo, mientras los gitanos más ancianos, como viejos muñecos, se quedaban en un rincón colmando de consejos a los otros miembros de la orquesta. A nadie le esperaba un gran futuro en ese café si se presentaba sin anillo, ni reloj, ni corbata ante los gitanos y las mujeres. Con solidez burguesa anotaba el risueño joyero las cifras sobre un tablero negro, mientras el camarero lo introducía con una misteriosa señal en el llamado «reservado» o en la cocina. El gitano tocaba alegremente sus notas a sombreros de mujeres con pluma de avestruz o a abrigos de piel artificial que colgaban de los percheros. El contrabajo entornaba los ojos, mientras las señoras bailaban sobre las mesas. Una sonrisa eterna adornaba los labios de los camareros y de los cafeteros. Asesinos escribían a diario sus nombres en los abanicos de las damas, para recordar las hermosas horas pasadas. Y el coche seguía su camino, pasaba por delante del Café New York, donde residían periodistas, actores y actrices que se amontonaban felices y contentos, se embriagaban con la gloria de cada cual y se preguntaban cómo dejar impreso su nombre en la edición del día siguiente. Mujeres idiotas, caprichosas, ansiosas por la fama, de almas áridas y de nombres gastados una y otra vez, y hombres viles, cínicos, corruptos, desvergonzados estaban allí sentados a todas horas del día, dibujando corazones en las mesas de mármol, debiendo dinero al camarero, hablando a voz en grito sobre lo que habían leído por casualidad durante el día y cuidándose mucho los hombres de arrugarse los pantalones blancos. Venían del teatro o iban al teatro. Los suicidas no apoyaban la pistola contra la sien, sino que apuntaban a un pozo negro... Él también pasó, como una extraña visión.

En la calle Jeremiás Frank y Señora se había agolpado una muchedumbre, como solía ocurrir cuando se producía o un suicidio o una boda.

Quién podía resistirse al encanto del tiempo vespertino, a la

ebriedad repetida todas las noches, a la melodía del organillo por las tardes, al canto ciego y melancólico del anciano, a las chulerías del conserje, a los barberos y peluqueras que a esas horas tardías recorrían alegremente, con humor mundano, las escaleras, los pasillos, los corredores secretos, los dormitorios y los lavaderos de esas casas, traían noticias, entregaban cartas, sabían lo que había ocurrido en el vecindario, despertaban celos de la misma manera que los dormilones ponían el reloj despertador, y venía con sus sedas, sus telas, sus joyas el buhonero: esas mujeres en contadas ocasiones compraban en las tiendas, pues los comerciantes les llevaban los artículos a sus casas. Lo primero que cautivaba al buhonero era el sombrero con plumas de avestruz. Repugnante era allí la moda, como en el mercadillo: un revoltijo. Los tacones crecían hasta alturas inconcebibles, los maquillajes eran encendidos, las enaguas gustaban cuando crujían y susurraban... En esas casas de aire viciado que guiñaban el ojo y se encontraban siempre en la penumbra vivían aquellas extrañas mujeres vigiladas por sus madamas. Estas, a su vez, se asociaban con el buhonero, con el zapatero, con el sombrerero y actuaban de garantes ante el joyero que pasaba a esas horas vespertinas casa por casa a cobrar las letras de cambio vencidas. Las mujeres, en cuclillas en la cocina, miraban los anillos y los brazaletes, en camisón todavía, en pantuflas, despeinadas, pero su desnudez no conmovía al comerciante erguido sobre su caja. A veces se armaban considerables trifulcas por cuestiones de dinero o por algún amante que les había sido birlado, las mujeres se abalanzaban unas sobre otras, se tiraban de los pelos, se escuchaba un pistoletazo, volaban los insultos, mientras el joven causante de la pelea se rascaba el mentón con la navaja de afeitar.

Allí, todas se despertaban al anochecer. Y al anochecer franqueaban con sigilo la puerta sospechosa, después de mirar alrededor, el burgués panzudo y el adolescente aún verde. Las habitaciones olían como si todos los días las rociaran con agua de Pascua. Los sofás raídos, las toallas andrajosas, las cacerolas tiznadas, las lámparas humeantes, las camas irrespirables, las fotografías, las tarjetas postales, siempre las mismas desde hacía años, solo las habitantes cambiaban de vez en cuando, sucumbían o emigraban, se les perdía el rastro como a la noche, como a sus peculiares juegos y voces, a sus risas y sus opiniones políticas y sus discursos y sus muletillas y sus encantos y sus confesiones de amor dirigidas a rostros masculinos durmientes... En ocasiones amaban como tigresas y en otras elegían a un ideal al que jamás podían ver en vivo, a lo sumo en la portada de una revista ilustrada o en el escaparate de un fotógrafo. Precisamente ellas, humilladas del amor, despreciadas y arrojadas a un montón de basura, precisamente ellas veneraban al omnipotente amor en cuanto poder supremo. No podían vivir ni un solo día si no

tenían a alguien a quien amar. Ni una noche más podían dedicar a su singular forma de ganarse la vida si a la mañana siguiente no aparecía por la esquina, arrugado, andrajoso, a menudo borracho, el particular joven que llevaba años sin domicilio fijo en la capital, puesto que dormía en casa de su amante. Este joven taciturno, en general sombrío y malhumorado que nada temía, era para ella la vida, la felicidad, el precio de la lucha. Qué beso tan verdadero regalaba a ese rostro cansado, qué bien le caía el golpe de puño y qué consuelo le suponía el apetito con que consumía el almuerzo que le llegaba de la cocina de la madama. Carnes con hueso y tuétano, cocidas con mucha verdura, ocas cebadas que flotan en su grasa, sardinas en aceite y caviar con cebolla alimentaban a las habitantes de la casa.

El dueño de la funeraria permaneció con gesto adusto en el pescante, mientras el policía y el cochero extraían el cadáver de la mujer suicida de la abigarrada y casi enloquecida muchedumbre que se agolpaba en el portal azotado por las corrientes de aire. En la calle lateral sonaron misteriosos silbidos, muchachos en mangas de camisa compitieron a la carrera, sin motivo alguno, con el coche fúnebre, arpías chillonas empujaron a la multitud, en las ventanas aparecieron ojos pasmados, abiertos de par en par, el cesto lleno de uvas espinas de la frutera acabó derribado, la mejor amiga gritó con el pelo alborotado y los ojos llorosos; polvo, tumulto, humo de las cocinas, rojo chillón de los maquillajes, hollín y agua por todas partes en ese mundo del que los transportadores de cadáveres sacaron a la muchacha suicida. Todo el mundo contemplaba la escena con atención, pues era posible que mañana lo pusieran a él o a ella en aquel coche negro. Y la causa de la muerte: asfixia...

En eso, de pronto se oyó en la calle una enigmática exclamación que estremeció al dueño de la funeraria. Desde detrás de una valla o desde un portal alguien gritó algo que él no entendió, pero la voz sonó tan imperiosa en la vía atestada de gente que János Czifra enseguida comenzó a agitarse.

—¿No han oído ustedes nada? —preguntó al cochero y al policía. Esos, sin embargo, menearon la cabeza—. ¡Deténganse! —gritó—. Me tengo que bajar.

El cochero protestó. Declaró que un coche transportador de cadáveres no podía detenerse en medio de la calle, como tampoco podía hacerlo el coche postal en la carretera. Porque ocurrían muchos robos...

El dueño de la funeraria se vio entonces junto a una valla, a cierta distancia de las farolas y del ruido carnavalesco. Era él mismo el que estaba allí en la oscuridad, con la misma vestimenta, la misma cara, el mismo sombrero, y a partir de ese momento se volvió inseparable de ese extraño al que no había visto jamás... Era él quien le había

gritado. No pudo resistirse a su voz imperiosa. János Czifra estaba junto a la valla, esperando a que János Czifra se le acercara a pasitos diminutos.

Capítulo quinto

en el que el pacífico ciudadano se encuentra con Sueño

Lo examinó con detalle.

Era un hombre otoñal.

Su rostro tenía el color de las hojas marchitas y caídas. Líneas y arrugas iban rumbo a sus misteriosas metas, como los caminos de la pesadumbre. No quedaba en esa cara ni una huella del joven de antaño, que era como hacía una hora se imaginaba aún a sí mismo el dueño de la funeraria. El hombre fanfarrón, retorcido, engreído, rizado, vibrante que parecía salido del rótulo de una peluquería y que acababa de deslizarse entre las faldas de las mujeres en el banquete de boda, al llegar a la calle Jeremiás Frank y Señora se convirtió en algo semejante a un zapato barato. Tristona y apática era su mirada morena, como si convaleciera de una larga enfermedad. Tenía entre los labios, con silencioso gesto reflexivo, el cigarro con la boquilla de papel. Bajó las manos y el redondo sombrero de paja negro osciló melancólico sobre su coronilla. Semejaba un hombre habituado a andar pegado a los muros de las casas. Era de naturaleza pacífica. Callaba mucho y paseaba en silencio. El dueño de la funeraria se miró asombrado. «¿Será la profesión de este la misma que la mía?», se le pasó por la cabeza.

El hombre triste permanecía inmóvil junto a la valla. ¿Por qué había ido a parar a esa callejuela, a la calle de las mujeres, donde mucho no se lo necesitaba? ¿Había llegado allí por hastío o por casualidad? ¿Qué respondería si el dueño de la funeraria lo interpelara y le preguntara por su aspecto? ¿Sabía, en ese barrio lejano, que en el distrito de Ferencváros de Pest vivía un empresario llamado János Czifra que se parecía a él como un huevo a otro huevo?

János Czifra se quedó pensando un rato, preguntándose cómo entablar una conversación. Al final se pronunció.

—¿Es esta la calle Jeremiás Frank y Señora y estamos cerca del número doce?

El extraño alzó su sombrero con el mismo gesto cortés que el dueño de la funeraria. Y con la misma voz, con tono cauteloso y reservado, tal como respondería János Czifra, dijo:

—Así es, señor, es la calle Jeremiás Frank y Señora y a buen seguro estamos cerca del número doce.

El dueño de la funeraria tomó nota de la respuesta. Tornó a levantar su redondo sombrero de paja negro, y el otro le devolvió el saludo, como dos ciudadanos bien educados que se respetan aunque no se conozcan. Se dispusieron a despedirse.

—Gracias, señor.

—No hay de qué, señor.

En el curso de este diálogo, sin embargo, al dueño de la funeraria se le ocurrió otra idea.

—¿Podría decirme la hora, señor?

—Se la diré encantado —respondió el extraño, y con gesto lento y ceremonioso introdujo la mano en el bolsillo y extrajo un reloj de oro que era pintiparado al reloj del dueño de la funeraria. Era incluso posible que en su interior figurara el nombre del mismo fabricante suizo.

—Son las nueve —respondió el extraño y con ademán serio cerró la tapa del reloj y lo guardó en el bolsillo del chaleco.

La conversación volvió a interrumpirse. Tornaron a quitarse los sombreros y los dos ciudadanos se marcharon. El dueño de la funeraria hacia la derecha, el extraño hacia la izquierda. No obstante, tan pronto como habían dado unos pasos, ambos se detuvieron, había entre ellos una farola de gas bajo cuya llama pálida y azulada se miraron fijamente en la calle Jeremiás Frank y Señora.

Sobre los cuadrados de granito iban mujeres con faldas de verano. El viento abombaba sus prendas como si fuesen velas. Alguien tocaba el piano. Una mujer gorda regaba sus tiestos en el piso de arriba y el agua caía sobre la acera.

El dueño de la funeraria pensó en la posibilidad de haberse encontrado quizá con un hermano suyo desconocido. Pero ¿cómo era que no se habían visto jamás y no sabían nada el uno del otro?

Ahí estaban los dos ciudadanos, mirándose. ¿Cómo empezar, qué decir el uno al otro, cómo continuar cada cual su vida a partir de ese momento? Dos vagabundos en la espesura de un bosque o en una carretera desierta lo tenían más fácil para conocerse que dos ciudadanos bien vestidos en una calle de Pest.

El extraño, como si hubiera adivinado los pensamientos del dueño de la funeraria, dijo:

—Usted es un desconocido en esta calle, señor, mientras que yo paso por aquí todos los días. ¿Puedo orientarlo de alguna manera? —preguntó con tono amable.

El dueño de la funeraria se sonrojó.

—He venido a parar aquí por casualidad. De hecho, no tengo nada que hacer aquí. Pero, dígame, ¿por qué me gritó cuando iba en el coche?

El extraño le respondió con franqueza:

—Son imaginaciones suyas, señor. Yo no le he gritado. Gritar no es mi costumbre. Soy un hombre bastante sigiloso.

—Imaginaciones mías... —murmuró el dueño de la funeraria—. Oí claramente que alguien me llamaba por mi nombre, con un tono tal,

además, que no me quedó más remedio que apearme del coche.

El extraño se enfadaba fácilmente, igual que János Czifra:

—Señor, no me acuse de puerilidades. Le repito que no suelo gritar. Y ahora déjeme seguir mi camino y no me venga detrás.

—Yo no le voy detrás. Al contrario, fue usted quien se interpuso en mi camino. Sería indigno continuar esta discusión callejera —contestó el dueño de la funeraria.

Alzó el sombrero y se puso en marcha.

No había dado ni diez pasos cuando volvió a toparse con el extraño.

—Vamos, esto es muy fastidioso —exclamó János Czifra—. ¿Usted quién es que no para de importunarme?

El extraño sonrió suavemente, con cierta tristeza.

—¿Todavía no me reconoces? Soy tu Sueño.

—Tonterías...

El extraño cogió de la mano al dueño de la funeraria.

—No te molestes ni te enfades. Nos hemos encontrado porque muy pronto tendremos que separarnos definitivamente. Moriremos los dos. Antes de morir, los hombres se encuentran con sus sueños, los cuales cobran vida. Yo soy aquel que cometió todas esas extrañezas, locuras, bromas, asesinatos, saltos al vacío, que se dedicó a la lujuria, a la fornicación, a mostrarse desnudo, a luchar con fieras, a comer lentejas, a dar besos, a combatir con gigantes y con enanos. Yo anduve por la cornisa de una torre y en el fondo de un pozo, yo luché con bandidos, mientras tú yacías en la cama.

El dueño de la funeraria era un hombrecillo con unos accesos de cólera como los que tiene un hámster. No aguantó más el discurso del extraño. Levantó la mano y le pegó una sonora bofetada.

El extraño dio un paso atrás, mansa y tristemente, y dijo en forma de tranquila reconvención:

—¿Te has vuelto loco, János Czifra? ¿Me haces daño a mí o a ti? Has olvidado definitivamente tu juventud, cuando aún éramos puros e inocentes e íbamos juntos a las bodas, a las iglesias de la periferia, donde las novias permanecían casi en un estado de éxtasis arrodilladas ante el altar o en las escaleras bajo el sol del mediodía, con el mirto rodeando su cabeza como la más bella corona de una reina, con el ramo nupcial de muguetes que el sacerdote había rociado con agua bendita, y el chantre rubio y de imponente bigote dejaba de tocar el órgano (a una señal del sacerdote), apoyaba la cabeza enorme y tristona sobre las manos en una esquina del coro, mientras el capellán con su vestidura de seda clara y con su rostro afeitado junto al altar, haciendo señas con las manos, entornando ahora los ojos, ahora abriéndolos de par en par, uniendo en una sola persona al santo y al mago, sonriendo con inteligencia a los inteligentes, con fe fanática a

los supersticiosos, explicaba parábolas sobre la santidad del matrimonio con la voz de aquel buen peregrino con el que una vez nos topamos por azar. Ay, cuántas bodas escuchamos de principio a fin; casi tantas como la hija del chantre, muchacha con cara de hierba algodonera, tempranamente marchita, nunca desarrollada del todo, que se sentaba junto a su padre en el coro y observaba con mirada de experta el comportamiento de las novias ante el altar... ¡Cuántas veces fuimos novios, con ramitos de muguete en el abrigo, cuántas veces besamos a amigas pálidas y nerviosas, a tíos con olor a ajo, a señoras con aliento a moho y a lavanda, a espectadores emprendedores, a pícaros y a extraños después de la ceremonia! Cuántas veces nos sentamos en la calesa engalanada con flores junto a vírgenes que hicimos nuestras por obra y gracia de la Iglesia para mostrarles los dolores y las alegrías como son en la realidad; el interior de barcos a la deriva en el mar; la sangre púrpura en las níveas almohadas al amanecer; las vueltas del placer y del tormento; las escalas maravillosas del grito; los ayes con el tacto de la brasa; la caída del mirto; la cresta dentada de la virilidad; la perturbación del nido del ruiseñor cuya circunferencia no es más grande que la de una alianza para poder vivir de comienzo a fin la noche de boda en cuyo principio el hombre devoto se persigna hasta dos veces y la mujer pronuncia para sus adentros una oración de su infancia, y caen el vestido y las medias como los pétalos de una flor; como el claro de luna amarillo soñando a través de la espuma blanca del mar, así es el color de ese cuerpecito que espera tembloroso la capa roja del inquisidor... así al menos lo imaginábamos nosotros o ellas en sus noches de insomnio, ellas que en las noches de luna del convento de Santa Margarita o del instituto María tejían imágenes para sus pensamientos. ¡Recuerda, dueño inveterado de una funeraria, que en su día todas las novias tapadas con sus velos se casaban contigo en plena noche en la iglesia de la plaza Bakáts! El capellán con su sobrepelliz se mostraba conciso con sus palabras y sus rezos, dos velas ardían sobre el altar, y el campanero con el bigote de sacacorchos y el aspecto físico de una botella de aguardiente juntaba las manos con indiferencia, mientras el servidor de la Iglesia ataba con su estola las manos de pobres y bellas muchachas. Eso sí, los tíos curtidos en mil batallas, de aspecto marcial, bigote encerado, chaleco blanco, arrugas en la cara esperaban el beso de la novia en la nave del templo igual que en las bodas de los ricos, en donde la nave y el altar estaban bañados en luz, el sacerdote se cambiaba de vestidura en la sacristía como el profeta antes de la gran escena, poniéndose sobre los hombros una larga capa que le llegaba al suelo, el sacristán harto de vivir comenzaba un rezo fervoroso, el chantre se entretenía con los caños del órgano y crujían el chifón, el encaje, la tela sobre los muslos arrugados o duros como

piedras de la novia, muslos de los que las mujeres creen que solamente ellas los poseen. Cuántas veces había que gritarles a esas mujercitas altivas que sus ligas eran la mejor cualidad que poseían: «¡no te enorgullezcas, monita, porque allá fuera en el mundo son muchos los millones de mujeres que llevan ligas como las tuyas!» Caminábamos por la calle Gyep junto a ventanas de casas de una sola planta en las que mujeres en camisa se espulgaban en las tardes de verano, los bebés lloraban apretando los puños en sus cunas, mientras sonaba el reloj de cuco, las almohadas de fundas azules esperaban los sueños sobre las camas, el dueño se ataba los zapatos con gesto parsimonioso y reflexivo, la muchacha soñaba con la cartelera del teatro, la señorita con calzados blancos, la joven viuda con azares secretos, con arcángeles masculinos que emprendían el vuelo y espíritus barbudos que entraban por el ojo de la cerradura. Nos instalábamos en una fonda de la calle Viola, donde el acordeón tocaba alternativamente el canto a Kossuth y el Gott erhalte;[1] brindábamos con burgueses que temían a sus señoras obesas, sorbíamos alegremente nuestras bebidas mientras el otro, bajo los efectos del vino, revelaba algún secreto familiar. ¡Oh, las señoras burguesas ya no son las mismas tras las puertas cerradas de los dormitorios! Particulares pasiones —espectáculos de circo— necesidades humanas mentadas entre risas durante el día se despliegan en silencio cuando las parejas están solas. —El mono monta sobre un caballo. —En un espejo se mira el rostro el arrogante carnicero. Las mujeres manipulan agua estancada, sudores, saliva de serpiente, mientras los maridos beodos se refugian bajo la cama ante los gritos, la violencia, la furia de sus esposas. —Solo queríamos conocer la historia de los dormitorios de la calle Viola para que la vida, el día a día, los actos de los hombres no tuvieran más misterio para nosotros, no lo tuviera la historia de todas las cosas y de todas las personas en la calle Viola y alrededores. —En la calle Angyal chillaba la novia como si la degollaran, y la luna de una noche de verano contemplaba con suave indulgencia las casas de una sola planta. En la calle Páva, una mujer despotricaba en plena noche como un sargento de húsares, y eso que acababa de casarse ese día, pero el recién casado cumplía con poca maña sus deberes. Gritos de placer, rezongos felices, ayes ahogados, palabras nerviosas y tranquilizadoras se oían tras las ventanas de la calle Liliom cuando una boda se celebraba en aquella vía... Hasta las dos veces viudas se mostraban pudorosas... Y los hombres, torpes como peces en tierra.

—Sí —dijo el dueño de la funeraria—, siempre he sido un hombre de buen corazón y me daban pena las débiles criaturas femeninas víctimas de hombres brutales.

Sueño respondió con un gesto de resignación:

—Dejémonos, señor Czifra, de hipocresías, que nosotros dos nos conocemos muy bien. Mientras que durante el día llevábamos con expresión triste, solemne y conmovida el traje negro de nuestra profesión, juntábamos las manos como los sacristanes y mirábamos al cielo como el chantre en un entierro, durante la noche, a hurto, en nuestra otra vida (la verdadera), parecíamos gorriones machos con corbata en lo alto del muro de fuego que desarrollan su curiosa danza en torno a la gorriona pequeña y gris. ¡Cómo nos pavoneábamos, cómo nos alzábamos, cómo nos erizábamos! Cabalgábamos con pantalones blancos ceñidos sobre corceles salvajes, a la vista de nuestras damas. Éramos poetas que mordisqueaban hambrientos sus plumas delante del papel en blanco. Soltábamos gritos como si fueran mugidos a la manera del urogallo. Sonaba el órgano en nuestros corazones y extraíamos de la bolsa el dinero como si fuese harina. Déjese de hipocresías, señor Czifra, porque lo pasaría usted muy mal si las mujeres lo obligaran a cumplir las promesas que pronunciaba en sueños. Recuerde cuántas veces se tumbó ante la pequeña costurera que con el pie embutido en una media blanca movía con inferencia el pedal de la máquina de coser. Recuerde a la carnicera de cuello colorado a la que durante muchas noches le robó a su marido. Piense en las palabras que puso en boca de mujeres que no sospechaban nada de nada. Podría pasar hasta el final de su vida en la prisión por las violencias amorosas que cometió en el duermevela... Nadie ha robado tantos jamones ajenos de las chimeneas como usted, señor Czifra.

El dueño de la funeraria echó un vistazo a su reloj de oro de doble tapa:

—No sé por qué sigo escuchando su cháchara. Todo el barrio es testigo de que siempre he sido un hombre respetable. A todo el mundo le he mostrado el debido respeto con cortesía y quitándome el sombrero —nadie se ha quitado el sombrero tantas veces como yo—, aunque también he exigido por mi parte el obligado reconocimiento. Me he preocupado de mi aspecto exterior: todos los días era el primero en la barbería; y jamás pasé una noche inquieta por culpa de alguna deuda. Jamás he asumido la organización de un entierro a crédito, porque me repelen los pleitos, prefería coger algo en prenda, alguna joya familiar o un abrigo de piel, que siempre devolvía con puntualidad, sin tacha... Y solamente necesitaba las prendas porque conozco a los seres humanos. Solo quieren a sus difuntos hasta que los han metido definitivamente bajo tierra. ¿Quién paga por un viejo que yace desde hace semanas en el cementerio? No merece la pena ni una de las palabras con que usted rebaja mi honestidad. Me planto con toda tranquilidad ante el juez. János Czifra ha sido un hombre respetable durante toda su vida.

Sueño, sin embargo, no cedía. Cogió al dueño de la funeraria del

brazo y lo miró a los ojos. Le susurró en tono misterioso:

—¿Y entonces qué busca usted esta noche en la calle Jeremiás Frank y Señora? Yo se lo diré a János Czifra, por si no lo sabe. Busca una novia el dueño de la funeraria, que es la costumbre de los burgueses que han comido y bebido durante toda la boda, han sido testigos de debilidades íntimas, de actos indecorosos propios de un banquete, de conversaciones excitantes y miradas igualmente inquietantes. Es un viejo hábito de la burguesía, el ir a parar a la calle Jeremiás Frank y Señora después de un banquete de boda. Aquí vienen los hombres de nervios sensibles procedentes de los cementerios, de los tribunales, de los procesos de divorcio, de las penas y desgracias familiares. Aquí aparecen los maridos engañados después de haber sido testigos de la infidelidad de sus esposas desde debajo de la cama o a través de una ventana mal tapada por el cortinaje, siempre y cuando no dediquen su tiempo a abrazar a la infiel acuciados por los celos y por la desesperación. Aquí acuden quienes están de luto porque esa misma tarde acaban de enterrar su felicidad. Aquí se encuentran quienes con el rostro gris como una tela de araña, con sigilo, procurando no llamar la atención, han salido esa mañana de la cárcel en la que pasaron años por algún delito del que han olvidado incluso el recuerdo. Los pasos del policía resuenan más temibles en esa calle que en otras partes. Los fugitivos espían desde detrás de una punta de la cortina. El borracho berrea con indolencia, el ladrón respira hondo y se repanchinga, el asesino es aquí un caballero que maltrata a la mujer a la que la casualidad ha arrojado a sus brazos. Las paredes pocas veces pintadas, pues nadie se aloja por mucho tiempo en esa calle, los muebles que sirven aquí a la comodidad y a la lascivia de las personas, los espejos en los que tantas caras descompuestas se miraron al amanecer, los picaportes y los conserjes que dejan entrar a los tambaleantes, a los achispados, a los lujuriosos disimulados o a los que la vida les ha partido el alma; los pasillos oscuros a cuyas baldosas se han pegado ya marchitas las rosas pisoteadas de la juventud; la melodía del organillo que suena por las tardes como un canto fúnebre solicitado de antemano para los moribundos... Estas cosas solo pueden repugnar a un hombre tan respetable como usted, señor Czifra, ¿no es cierto?... Aun así, usted ronda por aquí al abrigo de la noche, espía el ribete de unas enaguas rojas en la penumbra, aguarda el guiño provocador de una mujer bizca bajo la farola de la esquina, está dispuesto a arrojarse ante unos pies embutidos en unas medias blancas... Y eso que en una ocasión, siendo todavía un joven inexperto, fue usted apaleado y cubierto de insultos, acorralado con una escoba sucia, perseguido por el conserje hasta la esquina, donde fue entregado finalmente al policía de imponente mostacho cuando sin dinero, ebrio de amor, fue a parar a

esa casa y bebió de la única copa a la que tenía derecho como joven de dieciocho años... ¿Y ahora, siendo ya un anciano, vuelve a aparecer por aquí, János Czifra, pobre hoja marchita?

El dueño de la funeraria puso la mano sobre el brazo de Sueño:

—Deja de sermonearme, viejo, que bastantes sermones he escuchado ya en mi vida. Tanto discurso no tiene ningún sentido. En un dos por tres habrá que bajar a un muerto a la tumba. Mi negocio siempre ha tenido fama de rápido. Cerrar el ataúd y transportarlo a toda prisa para que los familiares no tengan tiempo para prolijas despedidas. Por mí pueden llorar, lamentarse, aferrarse al féretro... ¡Vamos!, gritaba yo siempre. Entremos en ese edificio barato en el que se oye una bronca terrible. ¿Habrán asesinado a alguien?

Eso dijo el dueño de la funeraria y ladeó el redondo sombrero con altivez. Decididamente, se sentía de buen humor tras la discusión mantenida con Sueño. Avanzó con un andar casi elástico y franqueó el umbral desgastado.

[1] Alusión irónica a la contradicción consistente en cantar a la vez el himno austríaco y al líder de la lucha de Hungría contra Austria en la guerra de independencia de 1848-1849. (N. d. T.)

Capítulo sexto

en el que la mujer de tres mil años
le da un buen rapapolvo al anciano pecaminoso

La casa —como todas en la calle Jeremiás Frank y Señora— estaba deteriorada, era húmeda y daba a un patio oscuro. Como si su arquitecto la hubiera proyectado como vieja y desconchada de entrada. La pared estaba llena de descascarillados, las ventanas sucias como las caras que miraban por ellas. Las escaleras parecían construidas expresamente para que el borracho se rompiera el cuello después de que lo subieran, lo empujaran, lo izaran a la planta de arriba y lo despojaran de su reloj y de su cartera en una habitación oscura... La casa era como salida de una novela de Dickens, aunque no lo sabía.

En el patio discurría una gran bronca vespertina.

El centro de la bronca era el conserje, un joven larguirucho, con cara de cárcel, picado de viruela, al que nada en el mundo le gustaba tanto como las propinas. Se estaba discutiendo con una muchacha que de alguna manera lo había engañado. Las habitantes de la casa se apilaban en las ventanas, algunas habían puesto la cena habitual sobre el alféizar (embutido, sardinas, pescado en vinagre, chorizo con ajo y la cerveza que no podía faltar) para no perderse ningún detalle de la disputa. Allí estaban sentadas o de pie; algunas incluso se habían colocado una rosa en el cabello, otros se habían puesto el sombrero (antes incluso de ponerse la camisa), otras llevaban la bata de andar por casa, las que tenían la intención de pasar allí la noche.

Todo estaba lleno de un vapor cálido, como un baño turco que abre por las noches y donde hombres y mujeres se bañan juntos.

Sudaban los cristales de las ventanas, la llama del alcohol de quemar subía serpenteando como en la cocina de una bruja, en la que se cuecen ojos negros y centelleantes, labios abombados por el vicio, orejas de color rosa, en la que rizan mechones de pelo y afilan y pintan de rojo las uñas; los espejos reflejaban lenguas hinchadas y purpúreas, ojos febriles, hombros blancos que parecían encalados; el polvo de arroz y la seda revoloteaban como en los vestuarios de los teatros; los bigudíes se enfriaban con cartas de amor; los zapatos de tacón alto esperaban en el vestíbulo como caballos de carrera en el establo; la puntilla ligera tapaba a modo de cómplice las cicatrices del cuello; el maquillaje rodaba en su pote bajo la mesa, como si nunca más se necesitara después de esa noche.

El joven que vivía en el edificio —siendo como era el preferido de la mujer no vieja aún, pero ya madura— comenzó a golpear con un

gran bastón, desde dentro, la puerta de la primera planta. El conserje calló de inmediato al oír el fuerte ruido y se retiró entre gruñidos e insultos a su madriguera como después de una batalla. Y allí concluyó la discusión.

Al mismo tiempo, la habitante más rica del edificio —esa misma mujer madura, vestida con su bata roja— se asomó por la baranda de hierro del pasillo y gritó:

—¿Por qué estáis todas con la boca abierta? ¡A volver cada una a su trabajo!

Y, en efecto, tornó la quietud al edificio.

La mujer madura, una tal señora Jella, no solo debía su autoridad a su riqueza y a su físico, sino también al hecho de estar emparentada con los caseros, Jeremiás Frank y señora.

Hacia allí se dirigieron János Czifra y Sueño, su amigo.

—A buena hora has venido; falta mucho todavía para mi entierro —dijo la señora Jella al ver al dueño de la funeraria—. Por el momento me dedico a coleccionar diamantes. Sean en forma de piedras o de muchachas. ¿A qué vienes, János Czifra, a vender o a comprar?

Jella sentó a los visitantes en la cocina, como a viejos y fiables amigos. (Conocía a János Czifra desde hacía tiempo, pues cuando alguna mujer conocida fallecía en la calle, iba en calesa al entierro para honrar a la difunta). Estaba cocinando precisamente, pues ella se encargaba de dar a cenar a las muchachas que poseían dinero suficiente. Siempre vivían con ella dos o tres chicas de las que se ocupaba y a las que agasajaba. Vivir en casa de Jella suponía una gran distinción y síntoma de solvencia. Rosenbaum & Quitt, el comerciante de la calle, llevaba encantado las mejores joyas y ropas a las «chicas de Jella».

Esa noche, había oca asada para cenar.

La mujer sirvió sendos muslos a János Czifra y a su amigo. Cortó unas rodajas de un pan blanco y tierno, descorchó una botella de champán y continuó afanada en la cocina.

—Tendréis que conformaros con comer con las manos. No dispongo de tiempo para organizar grandes cenas, porque siempre tengo mucho trabajo. Trabajo todo el día, porque he sido una mujer honesta toda mi vida. No me avergüenza trabajar. Friego encantada la habitación. Pero me moriría de vergüenza si en la ciudad se encontrara un hombre que hablara mal de mí. Pues sí, Jella lava, plancha, cocina, barre, va guardando los cuartos, se alegra cuando le regalan una moneda de seis céntimos, porque es mucho lo que hay que reemplazar. Se llevaron una gran fortuna los potros.

—¿Los potros? —preguntó sorprendido János Czifra.

—Claro, tú que eres un ciudadano respetable, ¿ni siquiera sabes

que se celebran carreras en Pest? —estalló Jella—. Siempre he dicho que solo los patanes son felices en esta ciudad. En mi juventud, cuando la vida me traía todo en bandeja de oro, la calesa me llevaba a toda velocidad, como enloquecida: mis amigos eran condes, señores, jockeys. Todo el mundo me conocía en el hipódromo. Elemér Batthyányi me saludaba desde lejos cuando me veía. Janek venía a mi casa a cenar. El viejo Szemere se desternillaba de risa cuando le contaba chistes. El joven más guapo, limpio como un muñeco de azúcar, era mi amante, y nos queríamos mucho. Por desgracia para mí, yo también comencé a jugar. Y lo perdí todo. Y eso que tenía unos cien mil forintos... Por eso guiso ahora en la cocina, para recuperarlos. No falta mucho para llegar.

La grasa de la oca le chorreaba por los labios al dueño de la funeraria. Daba la razón para sus adentros a quienes elogiaban los platos de Jella.

—Comed los pepinos fermentados. Yo misma los preparé la semana pasada. Están crujientes como el vidrio.

El dueño de la funeraria comió de todo. Serio y ceremonioso, sentado en la silla de madera de la cocina, como corresponde a un hombre respetable.

—Tienes una cara tan honesta —murmuró Jella mientras miraba de reojo a sus invitados— que me gustaría contratarte como gerente. Llevar las toallas, verter el agua de las jofainas, abrir la puerta a los visitantes, en eso consistiría tu ocupación. ¿Te interesa?

El dueño de la funeraria levantó la tapa de la cacerola sobre el fogón y le echó un vistazo con curiosidad.

Jella le dio en los nudillos con la cuchara de madera.

—Tu nariz se llenará de ajo.

Flotaba en el caldo una carne de ternera grasa, con mucha verdura, sobresalía un hueso con tuétano, se notaba la fragancia del pimiento, de la coliflor, del colinabo, de la zanahoria, del apio. Un trozo de pollo también asomaba en el caldo.

—Ni siquiera Francisco José come algo así —sentenció el dueño de la funeraria.

—Ya lo creo —respondió Jella—. El caldo es para mi rey. Todos los días come carne de ternera cocida cuando se levanta.

—Pues lamento mucho no haber podido ser nunca amigo de mujeres. Creo que es la carrera más bonita del mundo —dijo con tono reflexivo el dueño de la funeraria.

—Mis amantes lo han tenido bien conmigo, siempre y cuando me fueran fieles. Ciertamente, no aguantaba que intercambiaran unas palabras con otra mujer, pero luego yo los cuidaba y los alimentaba. Estaban mejor conmigo que en el vientre de sus madres. Velaba sus sueños, les lustraba los zapatos, les lavaba los calcetines, les

planchaba, los arreglaba, les afeitaba incluso la barba cuando la barbería estaba cerrada... Mi amante era el mejor caballero del barrio. Hasta le daba dinero de mi bolsillo cuando no tenía. Le rociaba el pañuelo con un perfume tal que hasta en el barrio vecino se reconocía mi fragancia. Nadie ha tenido ni tiene un perfume así en todo Pest.

Mientras Jella hablaba, el dueño de la funeraria observaba con detenimiento a esa señora rellena, sus formas duras como piedra, su rostro resuelto y tranquilo, sus ojos fríos, su frente fresca, su cabello peinado hacia atrás. No había en esa mujer nada artificial. Solo era colérica, como esas buenas dueñas con las que el hombre solitario sueña en su lecho de enfermo. Al lado de una mujer así tal vez ni siquiera se pudiera morir. Mantenía tan ordenada la casa...

—Si alguna vez se desocupa el sitio, acépteme como su querido —dijo riendo János Czifra, quizá pensando en serio lo que decía.

A Jella no le extrañó la propuesta del dueño de la funeraria.

—Todos los días escucho propuestas de este tipo, cuando voy al mercado con el cesto, en pantuflas y destocada, me pongo en la cola ante la verdulería o miro en el estanco si me ha tocado la lotería. En el camino, los hombres elogian mi cintura, mis piernas, mis hombros. Pero esos hombres se equivocan. Mi sangre es tranquila como un lago. Yo ya no cometeré locuras en lo que me queda de vida. Soy una mujer seria.

—Y yo un hombre serio.

—No tendría nada que objetar a su edad. Me encantan los ancianos. Mi amiga es la mujer más feliz desde que se casó con un capitán retirado. Aunque sea hombre limpio y agradable, está más cerca de los sesenta que el sábado del domingo. Desde nuestro punto de vista, un hombre limpio no puede envejecer nunca. ¡Con tal que no sea muy gordo, no escupa, no tartamudee, no ronque, no despotrique, no se ahogue! Que vaya a ver al barbero con regularidad, así como al sastre, a la lencera, al zapatero. Que no se olvide de sí ni siquiera cuando está borracho. Que sus dientes y sus manos estén limpios, que su boca huela bien, que sus modales sean exquisitos, que evite las palabrotas y acuda con frecuencia, en la medida de lo posible, a los baños de vapor, que no se manche la ropa con el asado, que no deforme sus zapatos, que no le suden las manos y los pies... Y que sea religioso, porque yo creo en el buen Dios, que siempre me ha ayudado en las dificultades.

En ese momento se oyó a alguien jurar con vehemencia en el baño, en medio del ruido del agua.

—Vuelve a ser Henrik, que no encuentra la toalla —estalló la mujer que salió corriendo de la cocina.

El dueño de la funeraria se encendió un cigarro y recorrió la casa con la mirada. Misteriosamente ardía una lámpara en el penumbroso

vestíbulo. A izquierda y a derecha se abrían puertas tras las cuales las personas vivían sus singulares vidas. Tal vez yacían las mujeres sobre los sofás contemplando aburridas, con ojos vacuos, los ornamentos del techo. Sus miradas paseaban indiferentes por imágenes de desnudos que han visto cientos de veces. En más de una ocasión buscaban en el tejido de la alfombra las líneas de sus propias vidas, cuando el brillo de la luna atravesaba la ventana. Había vida allí, abigarrada y somnolienta, breve y extraña, llorosa y caprichosa... Las ilusiones de vestidos nuevos y de zapatos nuevos y de joyas baratas revoloteaban bajo el cielo de las camas junto con bigotes de hombres, caras afeitadas e intrépidas, peinados con forma de cola de pato. Los zapatos sobre pies desnudos taconeaban mientras ellas se acercaban con parsimonia a la ventana para echar un vistazo a través de la persiana a la calurosa tarde de verano. Las agujas del reloj seguían adormiladas su camino durante el día —a lo sumo se animaban a la hora el almuerzo—, y cartománticas, podólogas, costureras, vecinas permanecían sentadas a media luz en la alfombra y narraban cuentos largos como los de Las Mil y una noches. Qué felicidad sería vivir aquí —pensó el dueño de la funeraria— y saber sobre la vida real, ardua y sudorosa a lo sumo lo que el periódico de la tarde mostraba a la luz de una cerilla. Los hombres parecían caballeros que entraban a voz en grito en la silenciosa casa, como si no vinieran de la calle, sino cuando menos de un país extraño. Y las mujeres, damas de un convento que escuchaban atentas las diversas mentiras de los hombres.

Jella regresó.

Su cara estaba más colorada de lo habitual y sus ojos echaban chispas.

Al cabo de poco, un caballero alto atravesó el vestíbulo, tan furioso que a punto estuvo de arrancar la manilla de la puerta al salir.

—Le dije lo que pensaba. En mi casa nadie anda soltando tacos —murmuró Jella, mientras escuchaba los pasos retumbantes que bajaban las escaleras.

—¿Se pelean a menudo? —quiso saber János Czifra.

—¿A usted qué le importa? —estalló Jella—. Me gustaría que me explicara por qué ha venido a parar aquí con este pez, su amigo mudo.

El dueño de la funeraria se rio:

—Pues hemos venido porque sí. Igual que otros. Pasábamos por casualidad.

Jella frunció el ceño:

—Por mí pueden quedarse. Pero, repito, no me gusta la gente que anda metiendo la nariz en todo. Aquí no se puede espiar ni curiosear, porque de todos modos no se enterarán de nada. Aquí solo se puede venir y marcharse. No soporto a los clientes que se quedan una eternidad. Bastante me duró mi marido, el capitán de barco. Ya fue

suficiente. Vayan ustedes al salón.

János Czifra se levantó haciendo reverencias una y otra vez y entró con su amigo en la habitación indicada. Tan pronto como se cerró la puerta, el sobrio comerciante se dirigió a su amigo:

—Si esta mujer vive unos años más a base de asado de oca, le quedará pequeño hasta el Pontus más grande de la casa Entreprise.

Sueño, sin embargo, no prestó atención al dueño de la funeraria, sino que se puso enseguida a cuatro patas sobre la alfombra para encontrar en la puerta que daba a la habitación vecina ese resquicio que le permitiera espiar a las damas de la casa. Encontró el hueco y su espalda se encorvó como la de un gato en el tejado.

János Czifra se instaló en el sillón y puso las manitas sobre las rodillas, como si quisiera hacerlas descansar. Miró tranquilamente alrededor en la habitación. Guardaba silencio, como si hubiera acudido a la casa solo para iniciar los procedimientos para un entierro y se dispusiera a extraer de su portafolio de piel de cerdo la lista de precios.

En la mesa que tenía delante había toda clase de figurillas de cristal, de porcelana, de bronce, de las que se venden en los bazares.

No faltaban ni el enano con su seta ni el mandarín chino con su parasol. Un hombrecito de bronce en cuclillas bajo el cual había que prender fuego a un papel para que se rizara y se convirtiera en ceniza. En el anverso de un cenicero de porcelana un oficial berlinés caminaba del brazo de su querida dominical, la cual llevaba un sombrero floreado y tenía una cara roja como el chorizo en la carnicería. En el dorso se veía la misma pareja de paseo. Pero ¡en qué situación más fatal! El volante de la falda de la dama se había enganchado en el sable del oficial de tal manera que la falda se había levantado y mostraba, además de las ligas, esa parte redondeada del cuerpo en la que incluso las señoras más elegantes suelen sentarse. El dueño de la funeraria imaginó lo mucho que debían de haberse reído los transeúntes de la avenida Unter den Linden al ver por detrás a esa singular pareja. Un búho de bronce se posaba sobre las rodillas desnudas de una mujer. Unos gatos arqueaban la cola y unos perritos de cristal y ojos dorados se olisqueaban unos a otros.

Sobre la pared, la habitual imagen de un desnudo: una dama tumbada sobre un sofá, desvestida. Luego, la imagen de una carrera de caballos: corceles de lomo grueso, cuello estirado, patas delgadas y cabeza pequeña corrían y saltaban entre vallas sobre un prado de vivo color verde; en las monturas unos jockeys con chaquetas de colores fustigaban y espoleaban a sus caballos; setos verdes y zanjas; en forma de cruasanes yacían los jinetes que habían caído. Fuera de la cancha, unos carruajes, y sobre estos mujeres gordas y delgadas con los ojos abiertos de par en par, con amplias faldas, sombreros atados bajo el

mentón, caballeros con sombreros de copa grises y azules, en su mayoría a caballo, en la tribuna llena a rebosar la muchedumbre y en lo alto, sobre el tejado, una bandera que ondeaba triunfal. Bajo el cuadro la siguiente inscripción: gran carrera de obstáculos de Liverpool, 1836. Si el dueño de la funeraria hubiera tenido la oportunidad de leer el resto de la inscripción, habría identificado las figuras numeradas que ocupaban los carruajes y habría conocido por tanto a varios renombrados duques, ladies y lores. ¿Qué habrá sido de los hermosos ojos de esas mujeres desde entonces?

—¿Tomamos algo? —preguntó Sueño, que volvía con el rostro enrojecido de su puesto de espía.

—Solo los sepultureros beben, porque sin la bebida no aguantarían su duro oficio —respondió Czifra.

Sin embargo, Sueño no necesitaba la bebida para hacer con el dueño de la funeraria lo que quisiera. Cogió una por una las figurillas de cristal y porcelana de la mesa y antes de volver a ponerlas en su sitio, ya habían cobrado vida. El hombrecillo en cuclillas mostraba en su rostro de bronce el esfuerzo por producir la tira de ceniza más larga posible. El enano comenzó a abrazar su seta. El mandarín se paseó dignamente por la mesa. La pareja berlinesa abandonó el cenicero y la dama con el sombrero de color de rosa volvió provocativamente la pierna desnuda hacia el dueño de la funeraria. Pero también se animaron las imágenes en la pared. La mujer que yacía sobre el sofá sacó la mano con el anillo por debajo del marco del cuadro. En la carrera de caballos iban y venían las figuras, como si una repentina ráfaga de viento hubiera recorrido el turf . Las bocas se abrían de par en par, los brazos se agitaban, un gentleman con sombrero de color celeste aproximaba la mano a la liga de una dama que se hallaba en el estribo de un carruaje, y los caballos de largas patas corrían y desparecían en la aldea del fondo para volver a aparecer por la otra cara del cuadro.

—Ahora te mostraré a la mujer de tres mil años —dijo Sueño a János Czifra y lo acercó a la puerta, por cuyo resquicio podía verse claramente la habitación contigua.

El dueño de la funeraria apretó el ojo contra el resquicio y vio lo siguiente:

Una mujer marchita sentada sobre el diván, tan inmóvil que parecía muerta. Los ojos entornados, los brazos bajados, las piernas que pendían sin fuerza. En todo su cuerpo, los signos de un cansancio infinito, como si hubiera regresado del viaje más largo y hubiera perdido en el camino la rojez de su rostro, el rosado de las uñas, la vida de sus labios y también de su mirada. Permanecía inmóvil como la mosca en la hiedra. Había perdido la ropa en el viaje, el pelo resultaba extraño, como si estuviera pegado al cuero cabelludo, lo

mismo que el de

las muñecas. Sus cejas solamente se intuían. Su piel era arrugada, apergaminada. Sus pechos colgaban como bolsas vacías. Su vientre era fláccido, como si hubiera sido condenado a larga inactividad. La mujer podía ser de papel, de paja, de estopa, de barro, más que de cuerpo humano. La vida parecía haberse marchado incluso de su entorno, ella respiraba tan quieta como esas plantas con boca de trompeta que se tragan las moscas que van a parar a su interior. Semejaba más que nada un pez que atravesando mares hubiera nadado hasta llegar allí, hubiera ido a parar a esa costa, extenuado, inerte, y con la marea baja ya no pudiera experimentar el vaivén del oleaje que da vida. Podían sonar las campanas sobre el agua, el pez no levantaba la cabeza en el púrpura del amanecer para escuchar boquiabierto el maravilloso sonido. Podía levantarse un viento de centelleo dorado que se deslizaba haciendo tintinear sus espuelas sobre las olas, las crestas, las espumas, pero el pez no daba ningún salto gracioso imitando la danza de las gaviotas. Por muy hondo que penetraran los rayos del sol en las aguas de color verde oscuro, el pez ya no se zambullía con su vestimenta plateada en esa luz del más allá. El pez estaba muerto...

—¿De dónde sabes que tiene tres mil años? —preguntó János Czifra en voz baja.

Sueño respondió:

—Pronto la verás despertarse. Un sueño de como mínimo tres mil años concluirá.

Al cabo de unos instantes la puerta se abrió y Jella gritó con voz de sargento mayor:

—Marica, despierta, que tienes una visita.

Al oír la voz, las palabras, la puerta que se abría, un ligero escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer desnuda, como cuando el viento recorre la llanura.

Primero movió una pierna, como si un muerto se dispusiera a bajarse de su ataúd. Después abrió los brazos, como cuando un insecto comienza a moverse en primavera. Tembló su cintura, tembló su regazo, el temblor le recorrió todo el torso. Abrió poco a poco los ojos, como la figura de cera en el Panorama. Se le estremecieron los hombros y paulatinamente se puso en pie. Hizo unos movimientos de natación con las manos, como si desde el pozo de los sueños procurara ascender a la superficie. Una o dos veces volvió a reclinarse con un cansancio mortal, pero al final se mantuvo en pie esa pequeña mujer egipcia.

Tenía unos ojos con forma de ciruela, una nariz recta como una espada, una frente parecida a la forma rectangular de un joyero. Las pestañas se levantaban como grullas que alzan el vuelo. Sus labios eran como una flecha. Era bajita y cuadrada como si acabara de salir

de costado, con torpes gestos, del muro de una pirámide.

La lámpara colgante cubierta con un cristal azul con estrellas doradas daba luz a algunas partes de su cuerpo, pero sumía otras en una penumbra. Se puso un peine en el cabello y vertió el líquido de un frasco en la palma de la mano, con el que luego se frotó los muslos y los pechos. Cogió un amplio vestido que colgaba de un gancho en la pared y con un único movimiento se cubrió el cuerpo.

—¿No era así la mujer hace tres mil años? —susurró Sueño.

El dueño de la funeraria asintió en silencio, mientras observaba la escena con los ojos abiertos de par en par.

La mujer permaneció por unos instantes en el centro de la habitación, lánguida, casi harta de la vida. Con una expresión de amarga repugnancia se arrolló el pelo con ambas manos y con la cabeza echada hacia atrás. Miraba la puerta como la actriz los bastidores.

A continuación, entró la visita, y la mujer no tardó ni un segundo en examinarlo de arriba abajo. Y de puntillas se plantó ante el hombre con un salto de leopardo.

Un anciano jamás visto, sumamente pequeño, avanzó a pasitos hasta situarse debajo de la lámpara azul.

Con emoción y con un respeto infantil la hija de Cleopatra le besó la mano al caballero de solo tres pies de altura.

La visita era un personaje extraño. Como si hubiera venido a la noche procedente de algún libro de cuentos con el que durante el día los niños se deleitaban viendo su grotesca figura. Tenía una nariz puntiaguda, portaba gafas, llevaba un sombrero de ala ancha e iba vestido de salón. Debía de ser miope, puesto que en la penumbra chocó en dos ocasiones contra una silla. Pertenecía a esos peculiares ancianos que durante el día permanecían sentados en la plaza, con mala uva, y arrojaban su paraguas contra los niños. Iban y venían por el paseo de Buda con la cabeza gacha, jamás morían o al menos huían ante la muerte refugiándose en una tienda de antigüedades donde hojeaban incansables libros baratos o examinaban con la ayuda de una lupa toda clase de cartas antiguas, reliquias, restos de muebles. Nadie sabía dónde vivían, ni siquiera en qué barrio. Uno solo los

imaginaba sentados al atardecer en una mecedora después de darle la cuerda al reloj de cuco y de que la anciana ama de llaves lo preparara todo para la hora de dormir. Y eso que en los viejos residen los mismos deseos que en los jóvenes. Es un error creer que los ancianos no piensan sobre las mujeres jóvenes y guapas igual que los mozalbetes, incluso de forma un tanto más superficial e indulgente.

Al «señor profesor» se lo conocía en la calle Jeremiás Frank y Señora. Al principio iba a ver una vez por semana a la pelirroja Karolin, que tenía once hijos vivos, y el viejo le traía regalos bajo las

axilas, en el paraguas, en el sombrero; la pelirroja falleció, y el señor profesor acudió al entierro y del cementerio volvió con Marica, a la que con la puntualidad de un tío hecho y derecho comenzó a visitar una vez cada dos semanas.

No en vano, Marica tenía tres mil años y conocía las debilidades del anciano. Sin preámbulo alguno, se ponía a insultar a los comerciantes de sellos y antigüedades con unas expresiones que solo provenían de la boca de las mujeres más groseras. Los llamaba hombres de pies hediondos y callosos, de cuerpo y alma llenos de moho, de orejas peludas, de cuello ajado, de ojos miopes, de camisa negra, los llamaba gente que escupía en bolsas de papel cuyo contacto resultaba tan repugnante como el de un sapo.

Entretanto, tocaba con la punta de los dedos la cara roja y mofletuda del extraño ancianito y se untaba el rostro con todo el color que había en la cara del peculiar viejo. Daba la impresión de que este se había maquillado realmente para la velada. El color rosado de su rostro pasaba poco a poco a la punta de los dedos de Marica y de los dedos a la faz de la mujer de tres mil años. Como si de un viejo y pequeño peral se llevara el viento las hojas enrojecidas por el otoño. Lo mismo ocurría con el brillo de los ojos, que se trasladaba en forma de rayos a los ojos de la mujer; el rojo de los labios y de las orejas y toda la vida que residía en el ancianito se mudaban de forma imperceptible, a hurtadillas, a esa dama de tres mil años, la cual se renovaba, se reanimaba, se embellecía, se redondeaba gracias a la vida que de ese modo se le prestaba, al tiempo que el viejo caballero se encogía como un odre pinchado.

A continuación, el dueño de la funeraria fue testigo de un espectáculo todavía más extraño.

El ancianito se arrodilló ante la mujer de tres mil años y como muestra de pleitesía se quitó la nariz y se la entregó a la mujer. Acto seguido hizo otro tanto con una de sus piernas, que se quitó y puso en brazos de la mujer. Sin pierna ni nariz el ancianito ofrecía en efecto un espectáculo sorprendente. Luego, cuando se hubo quitado el abrigo, con la muleta parecía salido del escaparate de una tienda de prótesis, huyendo de allí para descubrir la noche.

A todo esto, pedía con voz llorosa a Marica que le perdonara los pecados cometidos. Ciertamente, se había portado muy mal con su familia. Por malvado egoísmo había apartado de sí a los de su propia sangre. Había echado de casa a sus hijas. Sus hijos se habían convertido en clientes fijos de las tabernas. Su esposa, a punto de enloquecer por completo, se mesaba los cabellos en algún lugar. Confesaba que la causa de todo ello era el amor pecaminoso e irremediable que sentía por Marica.

—Vuelve con tu familia, que yo no te necesito. ¿Qué puedo hacer

con un tullido como tú? —le gritó Marica con tono implacable.

El ancianito, sin embargo, no cedía. Se arrojó al suelo y besó en un estado delirante los pies de la mujer de tres mil años.

—Castígame, pero ámame —decía entre lágrimas el patético anciano.

—Vale, te castigaré —respondió Marica, se levantó y se dirigió al rincón, donde cogió una vara de madera de nogal. Dos y tres veces golpeó al anciano, el cual, sin embargo, pareció considerar insuficiente el castigo, pues juntaba las manos y no paraba de señalar la viga maestra de la que sobresalía un gancho.

—Sabes que yo sola no puedo contigo, viejo malhechor —se disculpó Marica.

El anciano, no obstante, pedía más, rogaba más, a lo cual la mujer de tres mil años entreabrió la puerta y llamó:

—Señora, entre por favor.

Jella llegó a la habitación con la blusa arremangada y el rostro de un color rojo encendido como una carnicera.

—Tenemos que darnos prisa —dijo a Marica—, porque ya ha llegado el conde tuerto.

Por consiguiente, Marica ya no se entretuvo más. Sacó una gruesa soga de cáñamo del armario y ató el pie y las manos del viejo. Le puso las manos atrás y las amarró al tobillo. Después rodeó también la cintura y a continuación pasó la cuerda por el gancho de la viga maestra.

—Ha llegado tu última hora, viejo criminal —dijo al anciano.

Luego, con la ayuda de Jella, subió al anciano atado. Las dos mujeres cogieron entonces una vara de avellano y al principio muy poco a poco, pero después de forma cada vez más intensa, zurraron al delincuente que colgaba atado por la cintura.

—Dejemos al viejo, que ya ha conseguido lo que quería. Está expiando sus antiguas culpas; vamos a ver otras cosas en la casa —dijo Sueño al dueño de la funeraria.

Capítulo séptimo

en el que hombres y mujeres se intercambian
como las cartas en manos de una cartomántica

—Soy san Agustín —dijo el joven en la habitación que el dueño de la funeraria espió en compañía de Sueño.

Era un joven con el pelo de cola de pato, pantalones blancos y zapatos también blancos que en ese preciso momento se estaba afeitando delante del espejo. Llevaba una camisa de seda con chorrera, calcetines calados y una pajarita de color de rosa que bien podía haber sido antes la liga de una señora. Diversas cremas para la cara y para las manos y diversas pomadas estaban a su disposición, la uña era larga en el dedo meñique y tenía un anillo con una calavera. Se afeitaba con sumo cuidado, al tiempo que mostraba los níveos dientes al espejo.

—Por favor, Henrik —dijo con voz quejumbrosa una mujer sentada en el centro del diván—, quédate esta noche en casa. Me da la sensación de que esta noche pasará algo. No quiero estar a merced de nuestra casera cuando me lleguen los dolores.

La mujer que hablaba estaba encinta. Es posible que antes fuera una criatura bella y amable. Lo imprevisible del destino, que afea a algunas mujeres embarazadas, había alcanzado también a esta pobre criatura. Su rostro era como el de una calavera, sus mejillas estaban hundidas, sus ojos brillaban febriles y expresaban desesperación y sufrimiento infinitos.

Era probable que hace unos meses aquella mujer fuera hermosa, que bailara en algún sitio o sirviera perlado champán, fuera fuente de alegría, de ánimo y de buen humor para los hombres, pero al avanzar el embarazo deviniera fea e informe, como si la hubiera alcanzado la maldición de las mujeres envidiosas que en vano rezaban por quedar encintas.

—Ayer llevaste el último brazalete a la casa de préstamos. Sé que hoy venderás la papeleta de empeño, Henrik. Aquí estoy sin un céntimo. Quédate al menos a mi lado cuando la ambulancia me lleve al hospital Rókus.

—Es precisamente lo que quiero evitar —respondió Henrik, mientras se rascaba la zona bajo la nariz con la navaja de afeitar—. No me gustan las escenas penosas e inútiles. ¿Quién soy yo para ti, qué soy yo para ti, por qué vivimos juntos? Estupideces parecidas pueden preguntarme los de la ambulancia. La vieja ya lo arreglará todo. Se maneja bien en estos asuntos. Tú espera a que yo envejezca. Entonces seré un santo y pasaré todas las noches en casa. Por el

momento soy joven, como lo fuera san Agustín, que pasó su juventud entregado al merodeo y al robo. En su senectud, en cambio, las mujeres le besaban los pies.

A continuación, Henrik no dedicó muchas más palabras a su querida. Se lavó la cara, se sonó la nariz ruidosamente y de buen humor, se puso con cuidado crema y polvos en las mejillas, se arregló el cabello, se aplastó suavemente los bucles con la palma de la mano... La mujer seguía sentada, mirando desesperada al vacío.

Finalmente, Henrik se guardó la navaja en el bolsillo:

—Y que ni se te ocurra... —dijo guiñando el ojo—. No me gustaría ir a parar a la comisaría por tu culpa. Pues eso, adiós.

La mujer seguía sentada con la cabeza gacha. No se movía. Henrik se encogió de hombros.

—¿No te basta que haya aguantado tanto contigo? Cualquier otro hombre te hubiera dejado hace tiempo. Solo yo he sido tan loco.

—Porque yo tenía joyas —respondió la desdichada mujer.

Henrik ya no le prestó atención. Se puso con sumo cuidado el sombrero de paja y silbando se marchó de la habitación.

—¡Oh, bello ladrón! —exclamó la mujer, que sollozaba convulsamente. Pero Henrik no se volvió, no lo hacía nunca, por mucho que las mujeres lloraran.

Recobró poco a poco la serenidad y con pasos tambaleantes y humildes se puso a arreglar la habitación. Recogió los periódicos deportivos que yacían junto al lecho y que Henrik solía leer después de despertarse, barrió las colillas, hizo la cama, sobre la que luego se tumbó agotada, con dolores espasmódicos. Entornó los ojos y rezó en voz alta. El vientre crecido se sacudía de forma casi visible. ¿Era un bandido o una libertina, un obispo o una monja de santa vida quien allí dentro se abría camino hacia el mundo?

Desde fuera se oyó la voz de sargento de Jella:

—Natália, ¿qué pasa con la habitación? Aquí tiene que reinar orden. Aquí no tenemos la costumbre de esconder la ropa sucia bajo la almohada.

—El verano pasado hablaba usted de otra manera — suspiró la disforme patita que siguió yendo y viniendo por la habitación que era por las noches el territorio de los placeres cárdenos de otros, mientras que durante el día servía de refugio para sus propios tormentos. Esos retratos familiares en las paredes, viejos señores judíos con los bonetes bordados y ancianas judías con peluca, vestido de seda negro, guantes de ganchillo y zapatos de fieltro, niños de ojos redondos, novias del brazo de novios papanatas, retratos de mujeres en el baile de disfraces, de un gobernador de provincia con el bigote retorcido (antiguo pretendiente de Jella), de hombres con la vestimenta folklórica húngara, con joyas y con el rostro amarillecido que en su

día habían enviado sus retratos cuando Jella había puesto un anuncio en el periódico en busca de una marido adecuado, ¡todas esas efigies muchas alegrías y muchos sufrimientos habían podido ver en la habitación! Qué maravilla cuando llegaba la señorita a ligeros pasos de gamuza, con los libros de texto o los cuadernos de música jamás abiertos bajo el brazo, seguida por el caballero ávido de aventuras al que la joven «estudiante» acababa de conocer en la calle. Qué horror cuando hombres de provincia con panza de burro y afectados de apoplejía entraban con la cabeza sudada persiguiendo a la «adolescente» revoltosa. Qué compasión inspiraba ver a pequeños cadetes y a mozalbetes de labios blancos franquear temerosos el umbral, algunos incluso después de persignarse, en pos de damas con sombrero de Rembrandt, con emanaciones de perfume, con dentadura postiza, que hacía unos momentos les habían hecho provocadores gestos

de confianza desde detrás de unos gemelos. Qué compasión inspiraba encontrar allí a mujeres jóvenes que merecían mejor destino divirtiendo a viejos monos insensibles y peludos con el hartazgo de tener que ganarse el pan en la cara, con la repugnancia en la mirada, con la codicia en el corazón. Ay, esas mujeres que por allí pasaban no veían el Danubio en sus paseos por la ribera, no veían la primavera o el otoño en la isla de Margarita, no veían el velo de encajes de las hojas en los árboles del parque ni el viaje sentimental de la luna por encima de las calles nocturnas. Ellas solo veían la farola de gas en la esquina y en el cono de luz del farol a los hombres jóvenes o mayores que discurrían aburridos, de los que no se sabía ni de donde venían ni adonde iban, si tenían las manos manchadas por un robo o por un asesinato o si todavía llevaban en la frente el aliento del beso de la virginal novia, el sagrado beso del amor que acababan de recibir en el balcón.

La mujer embarazada terminó de arreglar la habitación. Estiró la manta sobre el diván, echó agua en la jofaina, puso las toallas y las almohadas, y a continuación se arrodilló en el centro del cuarto y volviendo hacia el techo la fea cabeza de pez pronunció la siguiente oración a media voz:

—Dios mío, castiga a todos... A todos cuantos franqueen el umbral de la habitación esta noche cuando tenga que ponerme de parto en la casucha del perro. Castiga a los malvados lujuriosos, a los estúpidos codiciosos, a quienes venden su cuerpo, a quienes compran otros cuerpos, a quienes se dedican a la usura con sus labios, a quienes negocian con sus senos, a quienes venden sus piernas, a los comerciantes de besos, a los traficantes de corazones, a los peludos y a los calvos, a los jóvenes y a los viejos, a todas las muchachas de la ciudad desde Amanda hasta Zefi, porque a mí se me manda a la

casucha del perro en esta noche de dolores... Castígalos con la ceguera, con el delirio y con la viruela. Haz con sus cuerpos rosados lo que las ancianas les deseen. Ponles callos en los pies para que no puedan perseguir a mi querido ni a los queridos de otras. Arráncales las encías para que dejen de carcajearse mientras yo sufro junto al perro. Arráncales uno por uno los pelos para que su cabeza se les redondee como una bola de billar y asuste a los hombres. Que salga pus de sus ojos, agua hedionda de sus orejas, gusanos de sus narices. Que no encuentren medicamentos en la farmacia para ocultar el olor a podrido de sus cuerpos. Amén.

A continuación, la mujer embarazada hizo la señal de la cruz.

—Dejemos a esta loca —susurró Sueño al oído del dueño de la funeraria—, que está perturbada por los celos que le ha provocado la marcha de su querido. Vamos a ver regiones más alegres de esta casa.

Así habló Sueño, cogió del brazo al dueño de la funeraria y lo llevó a un lugar desde el que podía verse por un ventanuco oculto una habitación en la que se había reunido una alegre compañía: a una mesa puesta, mujeres perdidas que eran visitadas por damas ricas y elegantes de Pest para que las divirtieran con sus bromas, sus relatos, sus insultos y sus obscenidades. Una de las señoras provenía de la célebre familia Svarc de Csipcsa, propietaria de una tienda de textiles en la calle Sas. Desde su juventud, Alice había sido ya pelirroja, morena e incluso rubia platino. Ahora volvía a tener rubio el pelo. Su cabeza era como la de Pegaso, aunque lo ocultaba hábilmente con el peinado.

Tenía una nariz delgada, alargada y curva que procedía del rostro de su abuela y buscaba con ensoñación voluptuosa las fragancias que emanaban los jardines de España, las melodías que bajo los balcones sonaban por boca de caballeros cristianos —cuando el jefe de familia todavía se llamaba Rubint y huyó de tierras españolas a lomo de un asno con un cofre lleno de joyas.

Tenía la boca ancha, como si quisiera proferir un asombroso torrente de palabras, aquellas que la otra abuela se había quedado debiendo en el gueto de Galitzia, donde había florecido y se había marchitado silenciosa e invisible y donde el jefe de familia se llamaba Rabinovics y esperaba con los ojos abiertos de par en par los intereses sangrientos de su dinero prestado.

Y sus pies eran pequeños como los de su madre que en la vieja Pest todavía andaba levitando en su miriñaque y cada año se acercaba más y más a las primeras filas en los conciertos, repartía cantidades ingentes de sonrisas, estrechaba la mano a oficiales ingenuos para que la guardaran en su recuerdo, cuando el jefe de familia se llamaba Svarc y suministraba terneros al ejército.

Y sus manos eran pequeñas, pero musculosas, como las de aquella

mujer judía que no dejó que le cortaran el cabello en la boda, que no se lavaba tan solo en los baños rituales y absorbía con el corazón tembloroso la cultura hedonista para olvidar cuanto antes las oraciones ancestrales.

Tenía azules los ojos como el agua del lago Balatón, pero a veces se le ponían verdes, como si realmente hubiera aprendido a imitar los juegos cromáticos del lago a cuya orilla mucho ensoñó en su juventud mientras trasladaba a un piano estival sus sueños e ilusiones y el viento ululaba salvaje en torno a la villa ruinosa. Su cadera era más ancha que los pies torcidos hacia fuera. No era bella, pero su frente irradiaba una inteligencia fría, cosmopolita, egoísta, igual que su letra, que era tan inteligente como la de un buen comerciante. Siguiendo la moda de la época, consiguió un diploma de maestra, estudió bachillerato, viajó mucho por el extranjero en trenes expreso y en sillas de posta, leía libros franceses y siempre sabía quién era el poeta y quién el músico más de moda. En una palabra: era rubia como el champán del que hemos bebido más de la cuenta. Se casó tres veces, pero pertenecía a esas criaturas desdichadas que anhelan en vano la felicidad. Siguiendo la tradición de la familia, eligió a sus maridos en el mundo del comercio. Durante sus matrimonios, Alice maldijo más de una vez a la familia Svarc de Csipcsa por sus concepciones tan rígidas y tradicionales respecto a la unión conyugal, ya que habría preferido de marido a un comediante o a un periodista de Pest. La atraía sobremanera el llamado «mundo bohemio» y en sus fiestas nunca faltaba algún actor o algún cronista de moda. La pequeña mujer condenada a una vida social desdichada solía romper con sus maridos por causa de esos actores y plumíferos, pues qué le importaban sus salones, sus habitaciones del tamaño de una sala de baile, sus altos balcones cuando ella habría deseado residir en el pequeño vestuario de un teatro o en una buhardilla cerca del cielo, como la que puede verse en La Bohème. Por eso mismo gastó una vez la broma de vestirse con la ropa de su marido, ponerse un bigote y una peluca y acudir a un local nocturno, donde oficiales de paso, forasteros ignotos en la ciudad y viejos calaveras solían tomar el café. La visita al local trascendió, y los bohemios que se divirtieron en compañía de Alice juraron en vano que la señora se había comportado en todo momento con suma discreción, no había bailado ni una sola vez con las chicas en camisa en el parquet, es más, solo había visto las habitaciones de la casa desde el umbral, juraron en vano porque el segundo marido, abrumado por el ridículo que había hecho, se divorció de la desdichada e incomprendida mujer. De ahí que Alice se casara por tercera vez y viviera junto a su marido, director de un molino, la triste vida de los incomprendidos, de los humillados, de los desconocidos. Apenas se permitía alguna diversión y así evitaba que el mundo

cotilleara sobre ella, el único pequeño entretenimiento consistía en acudir de vez en cuando a la casa de Jella, ¡pero nunca sola! Siempre la acompañaba su amiga Manci Huszár, la adlátere más leal y correosa de las señoras ricas de Pest hasta que ellas la «sorprendían» llevando sus vestidos, sus sombreros y demás menudencias. Manci Huszár se ponía esos vestidos y esos sombreros, porque afirmaba que a sus amigas «ya no les quedaban bien». Así se sacrificaba la pobre Manci, que durante toda su vida fue una buena alma. Manci era morena y la expresión de su rostro, anhelante. Siempre anhelaba algo. Anhelaba a ancianos ricos, a caballeros que se sacrificaran por ella, noches de excesos, aventuras estúpidas, anhelaba que la interpelaran en la calle, que un hombre andrajoso le hiciera alguna propuesta indecente en la orilla desierta del Danubio, anhelaba tener éxito en el teatro, los vestidos de la amiga, el amor de Freistädtler, un escándalo y un marido honesto. Anhelaba, o tal vez fuera envidiosa. Por causa de la sempiterna envidia nunca llegaba a ser ella misma, ni a una hora de satisfacción, ni a un caballero amable, ni a un beso que puede conseguir con facilidad cualquier mujer cuya mirada no está siempre pendiente del sombrero de su amiga. En la compañía no faltaba, por supuesto, el periodista de enorme bigote que solo podía estar de incógnito, puesto que el director del molino no soportaba a aquel hombre de gigantesco mostacho y lo llamaba sistemáticamente «el cabrón ese». Aunque Alice conocía la incomprensible animadversión de su marido hacia el periodista de enorme mostacho, se sentía obligada a llevarlo a las salidas como la que se organizaba aquel día. En parte porque una señora distinguida no podía aparecer por la casa de Jella sin un acompañante masculino (debido a posibles malentendidos y calumnias) y en parte también porque en esas escapadas podía sacarle provecho al bigotudo. Lehel —que así se llamaba el hombre de gran bigote— conocía por su nombre a todas las mujeres en las salas de baile y en el mundo galante, así como también en el submundo. En la calle Jeremiás Frank y Señora tenía acceso gratuito a casi todos los locales de diversión. Los conserjes y las caseras lo llamaban «señor redactor», aunque Lehel solo escribía en invierno, cuando colocaba sus crónicas de los bailes en el pequeño periódico alemán con el que colaboraba. Lehel era por tanto un magnífico acompañante y mostraba la debida gratitud por las meriendas que tomaba a la mesa de Alice en ausencia del marido y que le servía una discreta criada. Aparte de esto, hubo en el pasado algunos momentos de ternura entre Lehel y Alice, cuando él no había confesado aún sus principios anarquistas en lo que respectaba al mundo de la mujer. Concretamente, deseaba disponer en exclusiva del tiempo libre y de los sentimientos de Alice al costado de su marido. Era un celoso y un chantajista; amenazaba incluso con suicidarse. Por

tanto, a Alice no le quedó más remedio que despedir al «anarquista» hasta que ambos lo olvidaron.

En la compañía tomaron también asiento las señoritas Lotyó y Repedtsarki, de las que solamente cabe señalar que recibían dinero en efectivo a cambio de entretener al personal. ¿Y el marido de Alice? Oh, por desgracia no podía estar presente. Importantes intereses comerciales lo obligaban a alejarse por un día de la capital.

Lehel, como buen juerguista que era, golpeó la mesa con su bastón de paseo:

—¡Judío, eh, judío! —gritó.

Entró la señora Jella:

—Aquí nadie es judío.

—¡Por mi dinero todos son judíos! —respondió Lehel.

El bigotudo y Jella solían representar habitualmente esta escena, como los payasos en un circo.

—¡Champán! —ordenó Lehel.

—Aquí las cosas se piden, Lehel —le contestó con voz aguda Jella —. Tengo más dinero que toda la compañía. Les puedo arrancar los ojos a todos con billetes de mil.

Jella agitó un puñado de billetes de banco en la mano.

Esta escena también era necesaria para que el cliente viera que no había ido a parar a una guarida de mendigos donde a los miserables se les pagaba con calderilla.

Descorcharon el champán. A Lotyó y a Repedtsarki se les iluminaron los ojos. No porque bebieran champán por primera vez en sus vidas, pues habían bebido más que toda una ciudad de provincias, pero lo cierto era que destapar una botella de champán siempre poseía un encanto especial y festivo para las personas que se hallaban en los escalones más bajos de la sociedad. ¿No habéis observado al viejo, altivo y agotado camarero de noche cuando en lo más hondo de sus ojos se le ilumina la mirada en el momento de retorcerle el cuello a la botella? La cajera harta de vivir, el furioso comunista de la cocina, el pinche de la cafetería extenuado por tanto trabajo nocturno, el cafetero con cara de buitre, la florista que jamás ha visto la primavera y todos aquellos que guardan alguna relación con la noche sienten cierto respeto hacia esa botella explosiva y espumante, como si por un segundo emergieran de ella la vida y el buen humor que a todos ellos les falta. El champán es el hijo lleno de esperanza de la noche que de otro mundo viene inocente a este; trae consigo la risa sonora, los trinos nunca escuchados, el canto desconocido de los pájaros, pero también el sonido del címbalo con el que la Muerte que espía bajo la ventana atrae hacia sus tumbas a los ancianos y a los jóvenes.

Lotyó y Repedtsarki esperaron a que Lehel brindara con ellas y se soltaron con expansivo buen humor, como si acabaran de recordar que

recibían ciertos honorarios a cambio de su alegría. Alice y Manci Huszár se acurrucaron en una esquina del canapé como dos novicias en el tren. Lehel canturreaba canciones de moda y las muchachas se pusieron a cantar.

—No tan fuerte, que hay más gente en la casa —les avisó desde la puerta la señora Jella.

Las chicas callaron y durante un rato reinó el silencio en la habitación.

Era una pieza amplia que daba al patio, con anchos divanes con relleno de crin de caballo, muebles desgastados, techo oscuro, como si allí dejaran tirados a quienes se han emborrachado o han muerto en la casa. En un rincón, una gata estaba pariendo en una sombrerera que con letras doradas avisaba que provenía del taller de Feri Karsay. La gata miraba con ojos con forma de media luna y con inmovilidad de esfinge a las mujeres cuyo rostro se iba poniendo más y más rojo, como el cañón de un revólver. El sombrero de plumas que en su día había estado guardado en aquella caja había quedado hecho harapos, quizá por causa de una pelea nocturna. Ardía una lámpara colgante toda rodeada por postales enviadas desde lejos por hombres locos que se habían marchado pero no podían olvidar el olor de la casa. En lo alto de un armario sonreía una calavera que quizá dejara allí en prenda un estudiante de medicina que no podía pagar.

Se consumía el champán y Lehel animaba a las mujeres:

—En otros momentos sueltas la lengua de tal manera, Lotyó, que no tienes que acudir al vecino en busca de algún chistecillo verde. Pero ahora no dices ni mu.

No hubo que animar mucho a Lotyó. Apuró la copa y dijo:

—¿No habéis escuchado lo que dijo el hojalatero ambulante eslovaco al que un día llamamos para que nos arreglara las cacerolas? Dijo que en toda la región no había alambre suficiente para arreglarlas.

Nadie se rio de la broma. Por tanto, Lotyó recurrió a una brocha más gorda. Chistes de cuarteles, de fondas, de establos, de salas de espera del ferrocarril, de barracones salieron por su boca como una cinta de papel que llevaba dibujadas toda clase de personajes grotescos. A cuatro patas correteaba el hombre, la cima de la creación, y se revolvía en el fango la mujer, la flor de la vida. El humo acre de chozas de gitanos, el agua sucia de las alcantarillas de las casuchas de la periferia, reptiles de tugurios de mendigos, espectáculo de vagabundos tumbados en la cuneta de las carreteras, tormentos de borrachos, visiones de ermitaños que hacían sonar sus campanillas, ropa sucia en artesas, sueños de asilos, cantos de los pozos de posadas, buen humor de compradores de caballos, agua de casas de citas, delirios de cocheros, balidos de pastores, sonidos de gaitas, maullidos

de suelas de botas secas, experiencias de las farolas nocturnas, insultos obscenos de una anciana que perseguía a una doncella con una escoba, carcajadas verdes de los adolescentes, imaginaciones de un borracho que se mecía en el fondo de un carruaje, incitaciones de alcahuetas de pueblo, los duermevelas de un prisionero, los relatos traicioneros de las grietas en los tabiques de los hostales de provincia, había de todo en esos chistes. La señorita Repedtsarki, ya que no podía rivalizar con su amiga con palabras, se desabotonó con uno o dos gestos el vestido de color violeta, se quedó con el sombrero rojo y los zapatos blancos y así se puso a dar vueltas por la habitación.

A lo cual Alice se quitó el sombrero de paja con una simple cinta de color negro, como el de una muchacha de un internado. Lo tiró al suelo, y Manci Huszár lo recogió con cierta dificultad, mientras pensaba en cómo conseguir al día siguiente que su amiga se hartara de esa prenda.

La juerga, sin embargo, se vio perturbada por una circunstancia inesperada.

Desde fuera se oyeron las voces de una discusión. La señora Jella propinaba a alguien una sonora bofetada, lo cual, no obstante, no impidió que gritara con ahínco:

—¡Conserje! ¿Dónde diablos se ha metido el conserje en un momento como este?

La bronca se fue acercando a la puerta.

Alice exclamó a voz en cuello:

—Estamos perdidas. Es mi marido...

Sin embargo, no se desmayó de verdad, aunque le habría gustado representar esa escena trágica.

—La policía —dijo con cierto aire de superioridad Lehel, y cogió su acreditación como periodista—. Usted no se preocupe, señora, yo la salvaré.

Manci Huszár se puso como por distracción el sombrero de Alice y se dirigió a hurtadillas a la puerta.

—A mí que no me mezclen en nada. Soy inocente en todo. Jamás he participado en estas cochinadas —declaró con tono riguroso y despreciativo y puso la mano en el picaporte.

A Lotyó y a Repedtsarki no las asustó tanto la escaramuza de afuera, acostumbradas como estaban a las escenas ruidosas que la madama montaba en la cocina y que solía concluir aplicando la fuerza bruta cuando no alcanzaba una solución mediante palabras.

Pero la puerta se abrió de golpe y un joven enardecido con cara de gorila y uniforme de marinero apartó a la madama, se plantó en la habitación y, antes incluso de mirar alrededor, se abalanzó sobre la señorita Lotyó y la sacudió a puñetazos. Una vez concluida la tunda, miró alrededor, se puso la gorra e hizo el saludo militar:

—Perdón. Esto era todo lo que tenía que hacer aquí —dijo, dio media vuelta y se marchó entre los insultos de la madama.

La señorita Lotyó no dijo ni una palabra, ni siquiera se defendió, aguantó los golpes como un tajo y luego, a las palabras de consuelo de Lehel, respondió con tono desafiante:

—Me lo merecía —dijo, y suspiró aliviada.

—¿Quién era ese cabrón insolente? —preguntó Manci Huszár con desdeñosa voz nasal, después de quitarse el sombrero de Alice y ponerse de mala gana el propio, «el del año pasado».

La señorita Lotyó lanzó una mirada centelleante a Manci. Apretó los dientes, contuvo las lágrimas y la rabia. En cambio, Repedtsarki miró de arriba abajo a Manci, con tal intensidad que pareció despojarla de la ropa.

—¿Quién iba a ser este cabrón insolente sino su amante?... Su novio —añadió a modo de explicación, y se vistió—. Vámonos de aquí, que este café no es para nosotras —continuó y cogió del brazo a la señorita Lotyó.

El grupo ya menguado se quedó en su sitio, en un estado de ánimo abatido. El señor Lehel explicó de la mejor manera posible la situación:

—No se les puede tomar a mal a esas pobres criaturas perdidas que tengan amantes y se dejen zurrar, porque su felicidad no sería plena. Son los parias de la vida, y son muchos los grandes escritores que han dedicado escritos a su destino. Pero escriban lo que escriban, la sociedad no puede sostenerse sin la prostitución. ¿Qué haríamos sin ella los hombres solteros como yo?

—Usted calle —lo interrumpió Manci Huszár indignada—. ¿Hay una mujer en el mundo, sea un ángel caído, sea una señora de la alta sociedad, que haya recibido de usted el más mínimo regalo?

(Manci Huszár esperaba de los amigos de sus amigas que la obsequiaran con algún detalle. Aceptaba de todo, desde caramelos Kugler hasta medias, pero lo que más le gustaba eran las entradas a los ensayos generales del teatro Víg.)

—Señora —le respondió irritado el periodista Lehel—, cuando haya entre nosotros alguna relación podrá hablar...

—Lo desprecio a usted, como hombre y como profesor de gimnasia —contestó Manci Huszár, citando una obra de teatro de moda en Pest por aquel entonces.

La aparición de la señora Jella puso fin al mal ambiente reinante.

La noble dama veía ofendida la respetabilidad de su casa por la entrada en escena del marinero, de modo que declaró de forma concisa que ya había encargado al conserje no dejar entrar nunca más ni al navegante ni a sus amigos. También pondría de patitas en la calle al conserje, ese borracho y asiduo al hipódromo, eso sí, después de

hablar con Jeremiás Frank y señora, que eran sus parientes. Que lleve el dinero de otros a las carreras, no los pobres céntimos de esta casa. ¿Encontrará otro empleo tan bueno este tal Kindlovics, al que la casa ha agasajado con comida, dinero, tabaco e incluso con ropa interior? Era él quien se quedaba con los camisones, los cuellos, los puños que los señores olvidaban aquí tras una noche alegre.

—Por cierto, yo sé lo que ustedes necesitan —sentenció la señora Jella—. Hay aquí dos chicas que están locamente enamoradas la una de la otra. Ya verán ustedes la locura que es cuando las mujeres se aman.

Manci Huszár (de la que los mejores círculos a menudo sospechaban que era celosa y estaba enamorada de sus amigas) protestó con vehemencia:

—Aquí nadie se interesa por esas cochinadas.

—Pero es que ya he pedido al conserje que las vaya a buscar. Habrá que pagarles —respondió con firmeza la señora Jella.

Manci Huszár miró a su amiga y dijo:

—Nosotras queremos ver al marinero.

—¡Al navegante! —insistió la descendiente de los Svarc de Csipcsa, una vez que la ebriedad ya se había adueñado de ella.

La señora Jella se encogió de hombros y abandonó la habitación.

Lehel se incorporó de pronto de su asiento y echó el cerrojo a la puerta. Se puso de rodillas ante Alice y le besó las manos.

—Quiero a un pequeño paje que me sirva y me adore —repitió con tono impaciente Alice.

—Hecho está —respondió Lehel—. Todos tus deseos se cumplirán, mi único amor. Porque yo soy tu esclavo más fiel. Yo soy el marido que envejece y cierra los ojos y trata con afecto, como si fuese su pariente más cercano, al guapo muchacho que entretiene a su joven esposa. Siempre y cuando el mundo no se entere... Yo soy el caballero del cuarto piso que es tan desdichado que se divierte con su propia enfermedad. Tú eres mi enferme-

dad, tú eres mi morbo torturador desde que te conocí y fuiste mía en el bosque Kamara de Budakeszi y te picaron las hormigas.

—Le prohíbo que hable de eso, Lehel —dijo con voz severa Alice, y sus ojos se ensombrecieron.

—Tú fuiste la causa de mis días más felices y también de los más desdichados. Los años han pasado volando como las hojas amarillas con el viento de agosto, y yo no he dejado de amarte ni te olvidado ni siquiera durante una hora. Me hechizaste, me convertiste en tu siervo sin que eso te divirtiera. Solo he sido para ti una nimia aventura, mientras que yo te entregaba mi vida.

—Y yo mi honor de mujer.

—He pasado por el aro como un payaso cuando así lo deseaba tu

capricho, he estado esperando ante las sombrererías y en los vestíbulos los salones de moda para que la ciudad entera se riera de mí, he llevado una pluma de pavo en mi sombrero y un chaleco de seda roja procedente de tus viejas enaguas, mi cartera estaba llena de hojas de árboles y de cardos que hemos recogido juntos, he guardado como hermosos recuerdos tus escarbadientes y las cerillas que has tirado en una excursión al monte Sváb, habría sido capaz de besar tus zapatos el día entero y casi me volvía loco al ver los singulares volantes de tu falda, me paseaba como un sonámbulo ante tu portal, entre hojas de árboles te veía en el largo deshabillé y me sentía feliz al oír el carraspeo de tu marido en el balcón y no las voces comedidas de galanes habladores; imaginé que el amante de una dama solo podía acudir a las citas en un carruaje tirado por dos caballos, de modo que me llené de deudas; no jugaba a las cartas ni iba a las carreras de caballos, deseché las invitaciones de familias que conocía hacía tiempo, puesto que siempre esperaba el instante en que pudiera oír tu voz hastiada en el teléfono; para mí solo existían las tardes, porque entonces disponías a veces de unos minutos para mí: una fugaz merienda en la pastelería de una calleja, un breve paseo secreto bajo los árboles del Bastión, medio minuto de encuentro tras el oficio en la sinagoga, recorrido a toda prisa en un coche cerrado por la avenida Stefánia, tus miradas errantes desde el palco de la Ópera, y muy de vez en cuando una o dos horas entre los plátanos de los Baños del Emperador, donde nuestra ventana daba a la lavandería y la pequeña habitación en la que entrabas con sigilo lucía el número 100. Tus ojos bizcos estaban ocultos bajo un espeso velo, y luego quedaba la fragancia de tu perfume exquisito en el pasillo cubierto con una alfombra roja... Oh, eras experta en las citas, puesto que te casaste tres veces, con el corazón ligero apartabas la mirada para evitar saludarme en el paseo de la ribera, solo a mí me dolía tu frialdad. Y a todo esto me confiabas tus secretos, y los de tus amigas; allí estaba yo para ayudarte cuando abortaste un feto de dos meses en la sala de operaciones de un médico de la periferia, y juntos íbamos también a las consultas de las adivinas de Buda... Juntos camelamos a un viejo rico que tenía relaciones comerciales con tu marido, yo lo sabía todo y no sabía nada, porque me engañabas cada dos por tres.

—Señor, no olvide usted que está hablando con una dama casada...

—He tenido el honor de conocer a dos de tus maridos y de espiar sus idas y venidas, sus amantes, sus secretos...

—Está usted abusando de mi confianza...

—Te amo, eso es todo. Hoy te quiero más que nunca. Cedí a tu curiosidad enfermiza y te traje aquí por si tus sentimientos se encendían como los de una bailarina avivada por el champán. Pero estaba equivocado, porque no me deseas, mientras que yo me derrito

de tanto deseo.

—Señor, ¿no querrá usted humillarme en este lugar tan sucio? Al fin y al cabo, soy una dama.

Sueño cogió del brazo al dueño de la funeraria.

—Busquemos algo más para ver. Estas personas hartas de sí, apáticas y neurópatas ya no encuentran otro sitio que el refugio de la señora Jella para hablar de sus asuntos amorosos. Tal vez vuelvan a enamorarse o tal vez se cansen definitivamente. Da igual. No hay que preocuparse por ellas. Estas damas que se entregan a todas las modas van cambiando sus sentimientos como sus sombreros. El pobre Lehel se esfuerza en vano, porque él sí que está pasado de moda. La única forma de reconquistar a su amor consistiría en comprometer a alguna de las amigas íntimas de Alice. De lo contrario puede pegarse un tiro en la sien, porque no encontrará oído que lo escuche. Conocí al pobre Lehel en su juventud, cuando realmente tenía éxito entre las mujeres. En los bailes le bastaba con sacar a bailar a una o dos mujeres. Las mejores amigas se lo disputaban como compañero de baile. Madres e hijas estaban igualmente fascinadas por su mirada. Sin embargo, el tiempo pasa y ya no está de moda el cotillón húngaro.

El dueño de la funeraria asintió con la cabeza. Recordó a un húsar rubio, de bigote retorcido, cuyos ojos azules y vivaces llamaban la atención de las mujeres que sollozaban tras los velos de luto. Y el húsar se vanagloriaba incluso de que las viudas lo invitaban al banquete funeral después del entierro o le pedían que las visitara. Sin embargo, el hombre cambió de oficio. El desdichado se hizo tapicero, y las mujeres ya no le prestaron atención.

Sueño continuó de la siguiente guisa:

—La noche ha avanzado. Miremos a los ojos a aquellos que no solo se enteran por los escaparates de la calle Váci de que se acerca el otoño, de que comienzan a enrojecer las hojas de los árboles, de que el cielo está encapotado y de que ulula el viento... Miremos a los verdaderos amigos de la juerga, de la primavera, de la vida.

Sueño condujo entonces al dueño de la funeraria hasta la cocina, donde había sentado en compañía de la señora Jella un hombre que parecía salido de las novelas de Waverley, un tipo robusto, de pelo largo (el cabello con una raya también atrás, como la de los cocheros vieneses), alto como un árbol y de mirada melancólica. Tenía el cuello ligeramente inclinado, como si no aguantara la cabeza triste y llena de preocupaciones. Su grueso cuello era el del levantador de pesas que disfrazado de payaso ayuda en el número de mímica al final del espectáculo. Su quijada parecía la de un bisonte. Era ese héroe que se presenta en los sueños y que rescata del torrencial arroyo de montaña los cadáveres de bebés que descienden a montones a través de aldeas afectadas por las inundaciones, mientras los niños vivos sollozan y el

hombre con una barba con la forma de un abeto se arroja una y otra vez intrépido, desafiando la muerte, a las peligrosas espumas y se abre paso con más lactantes en los brazos hacia la orilla. Él era aquel que durante un incendio sostenía una lona debajo de la cuarta planta y con voz estridente animaba a la señorita en camisón a saltar desde lo alto de los Grandes Almacenes Parisinos. Él era aquel que dejaba pasar cualquier asunto urgente cuando veía al caballo encabritado de un carruaje, un accidente de tranvía, una bronca familiar o una mujer con un frasco de vitriolo en la gran avenida. Él era aquel que sin pensárselo dos veces se introducía en una manifestación a favor o en contra del gobierno, intervenía en una riña, ayudaba a la policía a controlar a los violentos o asediaba la comisaría cuando se trataba de liberar a un hombre al que jamás había visto. Ayudaba al conserje a cerrar la puerta cuando se producía una desgracia en el inmueble y llegaba el coche de la ambulancia con la bandera roja. Y escribía sonetos a una mujer para él desconocida que publicaba en la revista de József Kiss, La semana. Tenía zapatos serios, americanos, con la punta hacia arriba, que recorrían incansables la ciudad por donde hubiera juegos o diversiones, de los que el propietario del calzado participaba en silencio y con determinación. En general, ese hombre salido de las novelas de Waverley hablaba poco, pues no le gustaba perder fuerzas en verbosidades. Sopesaba cada palabra como la sal, y solo se alegraba secretamente cuando oía los ágiles taconeos de ligeros pies femeninos. Jella adoraba a ese hombre taciturno como el niño a su gran muñeco. Alguna vez, cuando se enfadara, lo destriparía...

Jella estaba preparando la cena para el hombre taciturno y renegaba. Daba la impresión de dirigir sus palabras a las cacerolas, mientras él bebía en silencio y a grandes sorbos la cerveza que el conserje había traído de la fonda llamada Al alegre tío Miska.

—Él —explicaba Jella a las cacerolas— no me lleva nunca a ningún sitio. Estoy a punto de volverme loca por el aburrimiento y la soledad, únicamente puedo hablar con mujeres vulgares y con hombres aún más vulgares, porque él ni siquiera me permite ir sola a algún lugar. Hay que poner fin a esta vida... Cuántas veces le habré pedido que me lleve una noche al zoológico, donde el director de orquesta Wissendorf se planta ante los músicos con su gran barriga y su pequeña batuta y me mira a través de sus gafas cuando la orquesta toca fragmentos de La mujer perdida. Y una vez acabado el concierto, me saluda desde lejos levantando la jarra de cerveza y diciendo a buen seguro: Gruss aus dem Thiergarten für Jolán! Cuántas veces le habré pedido que me llevara el uno de mayo al parque municipal, donde se observan muchas locuras, tantas que dan para todo un año. Cuántas veces le habré pedido que salgamos a pie al Zugliget o a los montes de Buda, comamos pavo envuelto en papel aceitado en la hierba,

bebamos luego unas cervezas en el Faisán o cojamos flores silvestres en el prado... A todo esto, lo único que me dice es que está demasiado lejos. Yo ya entiendo que no pueda llevarme con él al cabaré, puesto que Popovics, el portero, me reconocería enseguida. Entiendo que no podamos ir al hipódromo porque son muchos los viejos conocidos míos que deambulan allí por el césped. Tampoco hace falta que vaya al teatro, pues bastante estuve ya en mi juventud sentada en el palco, donde las mujeres judías no les quitaban el ojo de encima a mis diamantes. Igualmente, no deseo ir a un restaurante, porque aquí en casa se come mejor que en el Salón de los Cazadores del Gran Hotel Royal. Pero lo que no entiendo es por qué no me lleva alguna vez al Cinkota, donde ni siquiera el perro me conoce.

—Algún día haremos una excursión al pueblo —intervino con voz profunda el taciturno—. ¿Cuándo estará listo el caldo?

Jella, desesperada, arrojó la tapa de una cacerola sobre la encimera.

—Lleva tres años prometiéndome ir conmigo al pueblo. Ya conocemos sus promesas. Para cuando las ranas críen pelo. Y eso que soy una mujer de pueblo. Odio la vida urbana. Casi me muero de nostalgia cuando veo a una muchacha campesina con la falda plisada en una calle de Pest. En primavera, cuando los corteses perros urbanos se cortejan en las calles, yo vuelvo a recordar mi pueblo, con sus fieros y jadeantes perros komondorok que saltan los cercados y con sus gruñones perros guardianes. Cuando llueve, digo para mis adentros: qué diferente ha de ser la lluvia a orillas del Sajó, donde cae sobre los geranios y los conejillos de jardín de mi padre. Él no lo entiende. Él quiere que pase mis años más hermosos entre las malditas cuatro paredes, hasta que me lleven al cementerio.

El hombre taciturno hizo un ademán de resignación con la mano, al tiempo que cuchareteaba el humeante caldo de carne.

—¡A qué viene tanto discurso! No encuentro el colinabo en el caldo.

—Que responsabilice él a la verdulera. Que le pregunte por qué no vende colinabos. Que se alegre él de haber dado con una mujer a la que nunca se le ocurre ninguna maldad, que no hace más que trabajar de la mañana a la noche como una bestia para poder comprar una casita con un huerto en Miskolc cuando envejezca. ¡Miskolc! Eso es una ciudad, no esta horrorosa Pest. Él fumará entonces en pipa larga de Selmec, irá a las bodegas del monte Avas, ayudará en la matanza. Lo único que necesita es portarse bien. Y tendrá entonces una vejez como pocos en Hungría.

«Él» terminó el caldo y se abalanzó sobre la carne de ternera. Hizo de tripas de corazón y respondió a los lamentos de la siguiente guisa:

—Aunque esta noche tendría muchas cosas que hacer, aunque

haya quedado con amigos en el café, esta vez cederé a tu petición. A la medianoche nos iremos a pasear por la avenida Stefánia. Pero solo hasta la estatua de Rodolfo, ni un paso más.

Jella era de corazón generoso:

—Oh, me basta con que vayamos hasta la orilla del lago. Me sentaré a la orilla, cerraré los ojos e imaginaré que vuelvo a ser joven, cuando me adentraba hasta las rodillas en el agua con intenciones suicidas.

—A ver qué tal está la ensalada de pepino... ¿Lleva en sal desde ayer?

—Pues sí, desde ayer a la noche —respondió Jella emocionada y a punto estuvo de romper a llorar por la inminente excursión—. Pero anuncio de entrada que no me pondré un corsé, porque llevo un año sin ponérmelo. Y tampoco usaré la ropa nueva. Iré tal como estoy, en bata. A lo sumo me pondré los pendientes de brillante para que, si me muero en el camino, haya con qué pagar el entierro.

—Yo ya he recomendado varias veces —dijo con tono persuasivo y parsimonioso el taciturno— que vendamos los pendientes de brillantes, apostemos el dinero ganado por un caballo en el hipódromo, ganemos y compremos dos pares de pendientes de brillantes. Uno para el día y otro para la noche.

El cochero Feiser pasó a toda velocidad con sus caballos tordos y con las damas curiosas en el interior del vehículo. De hecho, solo ellas vieron la chaqueta gris con botones de nácar y su sombrero rígido de ala estrecha y color paloma. Bajo el sombrero, sin embargo, estaba sentada Su Excelencia la Muerte, que con un ligero movimiento de las riendas puso en marcha los magníficos caballos.

Tal vez tuviera Alice la intención de invitar a Feiser a una cena y a una copa de champán en su casa de viuda ocasional para vengarse del periodista bigotudo que había conseguido definitivamente estropear la fiesta... Pero ¡qué susto tan terrible se llevó Alice cuando bajo el familiar hongo gris le sonrió la cabeza de la Muerte! Se tumbó en la cama con cuarenta y un grados de fiebre, sin saber siquiera cómo había subido hasta la primera planta, y al día siguiente fueron a verla los médicos más afamados y tramposos, pero Alice no reaccionó al abracadabra de los catedráticos, su fiebre aumentó y en sus sueños pasó por experiencias maravillosas que jamás habría podido hacer realidad en su vida. Era, por ejemplo, la madre superiora en un convento en el que las monjas iban todas vestidas de blanco, una bahía azuleaba en el horizonte y una pequeña campana sonaba maravillosamente en una torre puntiaguda; el confesor era Imre Szirmei, tal como aparecía en uniforme de oficial en la opereta titulada La señorita Mimí. Al cabo de una hora era una muchacha inocente, blanca como la azucena, que una tarde de Pentecostés fue

por primera vez a la isla de Margarita, a las santas ruinas, donde las mujeres de Pest cometían tantas indecencias que su historia no cabría en los viejos muros. En la capilla se celebraba una boda, la joven pareja estaba arrodillada en actitud fervorosa, esperando la bendición divina de las palabras y de los gestos del párroco de Óbuda, cuando Alice entró. Enseguida reconoció a los jóvenes novios. Se habían convertido hacía escasos días para poder casarse en la capilla de Santa Margarita, después de que se conocieran de pies a cabeza entre las ruinas del monasterio. De nada ayudaba a la fama de aquellas ruinas que los ancianos envidiosos difundieran el rumor de que bajo las vetustas piedras se ocultaban víboras aguardando el momento propicio para introducirse en las mujeres extasiadas. A lo sumo se conseguía que ellas se cuidaran un poco más. En general, esos paisajes de la isla de Margarita conocían numerosos recuerdos vergonzosos de las noches estivales y otoñales del mundo de las damas distinguidas de Pest. Alice solo pasó un verano en la isla, pero, con la mente clara, recordaba con sonrojo esas veladas, esas lunas llenas, esas noches ventosas. La vida de las mujeres sería toda vergüenza, si realmente fueran capaces de avergonzarse.

A la noche siguiente, Alice se instaló en un trineo del monte Sváb, con unos empleados de banca de espíritu emprendedor, y se marchó definitivamente de la calle Sas. Pocas personas acudieron a su entierro, puesto que murió de una enfermedad contagiosa. ¡Qué lástima por ella! ¡Hasta podría haberse casado por cuarta vez! Durante un tiempo, el periodista bigotudo llevó un brazalete de luto, como los camarlengos en los períodos de duelo en la corte. Después él también la olvidó. Manci Huszár comenzó a frecuentar la escuela de equitación de la calle Esterházy, aprendió a montar y consiguió nuevas amigas. Por desgracia, solamente una mujer rica acudía a la escuela por aquellas fechas, una tal señora Weisz, cuyo marido era célebre por adorar a su mujer tumbada en un ataúd. A Manci Huszár le costaría sin duda considerable esfuerzo romper la falange envidiosa de las amigas y llegar luego a la rica señora Weisz, la del ataúd, aunque no era en absoluto de temer que no lo consiguiera.

Capítulo octavo

en el que las cervatillas de la región
de Bakony se aventuran a Pest

Hacia la medianoche se vació la casa por un breve período de tiempo, y el dueño de la funeraria y Sueño pudieron por fin sentarse en el salón para charlar a gusto.

Y así se dirigió Sueño al dueño de la funeraria:

—¿No oyes los gritos y los gemidos que parecen llegar desde el subsuelo hasta esta habitación?

El dueño de la funeraria negó con la cabeza.

—Pues algo está ocurriendo. Si no me equivoco, Natália está a punto de parir. Vamos, echémosle un vistazo. Escucho los buenos dolores de parto —dijo Sueño y cogió de la mano al dueño de la funeraria.

Se dirigieron a un pequeño patio que en circunstancias normales servía de cobijo al perro San Bernardo de la señora Jella. La luz penetraba desde dos pisos de altura, como a un pozo profundo. Se veían nubes desfilar a gran velocidad en lo alto, entre las cuales luchaba en solitario la linterna de la luna en forma de hoz. Se abrían ventanas por las que nadie nunca miraba. Un canalón vomitaba pegado al muro. La basura de una criada negligente caía desde el piso de arriba: triste patio de luz de un bloque de viviendas de Pest. Allí se refugió Natália para el parto.

El enorme perro, plantado ante la mujer sumida en las contracciones, la miró aterrado. Con mirada humilde y quejumbrosa recibió el can luego a las visitas, hasta que aprovechó un momento para salir por la puerta y meterse en una serie de líos en la calle Jeremiás Frank y Señora.

Natália tenía realmente «buenos» dolores. Si hubiera podido agarrarse de algo, habría dado a luz a su criatura, pero no hacía más que revolcarse de dolor, y cuando este se apaciguaba cada veinte minutos, su vida desfilaba ante sus ojos abiertos de par en par en forma de espectáculo de sombras chinescas.

Sueño, que sabía leer los jeroglíficos que mostraba el iris de los ojos, vio lo siguiente:

Una pequeña aldea en la región de Bakony, donde la carretera serpenteaba subiendo al monte y bajando al valle flanqueada por árboles uniformes e indiferentes que parecían vigilar que el camino no se les escapara. Tocaban siempre la misma melodía a través de tres o cuatro condados, cuando empezaba a soplar el viento y a sonar las escalas en las frondas de los árboles. Como si estos expresaran

entonces todos los sentimientos que habían experimentado, sufrido y acumulado en los melancólicos días de otoño. Se enralecían los follajes tras el paso del viento como el cabello de las personas después de la tormenta. Un antiguo castillo condal en el centro de la pequeña localidad, recuerdo y guardián de los secretos de tiempos antiguos en que por la ventana de la torre rectangular tejada con pizarras un haiduque con el cabello trenzado vigilaba la carretera, por la puerta salían vertiginosos los carruajes de lomo abombado traqueteando y levantando gran polvareda, sobre corceles que avanzaban a paso de pantera se balanceaban damas de aspecto elegante, sombrero con velo, cinturas ceñidas por cotillas, mientras un jabalí era asado en el patio y nadie daba señales de estar con la lengua fuera por el cansancio. Sobre anchas camas de madera de nogal, colchones de paja perfumada con salvia, pieles de camello y telas checas, las señoras estiraban las piernas prematuramente afectadas por la gota, y los hombres de pesada respiración permanecían durante años sentados en asientos de altos respaldos, bajo mantas de piel de tigre, con restos de tabaco de pipa sobre la barba y el bigote, mirando a través de los dedos cada vez más transparentes adornados con anillos de sello, mientras hacían leer pasajes de la Biblia a estudiantes de paso y andar a gatas al chantre borracho, servían un caldo a quien contara la cochinada más grande y miraban por el postigo entreabierto meneando la cabeza y preguntándose por qué no llegaba levantando polvo el coche del amigo entre la gente que se dirigía al oficio dominical. Los condes del Pesar, los señores del castillo, no querían nunca morir; las ancianas condesas tenían a mano a mujeres jóvenes cuya sangre les era transfundida a sus venas; los condes que estaban en las últimas habrían deseado cambiarse con el vagabundo harapiento que en medio de la tormenta invernal, entre los aullidos del viento, caminaba por la espesura de los bosques de Bakony y confiaba en morir congelado al despuntar el alba. La sombra feroz de la muerte avanzaba a pasos temibles, las velas ardían en los corredores sumidos en la noche, el pánfilo haiduque sostenía la antorcha hasta el amanecer y resultaba tranquilizador que el panzudo capitán de la guardia recorriera los pasillos en las horas nocturnas haciendo tintinear las llaves, tambaleándose y vomitando y aun así dando cuerda a los relojes musicales en los salones que empezaban entonces a tocar sus valses con voz cristalina. Sin embargo, los viejos muros no protegían contra el viento y el horror, como tampoco lo hacían el chirrido de las botas de los sirvientes, ni la obediencia de las criadas descalzas, ni los ladridos de los fieles perros en el patio, ni los centinelas que hacían sonar sus armas en la puerta, ni el sacerdote con olor a moho al que sacaban de la cama por las noches cuando alguien intuía la proximidad de la muerte en el castillo, ni el cirujano cuya

mano era apretada en esas horas nocturnas como si fuese el ángel de Dios; en vano estaba atada la campana en la torre, porque el vendaval la sacudía de tal manera que el señor del castillo daba gritos empapado en sudor frío... En esa casa pasó su infancia Natália, sirviendo descalza a la hija del conde, asistiendo con ella a la misa dominical, sentándose a su lado en el banco y abriendo con una llave de plata el cajón que guardaba los breviarios supersticiosos, los cuales contenían rezos tan milagrosos que resultaban sorprendentes: quienes leían esas oraciones a toda prisa, casi ahogándose con el peso de las palabras, morían a pesar de todo.

Natália se crió y creció en ese castillo recorrido por el viento, lleno de sombras y de noches lúgubres, rumbo a un destino desconocido. ¿Qué suerte podía esperar a una muchachita del servicio? ¿Aprendería el oficio de partera para ayudar en su momento a su señora cuando nacieran los hijos de esta o se casaría con un joven cazador y pasaría la vida en el bosque cargado de suspiros y susurros esperando la detonación del fusil de su marido que le llegaría a través del viento desde el lejano valle? No tenía ni padres ni parientes, nadie se dirigía nunca a ella, su ama era indiferente como un madero, salvo en las noches cuando se despertaba sobresaltada por los fantasmas... A todo esto, Natália dormía a pierna suelta, porque las criadas le habían contado que la muerte solo hacía daño a los señores.

En invierno, la escarcha se pegaba a las ventanas, en verano se podía ver hasta lejos los paisajes que vibraban a la luz del sol, caminos blancos, aldeas con sus iglesias de color rojo, mares de bosques, desde donde alguien quizá se acercaba al nido de búho... En otoño, bostezaban largamente el patio, el pasillo, el valle, el chantre de ojos telarañosos, una avispa con olor a vino zumbaba somnolienta entre los postigos, el vagante con el rostro rubicundo avanzaba a grandes pasos por la carretera, desde Veszprém hasta allí se oía el sonido de la vieja campana, la señorita aprendía francés de una anciana, y Natália se sabía la lección antes que su ama.

Aun así era feliz en esa casa aburrida, donde el viejo conde cacareaba a la manera de un joven gallo, la vieja condesa se miraba los pies perforados de forma audible, según ella, por la carcoma, el capitán de la guardia estaba borracho día y noche y era el habitante más feliz de la casa, las criadas sacudían la paja sobre la cabeza de los haiduques con el bigote encerado, y por la noche siempre ardía el fuego en la cocina por respeto al vagabundo que no paraba de mentir sobre las maravillas de lejanos países y ciudades.

A continuación, apareció Pest en la memoria de la parturienta. Un palacio en la zona de los jardines del Museo al que la familia del conde del Pesar accedió merced a una herencia. Se trasladaron allí a toda prisa, como si huyeran de la muerte. Un viejo portero con barba

de Moisés y abrigo que llegaba hasta el suelo permaneció junto a la cabeza de los caballos, mientras los invitados se instalaban en la carroza. Un jardín otoñal contiguo al palacio, a través de cuyas rejas se veían allí personas extrañas, nunca vistas. Alfombras que ahogaban el ruido de los pasos, campanillas peculiares. Ventanas grandes como puertas. Patio cubierto con un vidrio multicolor y pavimentado con piedras claras, al que daban, a derecha y a izquierda, salas de baile y pequeñas habitaciones. Una fuente enviaba su chorro centelleante a lo alto. Retratos de hombres y mujeres de rostros maravillosos en las habitaciones. La condesa dormía bajo un dosel sostenido por columnas. El conde se quedaba sentado durante todo el día a un amplio escritorio y buscaba el cajón secreto. La señorita permanecía sentada junto a la ventana y miraba a Henrik, que pasaba el día entero en los jardines del Museo con pantalón gris paloma y chaleco blanco. Era otoño. Evidentemente, Henrik tenía frío. Pero aguantaba fielmente en los jardines del Museo.

Volvieron a aparecer los «buenos» dolores, la parturienta puso los ojos en blanco, se esforzaba tanto que parecía tener que apartar una montaña de su sitio y lo único que era capaz de gritar era: «Santa María, madre de Dios, llena eres de gracia...». Pronunciaba las palabras rápidamente como si pudieran formar un círculo mágico y eterno en torno a su pobre refugio y no dejaran penetrar los dolores punzantes y desgarradores, la triste herencia de la omnipotente naturaleza para las hijas de Eva. Salían raudas, como cuando se desgranan las cuentas del rosario, de los labios de la parturienta. Lo curioso era que desde su infancia no había recurrido nunca a esa oración. Hasta ese momento en que se debatía entre dolores y en que las palabras del rezo resultaban mágicas y aliviadoras. Así, pronto terminó el sufrimiento y nuevas imágenes aparecieron en la memoria de Natália.

Una hilera de álamos atravesados por los rayos amarillos del sol, desde lejos se acercaban las piernas embutidas en medias color tiza de mujeres con abrigos rojos y verdes y con amplias faldas blancas, como una mañana maravillosa. Bajo los cascos de un caballo gris se levantaba el polvo en el camino y el pequeño carruaje rodaba simpático y ligero. Un perrito negro de ojos blancos correteaba sin rumbo fijo. Un cabezudo sauce llorón se alzaba junto a un viejo pozo con bomba manual. Un anciano melancólico miraba por la ventana rota de un viejo castillo cubierto de moho y de vid silvestre. La mariposa blanca revoloteaba junto con las hojas de los árboles parecidas a antiguas monedas de oro. Horas matutinas en la isla de Margarita. Allí esperaba la señorita, en compañía de Natália, a Henrik. Llegaba Henrik y se apartaban del camino regular para peatones, donde «podrían encontrarse con conocidos» y se dirigían a la zona

abandonada a la orilla del Danubio, entre montones de arena, diques de contención con su eterno chapoteo, fosos profundos, cantos rodados abandonados por la vida. Al otro lado estaba Buda, las villas de la Colina de las Rosas se alzaban elegantes entre los árboles verdes, en medio de la bruma que generaba el río y bajo las nubecillas blancas y redondeadas, como si los habitantes de esas casas desconocieran la tristeza y la preocupación. Desde detrás de los porches con sombrillas rojas sonaba todo el día un piano, viejos y sencillos valses a cuyo ritmo se movían unos niños mofletudos con cabezas angelicales. Henrik leía en voz alta su «poema más reciente», que Natália todavía recordaba.

Sonaba así:

Es la hija del molinero
y se ha vuelto tan bella, tan bella,
que yo querría ser el pendiente
que se mece bajo su oreja:
entre sus rizos noche y día
su cuello blanco tocaría.

La señorita del castillo y su leal camarera estaban tan poco familiarizadas con el mundo de la poesía como cervatillas de la región de Bakony perdidas en Pest. Cómo iban a saber que Henrik, como tantos otros poetas, había robado el poema, concretamente de un caballero inglés llamado Alfred Tennyson. Es desde hace tiempo sabido, pues siempre ha sido así en el mundo, que el poema no da sus frutos a quien lo fabrica, sino a otro, que escucha desde lejos el sonido de la flauta en una noche de luna o que a la hora del crepúsculo pasa por azar delante de una casita en el linde del bosque, donde canta y toca el violín maravillosamente un hombre ciego...

Las cervatillas de Bakony, como las llamaba Henrik, se escapaban del palacio contiguo a los jardines del Museo también en otras ocasiones, cuando él las llamaba. No conocían bien la capital, y sin Henrik sin duda se habrían perdido. La vida solía ser aburrida en el mudo palacio, correcta y atildada como en un internado. La pequeña condesa tenía dieciséis años y Natália, su camarera, diecisiete; sin embargo, ni juntas tenían más inteligencia que la manilla de una puerta. Henrik les contaba viejas y malas novelas, hablaba largo y tendido sobre sus hazañas, se peinaba el cabello hacia atrás y se presentaba como el joven más desdichado al que en la vida solo esperaban tormentos y sufrimientos, ya que sus amigas pronto lo abandonarían. Aun esforzándose menos, habría conseguido sus propósitos con las dos señoritas de pueblo. Además, recibió para sus actuaciones una ayuda considerable, la de un tal Palacki, un individuo

ya nada joven, con el pelo que parecía oxidado y desgastado como si lo hubieran frotado muchas veces con un cepillo de ropa. Llevaba trajes a cuadros y zapatos grandes, y miraba nervioso el reloj cada dos por tres, como si llegara tarde a algún sitio. Movía manos y brazos a compás con las piernas cuando se dirigía a toda prisa a algún lugar lejano. Sabía mover el sombrero de paja sobre su cabeza sin tocarlo con la mano. Utilizaba palabras cuyo significado ignoraban las dos señoritas. Y su primera petición fue que ellas miraran alrededor en la casa, para ver si encontraban algún par de botines viejos de piel de venado, guantes o corbatas que el anciano conde no usara y que él utilizaría encantado. Siempre había que llevarle algo a Palacki cuando se encontraban con él, porque era una persona colérica, insatisfecha y taciturna. Concedía gran importancia a su tiempo, porque no le gustaba perderlo en vano. Hacia la noche imitaba el maullido de un gato en los jardines del Museo: era la señal para la señorita y su camarera de que Palacki y su amigo se hallaban en las inmediaciones de la casa. Más adelante, Palacki ya no se contentó con observar el palacio desde fuera. Urdió un plan misterioso, se pasó días enteros devanándose los sesos, iba y venía destocado, meneando la cabeza... «Toda esta historia no tiene ningún sentido. ¡Habrá que raptar a las mujeres!», dijo un día Palacki, mientras paseaban alrededor del astillero de Óbuda y él se separaba cada tanto de su amigo para entrar «por un minuto» en una taberna y comprobar si estaba fresca la cerveza o frío el vino con soda. «Hay que aprovechar la oportunidad. ¿Quién sabe qué deparará el futuro? Los escándalos solo duran un día. El corazón de los padres es más blando que la mantequilla». Eran las frases habituales de Palacki, quien las pronunciaba con expresión seria, como si las hubiera inventado él. Y pidió la llave de la cancela (por la que solían salir las muchachas) e hizo una copia. «Uno nunca puede saber para qué sirve tener una llave...».

Las noches eran blancas y breves. Las muchachas contemplaban los jardines apoyadas en el alféizar y veían fantasmas entre las faldas de los árboles. Hacia la medianoche, el viento dibujaba relatos de muertes mágicas y singulares en la superficie del agua de la fuente. Perros grandes y desgreñados mostraban sus lomos grises mientras recorrían los caminos cubiertos de grava y olisqueaban hasta diez veces un cubo en el que se había plantado un laurel. El camino era oscuro, el viento trabajaba de forma insistente, como un buen obrero... ¿Y qué ocurría a esa hora en la espesura de los arbustos, adonde no penetraba la mirada del hombre?

La pequeña condesa y su camarera no se atrevían a dormirse, por si algo ocurría allá fuera en los jardines después de que se cerraran los verdes postigos. Tal vez salía de entre los arbustos el hombre desnudo que trepaba como un mono por los sarmientos de la labrusca, tal vez

se volvían visibles las sombras que discurrían por los senderos silenciosos de tal manera que solo se los veía por una milésima de segundo, tal vez se ponían a hablar allá abajo los rojos geranios y las pesarosas rosas silvestres y a contar de pronto la historia de su vida... Era de noche: reyes jóvenes y locos debían andar por los jardines con las manos juntas a la espalda, condesas lánguidas, empolvadas, con zapatos de tacón alto y faldas floreadas debían aparecer, con sonrisa ambigua, entre las largas hojas del emparrado, pero no ocurría nada, solo el viento convocaba y muy a lo lejos se oía un coche de punto que corría a toda velocidad y en el que hombres felices iban en busca de los placeres y perfumes de la noche, de mujeres en camiseta bajo cuya tela ceñida se veía claramente la caracola que habían recibido de regalo del mar eterno... El jardín de puntillas a medianoche, el viento renqueante, las horas secretas que nadie nunca espiaba, la fuente que jugaba con ella misma, la fronda extasiada, los senderos que se estiraban como liebres, el cenador melancólico marcado por las pisadas dignas y ligeras de antiguas condesas (que allí se buscaban a ellas mismas y su destino en las páginas de las novelas), con los ojos abiertos de par en par miraban todo eso las dos mujeres como si en ese momento diera la hora en una lejana torre, resonando con fuerza, con un eco irrevocable, señalando que su destino estaba sellado en la tierra. Sin embargo, Palacki y Henrik no acudieron.

Ellas siempre solo esperaban a Palacki y a Henrik y no se les pasaba por la mente que las mujeres tuvieran otra cosa que hacer en el mundo. Que pudieran estar como un pavo real sobre los cojines azules de una calesa, con sombrero blanco y cabello rubio parisino, tras un velo color violeta y con una mirada que reflejaba las penas del corazón; que pudieran pasear con un vestido blanco y zapatos limpios como los de los ángeles; escuchar en las tumbonas de los barcos iluminados los relatos de tormentos y sufrimientos de los hombres; pasar con piernas ágiles y pies flexibles, como en una danza dichosa, junto a tumbas abiertas del brazo de un caballero cortés que las había citado en el cementerio, junto a una, además, en la que por la tarde descendería mediante las sogas ya preparadas una mujer fallecida que ni siquiera había podido dar un dulce beso al bebé por el que había muerto; que pudieran columpiarse en el trapecio con las piernas estiradas, con la ligereza de una libélula; que pudieran estar sentadas en un palco con una joya fría y centelleante en la oreja pintada de rojo y enviar con el abanico señales de esperanza o de lo contrario al patio de butacas; que pudieran patear con un zapato con tacón de aguja una copa de champán y recibir, con la espuma en los labios, la boca mentirosa de los hombres; que pudieran caminar con la cabeza gacha por Óbuda, mientras se escuchaba el sonido azul de las campanas que llamaban a las vísperas, y ver a través de diminutas ventanas a las

costureras tísicas que escribían cartas de amor a aquel que por las noches, a voz en cuello, a la manera de un barbero, el cantaba en medio de la callejuela; que pudieran... esperar a Palacki y a Henrik y pasar así el día y pasar así la noche... ¿Qué sabían las mujeres que con sombrero grande, guantes blancos, vestido de seda hasta los talones, disfrazadas de infantas, bostezaban ligeramente en las corridas de toros o con indolencia e incluso con desprecio echaban un vistazo, tocándolas apenas con las manitas enguantadas, a las telas caras que el dependiente les ponía delante a la vez que pronunciaba palabras refinadas, qué sabían las mujeres mientras el sacrificado amigo estaba a sus pies o mientras el marido benévolo y bonachón vigilaba sus pesadillas con el termómetro en la mano y pantuflas en los pies y por la mañana su hijo les sonreía como el sol en Andalucía, qué sabían ellas lo que significa sufrir por amor?

Lo cierto era que desde que Palacki asumió la dirección de los asuntos, las cervatillas de la región de Bakony ya no recibieron la misma atención y los mismos poemas que antes. Palacki no robó ni un solo poema por ellas. Es más, entretenía a las señoritas con cosas que ellas, a decir verdad, ni entendían. En una ocasión, por ejemplo, les dio una conferencia sobre vinos:

—Los vinos tienen nombres tan diferentes como los seres humanos. Si un hombre se llamara Érmelléki o Hegyaljai, no se podría hablar mal de él. Los nombres desprenden un olor que tan pronto como se escuchan afectan a la nariz de la gente. ¿Puede uno imaginar a una persona que se llame Bakator, por ejemplo, como alguien anémico, harto de vivir, con los calcetines blancos de un muerto y con las orejas con el color del papel? Todo lo contrario, nos vienen a la mente hombres vitales, sanguíneos, de voz estridente que juguetean con el cinturón cuando oímos mencionar regiones donde se cultivan buenos vinos. Imaginamos que en Tokaj andan por las calles hombrecillos con la cabeza de laca de cera verde, con la cintura con una inscripción en letras rojas y doradas y con forma de una botella de vino fino, y eso que, cuando llegamos a esa ciudad, solo encontramos a viejos judíos a la orilla del río Tisza. O tomemos como ejemplo Mád o Szerednye o Tarcal. Desde lejos da la impresión de que todos los hombres son vaporosos como el humo que sale por el agujero de ventilación de las bodegas, en cuyo interior arde la lámpara tiznada o la lamparilla cubierta de hollín, el chorizo ahumado o la chuleta de cerdo entran a grandes bocados bajo los bigotes de los hombres que se echan vino al gaznate con vasos mellados, y no se encuentra a nadie pobre o desdichado en Mád. Bajo la influencia del vino, la gente no para de hablar sobre Ferenc Rákóczi cuyas extensas propiedades llegaban hasta esa contrada, y viniendo de las bodegas de Ungvár se oye una flauta turca en la ladera de la montaña, es más, según ciertas

fantasías, los avatares de Ilona Zrinyi, con pies ligeros, peúcos rojos, deambulan orgullosos como pavos reales por el paseo al anochecer. O, por ejemplo, uno sorbe un vino de Badacsony en una tarde solitaria y melancólica en una cantina pequeña y oscura, ¿no acuden entonces a visitarlo el monte con la cruz obispal en lo alto, la bahía de Szigliget, y la carretera que serpentea blanca a lo lejos y por la cual el cabriolé traqueteante del calvo Kisfaludy se dirige a una bodega, huyendo de disputas domésticas? Y aunque no soy muy aficionado a la región vinícola del Balatón jamás he podido llevarme a la boca sin cierta emoción el vino de los viñedos de Ányos, situados en lo alto de la escarpada cima de Badacsony, o el caldo rubio de Csopak, hecho con uvas pisadas por sirenas... Siempre vienen a rendirme visita, procedentes de los lejanos bailes de Santa Ana de Balatonfüred[1], las cinturas de muchachas sudorosas, sus ligas flotantes, sus tobillos que giran con agilidad sobre los blancos tacones, así como cantantes y músicos nocturnos y mujeres lunáticas que se reúnen bajo mis ventanas, detrás de los postigos… Tampoco es mi bebida diaria el vino color granate de los pelirrojos bunyevácok[2] y de los rubios habitantes de Versec, el calor, el fuego viril, la sangre de toro que me inundaban cuando lo consumía traían consigo mujeres de ojos relampagueantes, recién casadas, con uñas de tigresas que ardían intensamente bajo el níveo maquillaje, mujeres jóvenes y mayores de hombros y pechos anhelantes, de labios que exhalaban fiebre y fuego como los vientos del sur que venían con tormentas preñadas de pirotecnia. Nunca he sido aficionado al amor que grita desesperadamente acuciado por el deseo, siempre he preferido caminar en silencio por calles serpenteantes, bajo canalones de casas pequeñas y espiar a las mujeres sin que ellas se den cuenta. Por eso sirve para brindar un vino ligero, dorado como luz de otoño, que se sirve en pequeñas copas, que no exige grandes celebraciones, que se amiga encantado con las aguas de Parád y de Szolyva y permanece largo rato junto al suave ronroneo de los relatos vínicos... El humo acre de un fuego hecho con la leña de un viejo ciruelo ondea bajo el nogal, un hada hace burbujear el jugo de la carne de gulash cortada en pequeños trozos, la sal y el mantel muestran su blancura sobre la hierba cada vez más cana y un alcaudón chico se mece en un rodrigón sobre la arena de los viñedos, su grito, su canto suena largo rato como una vida tranquila que se estira hasta lejos y yo muevo con pereza los ojos cuando sirvientas regordetas trepan encima de mi cabeza al manzano y hacen revolotear sus faldas... Más bien me vienen a la mente mi abuelo, así como otros viejos enmohecidos.

Así hablaba Palacki, y lo cierto es que las señoritas no apreciaban debidamente la poesía inherente a sus palabras. Con la bobería de la juventud les extrañaba que Palacki, cada vez más viejo y calvo, se

atreviera a hablar de amor. Todavía estaban convencidas de que a una determinada edad los hombres, calvos o barbudos o canosos, renunciaban al amor como a una frivolidad propia de la juventud. Mucho les asombraba, por tanto, que en algunos paseos, mientras Henrik se adelantaba corriendo como un perrito como si quisiera cazar la luna que colgaba sobre el pretil del bastión, Palacki las abrazara de repente y las apretara como una nuez o una avellana. Cogía a la pequeña condesa por la cintura y las llevaba a las dos a un pequeño hostal del barrio de Víziváros.

Hasta que un día en la casa en que servía Natália observaron cosas sospechosas y entonces pagaron y pusieron de patitas en la calle a la desleal camarera, que nunca más tuvo la suerte de volver a ver la pequeña condesa. Buscó, pues, refugio en casa de Henrik, quien en un principio se alegró bastante de su dulce juventud, así como de descubrir incluso algunas canas en el cabello ondulado de Natália. No obstante, Henrik siempre tenía la cabeza en otro sitio. A veces se marchaba de Óbuda y dejaba durante días encerrada a Natália en el cuartucho que alquilaban. Natália esperaba a su amante muerta de hambre y de sed, observaba por un resquicio de la cortina a los transeúntes, a los habitantes de Óbuda con su postura encorvada y su alma llena de preocupaciones, a mujeres con cofias, a muchachas despeinadas, a niños que se arrastraban por el suelo, a ancianas que charlaban sin parar en los portales («¿de qué estarán hablando tanto cuando el próximo invierno seguro que se las llevará?», decía Natália para sus adentros). En la habitación cerrada oía las campanas llamar a vísperas; por la ventana observaba al sacristán ir y venir con su sotana azul y con las manos juntas a la espalda, pararse de golpe cuando veía pasar a una mujer gorda y alzar al cielo los ojos piadosos; junto a la estatua de Florián bromeaban los soldados de permiso, el granuja permanecía con las manos en los bolsillos, la anciana iba a lento paso de papagayo, mientras las jóvenes que se veían en la plaza paseaban a menudo con una fusta en la mano, que habían pedido prestada a un amigo, un marinero de Óbuda; ay, cuántas veces observó Natália desde su habitación cerrada las ganas de vivir, la avidez desbordante, los ojos deseosos de amor, de ropas, de zapatos, de medias, de las mujeres de la localidad que asistían a la escuela de baile de Aladár Zérus allá en la esquina y que deambulaban arregladas, sonrientes o risueñas, por el paseo de Óbuda, como si no vinieran de casuchas sucias, increíblemente sórdidas, de una miseria tal que parecía salida de un cuento, situadas en las serpenteantes calles laterales del puerto, sino directamente de Sevilla o de Nápoles. Mientras las chimeneas hundidas de las pequeñas casas echaban humo llenas de preocupación, de angustia, de una pusilanimidad conmovedora por su humildad bajo el firmamento nocturno, la muchacha con vestido corto echaba en

brazos de su marinero hacia atrás la joven cabeza con el pelo también corto para no tener que peinarse todos los días; mientras las jóvenes mujeres hambrientas de diversión, de manzanas y de exquisiteces, se apasionaban por Psilander, el antiguo actor de cine, seductor con su frac y con su sentimentalismo de bazar o se enfervorizaban a lo sumo por algún suboficial de la marina que estuviera más a mano, a la vez que daban vida a los aledaños de la sinagoga con sus voces, con su animación, con sus ágiles cinturas, con sus zapatos sin calcetines, con sus movimientos y con su uniformidad de panecillos; mientras junto a las vallas decoradas con los carteles ya desastrados de las últimas elecciones volvían a casa como ajados mendigos, como viejas pantuflas, como baratas bufandas invernales, como grises tubos de estufa destinados a la basura, los progenitores, padres y madres que, si bien se pasaban la vida entera lavando, siempre se presentaban con la ropa más sucia. Y de los labios de esas personas solo se oían lamentos, gritos, rabia con forma de tejas de vidrio, de zapatos rotos, de algo ultramundano... Y en general recibían con una tunda, a menudo con el mango del hacha, a las señoritas cuando llegaban tarde a casa procedentes de la escuela de baile o del maravilloso paseo por la plaza Florián...

Así era la calle que Natália observaba escondida tras la cortina, sin saber aún el destino que la esperaba.

Los periodistas venían a ver a Henrik, claro está: jóvenes plumíferos que en esa profesión insegura y no siempre simpática a lo sumo llegaban a aprendices. Tenían el pelo largo, se afeitaban la cara, llevaban cuellos amplios y se vestían a la última moda, deportistas a la americana que fumaban en pipas cortas, se pedían cigarrillos los unos a los otros, jugaban a las cartas a crédito y arrancaban las cortinas de las ventanas solo para entretenerse; parecían muy inteligentes, hablaban un lenguaje peculiar, como hacen los carteristas, y preguntaban a Henrik por qué no vendía su mercancía escondida ya que la carne de pollo estaba a buen precio. Se llamaban Haya, Pescado, Abeja o Acacia y armaban bulla sin motivo alguno, como si entre ellos reinara una rivalidad eterna, interminable: por ver quién decía la frase más cínica o la más obscena. Uno se vanagloriaba de tener una relación amorosa con su abuela, el otro disertaba sobre las enaguas hediondas de las actrices, el tercero desnudaba a la santa esposa del chantre judío: «muchachos, jamás he visto unas piernas tan poco kosher», decía. El cuarto, un muchacho muy joven que parecía recién escapado del reformatorio de Aszód, explicaba que él solo procuraba conocer a mujeres mayores, ricas, en la medida de lo posible propietarias de algún negocio, entre cuyos pliegues de la falda se podía encontrar la llave de la caja fuerte.

[1]El baile que desde 1825 se celebra tradicionalmente el 26 de julio,

Día de Santa Ana, en Balatonfüred y con el que concluye la primera parte de la temporada estival del balneario. (N.d.T.)

[2] Pueblo de origen eslavo que se estableció en el sur de Hungría en el siglo XVII. (N.d.T.)

Capítulo noveno

en el que el señor Dubli toma la palabra

El quinto, un granuja de pelo cano, sin dientes y con cara marcada, explicó la siguiente historia una noche en que Henrik recibía la visita del grupo:

—A mí solo me gustan las presas, las mujeres que han pasado por la cárcel. Claro que huelen a levadura, pero sin levadura no hay pan.

—Oh, viejo delincuente, ¿no querrás contar las aventuras de Mariska Haverda, la que mató a su madre y después de ser liberada se convirtió en la mujer más festejada del Café Emke de Pest? —intervino a voz en cuello uno que lo sabía todo.

El canoso respondió con un gesto de desdén:

—La prensa convirtió a Mariska en una gran dama. Nunca me han gustado las mujeres que salen del anonimato por el mero hecho de conocer a ciertos periodistas. Los colegas contrajeron la enfermedad de difícil curación también llamada amor de las escritoras, de las actrices y de demás damas cuyos nombres leemos a menudo en los periódicos. A mi juicio, solo merece la pena cultivar la amistad con mujeres llamadas famosas para, en determinadas ocasiones, cerrar con ellas algún negocio.

—¿En qué negocio piensas, Dubli? —preguntó Henrik.

El joven canoso llamado Dubli estiró las flacas y largas piernas todo lo que le permitía la pequeña habitación. Con expresión de cierto desprecio miró de arriba abajo a quien formuló la pregunta.

—¡En un buen negocio! —respondió sin hacer particular hincapié en las palabras—. Un buen negocio, un negocio correcto, viejo amigo, tal como aconsejaban los ancianos a los jóvenes que emprendían el vuelo. El Día de San Esteban, cuando todavía circulaban trenes de placer por Hungría y la gente de la tierra viajaba con un billete de vuelta en el ferrocarril, siempre presentaba alguna prima donna del teatro o de la opereta a mis conocidos para que les cortaran el pescuezo.

—¡Mata a la mujer! ¡Dubli tiene razón! —gritaban entre carcajadas, abrazándose los unos a los otros, los miembros de la alegre compañía, mientras Henrik, turbado, entornaba los ojos.

Dubli, el joven canoso siempre andaba un tanto borracho y solo era capaz de salir de Pest, para dirigirse a Óbuda por ejemplo, cuando llevaba unas copas de más, y regresaba de su excursión hecho un cuero, soñando con las maravillas de la vida en provincias. El éxito de sus palabras lo envalentonó y dijo:

—Es más, no solo hay que matar a una mujer, sino a todas. Mucho

me extraña que nuestro Henrik no haya invitado a ese joven de bastón plateado y sombrero de paja negro al que se lo ve por todas partes y que exporta conservas de carne de Pest a América del Sur. En mis idas y venidas he visto a tantas mujeres jóvenes ociosas pasear sin rumbo por Óbuda que no he hecho más que pensar en Winterstein. ¿Por qué no viene aquí? Esas mujercitas que se aburren y apenas reciben muestras de aprecio podrían cumplir perfectamente en una fábrica de conservas de Buenos Aires, mientras que aquí se consumen, tienen hijos, reciben palizas y se alegran si un tornero extranjero se casa finalmente con ellas. ¡Ay, cuántas libras esterlinas, verdaderas piezas de oro Victoria, se pierden cada año en Óbuda debido al cine inculto y a las escuelas de baile con su olor a sobaco! Cuando sea mayor, me dedicaré al negocio de la carne. ¿Qué más podré hacer cuando ya no me mantengan las mujeres? Lástima que me vea obligado a dejar poco a poco la carrera más seria y más viril, como un viejo soldado el campo del honor. Yo nunca tuve que temer que las mujeres me engañaran, me estafaran, le regalaran mi dinero a otro... Porque las mujeres nunca me han querido.

Como la panda de jóvenes periodistas ya había oído varias veces la peculiar historia de la vida de Dubli y como, además, reinaba en el grupo la buena costumbre de no escuchar a quien se pusiera a elogiarse a sí mismo, comenzaron a dar señales con las manos y con la mirada dando a entender que no prestaban atención. El señor Dubli prefirió entonces retomar el hilo de la historia de la rea, convencido de conseguir así cierto reconocimiento por parte de sus compañeros:

—Resulta que se llamaba Margit, como la mayoría de las mujeres en Pest. El aroma de ese nombre no recuerda a cortes reales, sino a lo sumo a las tiendas con olor a limón y a queso de la calle Dob, a las cajas de madera en los alrededores de los almacenes, a pequeñas viviendas que dan a los patios y en las que muchachas de ojos negros, cuello blanco, piel de pastel, cabellos largos y espesos lavan y planchan sus níveas falditas, tienden las medias en el alféizar y a primera hora de la mañana frotan con tiza sus zapatos blancos para poder vivir hasta el domingo o hasta el sábado levitando ligeras como mariposas blancas... Se lavan para quitarse del cuerpo el sudor de las sombrererías y de las oficinas y en sus bocas suena tan dichosa la voz como si hubieran vuelto a nacer. Mi Margit tampoco frecuentaba la iglesia de panza roja de los jesuitas, sino las oficinas de Munk y Davidsohn.

—¿La sedujiste? —intervino un joven picado de viruela que cogió del cuello con tal vehemencia al señor Dubli que este se quedó sin aliento.

—Sí —respondió jadeando.

—Pues entonces basta —continuó con tono arbitrario y dictatorial

el pequeño picoso—. En este grupo solo nos interesan las historias en las que las mujeres seducen a los hombres, historias sacadas libremente de la vida... Cierra el pico si no sabes contar más que tus malos relatos que te ha devuelto el redactor del Journal.

—Escucha, pues, mi historia —gritó Dubli después de quitarse de encima al pequeño roedor y clavar los ojos de nuevo en Natália, como si el espectáculo fuera en honor a ella—. En realidad, Margit no trabajaba en una oficina, sino que vendía flores en un local de diversión llamado Párizien. Esos locales habían quedado en Pest de la época de la exposición del Milenario y se mantenían gracias a los provincianos ricos y a los extranjeros que buscaban entretenimiento...

En un principio, las damas eran allí acomodadas, pero después de la exposición se empobrecieron y comenzaron a llevar prendas andrajosas, porque los hombres de Pest no tenían dinero suficiente para mantenerlas en la opulencia. Como un circo arruinado que en su peregrinaje se queda en la carretera permaneció en Pest un grupo de mujeres exóticas que se habían reunido en la capital procedentes de todas las partes del mundo. Había allí auténticas bailarinas negras de Florida, curtidas como zapatos de danza baratos, mujeres de piernas musculosas y tendinosas como patas de pájaros silvestres. Traían consigo una o dos canciones y algunos bailes peculiares de las plantaciones de azúcar y recorrían Europa; con espíritu indiferente y comercial dormitaban en la «feria de Londres» hasta que se les acercaba un comprador haciendo sonar sus oros y sus platas. Y entonces se incorporaban de golpe y corrían como garzas negras antes de emprender el vuelo... Allí estaban las cantantes soubrette parisinas, flacas como los estorninos en invierno. No cesaban de hablar a sus conocidos masculinos, capaces de preguntar y de explicar miles de cosas, con particular gracia le curaban la cabeza ensangrentada a un hombre al que se le habían ajustado las cuentas en el ardor de un baile y luego se marchaban a toda prisa como una bandada de pájaros. Tenían la costumbre de esconder en el moño de su cabello de color rubio teñido los billetes de banco que recibían de regalo... Las muchachas inglesas, como gatos de angora, realizaban su trabajo con precisión y bien entrenadas sobre el escenario. Allí seducía la «estrella de los Balcanes» con sus joyas falsas, se estiraba lánguida la alta mujer americana, la enviada de Sevilla lanzaba naranjas a los hombres y soltaba a voz en grito, como un papagayo, palabras españolas que ellos repetían entonces estúpidamente, mientras las cantantes de Pest rivalizaban en soltar obscenidades. A esas alturas, sus rostros habían empalidecido como una memoria cansada. Lo curioso era que aquí y allá, en los diversos rincones y ciudades del mundo, vivían mujeres mayores que endulzaban mis noches... (Por desgracia, por el establecimiento no pasaban mujeres que al día siguiente, con

vestiditos blancos que les llegaban hasta las rodillas, con un lazo en la cintura, con el pelo corto de las novelas sentimentales, leyeran con fervor y felicidad las diversas tesis de mi novela en un libro de tapa blanca, que las leyeran concretamente a sus novios que con los pantalones arremangados, con las piernas cruzadas, con el cabello rizado y con expresión interesada escuchaban la lectura interminable de sus amadas, concretamente en la isla de Margarita, sobre un banco bajo un álamo solitario cuyas hojas brotaban tarde y caían temprano, en una tarde de finales de agosto, cuando las chicas eslovacas barrían las hojas caídas y las juntaban en montones dorados y en mis obras la descripción, la pintura, la representación de la estación otoñal se presentaba dichosa y desdichada como la meta misma de la vida... Ese álamo solitario, tardío y temprano era yo, se alzaba en las proximidades de la antigua villa del archiduque José y simbolizaba mi vida que marchitaba temprano, con sus hojas que revoloteaban susurrando y se despedían ya a mediados del verano... Ese árbol era un hombre cimbreño y bizarro que había envejecido prematuramente y dejaba caer el verdor de su juventud en la plenitud de las alegrías. El viento iba y venía por su follaje como los pensamientos sabios por la cabeza del hombre avejentado. O sea que nunca leyeron de mis obras en las inmediaciones del antiguo castillo).

Margit era una mujer de origen húngaro, se enamoró de mí, se dio a la bebida y luego en más de una ocasión se dispuso a arrojarse al Danubio, apenas lograba yo alcanzarla a la vera de la ruidosa corriente en los amaneceres invernales. Cuántas veces atravesamos la ciudad después de una fiesta, de un baile, corriendo rumbo al Danubio, mientras ella tiraba su cartera, su abrigo, su sombrero, para que le fuera más fácil el salto fatal. Y cuántas veces me dije para mis adentros, como escritor joven que era (mientras ella se debatía entre los pensamientos, los delirios, los accesos suicidas a mi lado en la calle), que algún día sería un cómodo señor mayor, sentado en pantuflas junto a una lámpara de pantalla verde, sorbiendo vino tinto, escuchando el rumor del fuego en la estufa, en noches infinitamente silenciosas, y escribiría entonces la triste historia de Margit...

El destino me bendeciría con una esposa gorda que se levantara tarde y se acostara temprano y no se interesara por las hojas que yo llenara con los rasgos de mi pluma, y así podría sonar tranquilamente el laúd del recuerdo trayendo a las mientes a Margit que desde entonces se había convertido en un sauce llorón en el cementerio de una localidad a orillas del Danubio. Incluso en una gran urbe, lo primero que ve el molinero son las chimeneas de los molinos de harina; el escritor, con sus desdichados entuertos, con sus cuarenta grados de fiebre, no piensa más que poner todo ello en papel. Mi hijito balbucea y se agita en la habitación contigua, pero yo, con una pipa

larga, escribo sin prisa, masticando las ideas, la historia de la vida de la pobre Margarit.

Pero esta no era Margit... Ella me quería realmente, con ternura y locura, yo era el aire y el agua para ella, no podía dormir sin mí, y mientras se peinaba comprobaba en el espejo si estaba detrás de ella, pues se preguntaba si tenía sentido peinarse en mi ausencia.

Una vez se le metió en la cabeza que la iba a dejar...

En ocasiones les ocurre a las mujeres enamoradas. Lo sintió o lo soñó; lo cierto era que fue suficiente para que la atormentara cada día más el dolor por nuestra separación. Desde entonces no pude apartarme ni por un instante de ella. Llevábamos bastante tiempo juntos, yo vivía en su casa, comíamos y dormíamos juntos; durante el día le tomaba la lección a su hermanito, alumno de segundo de primaria. (Si mal no recuerdo, el pequeño huérfano se llamaba Alfréd; a su vez, Károly, que había cumplido ya los quince años, trabajaba de aprendiz en la compañía de electricidad). Así vivíamos los cuatro. Los niños en una habitación, nosotros en la otra. Ellos me llamaban señor Dubli, me traían cerveza y cigarrillos, y Alfréd, como un pequeño agente ejecutivo, iba a las casas de mis amigos con cartas en las que les pedía encarecidamente que me prestaran dinero.

Un día le escribí incluso a Palacki... ¿Por qué se me habría ocurrido pensar en ese tipo infame?

Palacki no envió dinero, sino que se presentó en persona, se ganó nuestra confianza con astucia y por la mañana volvió con nosotros a casa desde el local de diversión Párizien, de manera que le preparamos una cama en el canapé, con el resultado de que el hombre acabó instalándose allí.

En esa época me aproveché hasta cierto punto de la amistad con él, pues lo enviaba al amanecer en busca de Margit, cuando ella se echaba a correr de pronto en medio de la ventisca o de la niebla matutina rumbo al Danubio. El obeso Palacki casi se rompía las narices al lanzarse en pos de esa criatura ágil, rápida, que progresaba en un estado de trance, aunque siempre la pillaba finalmente a la orilla del río.

¿Por qué no dejé a Margit?

Hay preguntas que no tienen respuesta.

Por lo visto, había de ser así, había de ocurrir que en mi primera juventud, a los diecinueve años de edad, conociera los aspectos más extraños de la vida, que la mayoría de los hombres no llega a conocer ni al final de su existencia.

Repito que Margit, desde que se le metió en la cabeza que yo la abandonaría, no me soltó ni por un momento. Nuestro dinero se acabó pronto, claro está, Palacki comía y bebía como un tudesco, y los niños necesitaban ropa nueva de invierno. Como yo ya no podía salir a la

calle y, es más, había de permanecer en el local de diversión desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana, mientras durara el baile, y me quedaba sentado a una mesa del rincón, cerca de la orquesta, consumiendo cerveza con Palacki, y lo envidiaba a él porque le estaba permitido loquear con las mujeres del local y bromear con ellas a su manera, mientras yo ni siquiera podía lanzarles una mirada, porque tenía la sensación de que Margit me observaba desde lejos y, de hecho, aparecía enseguida y sus ojos centelleaban como los de una tigresa. En esas circunstancias el mantenimiento de la ya amplia familia descansaba sobre los hombros de dieciocho años de Margit. Luego me enteré de que una anciana orgullosa de sus orígenes y una muchacha que estudiaba bordado artístico también vivían de la venta de las flores de Margit en Pest, concretamente en el barrio de Józsefváros. Eran su madre y su hermana menor, quienes sin embargo jamás iban a ver a la pobre descarriada, es más, Margit tenía prohibido hablar de ellas. Alfréd hacía de mensajero; por las mañanas, antes de ir a la escuela, corría a la casa de la madre con un sobre que contenía parte de las ganancias de la noche.

Así las cosas, no era de extrañar que Margit tuviera preocupaciones que la atormentaban. Me di cuenta de que permanecía con los ojos abiertos de par en par a mi lado en la cama, de que iba vendiendo sus prendas y sus joyas, a veces nos quedábamos en casa por la noche, porque el vestido de seda de Margit estaba en manos de la costurera que no había podido remendarlo a tiempo.

Una estúpida casualidad precipitó la historia.

La casa en la que vivíamos en Pest estaba flanqueada por unos enormes árboles que llegaban hasta el tejado. En verano tenían un follaje inmenso, mientras que en invierno se helaba la nieve sobre sus ramas que con el viento ululaban de manera peculiar. Se nos habían acabado la leña y el crédito. Una noche, siguiendo una magnífica propuesta de Palacki, Károly y Alfréd talaron un árbol de delante del edificio y con grandes aspavientos lo trocearon y lo convirtieron en leña. La acción no pasó desapercibida. Citaron a los muchachos a la comisaría y los condenaron a diez días de reclusión. Margit casi se volvió loca por el dolor, pues adoraba a sus hermanos. Dedicó amargos reproches a Palacki, que se encogió de hombros riendo. «Tampoco estaría mal que los chicos permanecieran encerrados durante un tiempo, pero por lo que sé estas infracciones se pueden solventar abonando una cantidad de dinero». Por aquellas fechas, Margit ya se había desprendido incluso de su último anillo... Esa noche se vistió con particular cuidado, se esforzó por mostrar una sonrisa en los ojos llorosos y desesperados, solo muy de vez en cuando sacudió el sollozo su pequeño pecho. Parecía una pequeña mártir que subía al cadalso. Me pidió que esa noche evitara el local de diversión

si quería encontrarla con vida, se despidió con un abrazo amargo y apasionado junto a la puerta iluminada del Párizien en una esquina, un lugar muy adecuado para que las mujeres dejaran algún regalo en la mano de los hombres. También Margit me entregó todo su dinero para que no me faltara de nada en el transcurso de la noche. Me miró largamente, como alguien que deseaba morir, y entró por la puerta adornada con carteles extranjeros, imágenes de bailarinas que se movían de puntillas o volaban por los aires, el portero sarraceno cogió con gesto de aburrimiento la ficha de metal que servía a las mujeres empleadas en el local para entrar y salir.

Con un silbido llamé a Palacki, que me esperaba en una esquina.

Luego me reproché más de una vez haber dejado sola a Margit esa noche, ya que fue entonces cuando el destino de ambos dio un vuelco. Sin embargo, casi me alegraba de la inesperada libertad que había conseguido, de las estrellas que centelleaban en el firmamento invernal, de los policías con los abrigos de piel, de la música gitana que se filtraba por las ventanas de los cafés, del gran reloj iluminado en lo alto de la estación de Keleti. Llevaba meses y meses sin poder hacer con mi tiempo lo que quería. A punto estuve de abrazar a Palacki después de recorrer varios cafés, y ya no me repugnaban las mujeres con los tacones rotos del Emke que se emborrachaban con cerveza al lado de sus tenientes, bromeaban con el engominado primer violinista gitano y se enloquecían con las melodías de moda en Pest que los gitanos cantaban hacia la medianoche con los clientes, como tampoco las mujeres de Józsefváros del Bodó que bebían champán y masticaban almendras tostadas y que solían ser la causa de sangrientas peleas también hacia la medianoche ya que esas señoras tenían la costumbre de tomarle el pelo a los hombres, invitarlos con una copa de champán y excitar a ingenuos forasteros que al final se veían obligados a llegar a la conclusión de que no habían sido víctimas de las miradas provocadoras de señoras y muchachas burguesas, sino elegidos por mujeres de mundo sedientas de aventuras... hasta que se separaba a los luchadores, la orquesta se cansaba (bajo la dirección de Babári en persona), los padres achispados se mareaban, las madres comenzaban a sentir en las piernas embutidas en medias blancas la gran colada del día anterior, las señoritas suspiraban como si se despidieran de un mundo de hadas mientras les daban las buenas noches el baratillero apostado junto a la puerta... Y una última batalla con el cochero que a punto estaba de atropellar al grupo que se dirigía al otro extremo de la calle Baross; tampoco me repugnaban los jóvenes periodistas ruidosos y descarados que subían cien veces al día a la primera planta como si tuvieran asuntos importantes que resolver, aunque en realidad solo querían saber en manos de quién estaba la revista Izé que acababa de publicar su última obra; tampoco las

mujeres judías con sus ojos llenos de noche, sus plumas de garza, sus peinados sugerentes y sus mofletes rellenos que tan sentimentales parecían desde lejos en el Hungária y en el Kioszk, como auténticas heroínas de novelas que amaban, sufrían y morían en serio; en sus miradas residía tanta melancolía y ensueño como en los ojos de las mujeres incomprendidas que sufren en silencio y siempre anhelan algo diferente, más refinado, más interesante de lo que les ofrece la vida cotidiana; desde lejos parecían señoras que con labios anhelantes aguardaban al caballero que las salvara, mientras que de cerca eran tan vulgares, aburridas e incultas como en general el Corso de Pest al que tenían atadas sus vidas, como las demás adelfas polvorientas y hartas de vivir... Hace mucho tiempo ocurrió que me entusiasmaba por esos pequeños tobillos, por esos pliegues de faldas que se mecían sedosos, ligeros y frescos delante de los hoteles de la ribera del Danubio y estaba convencido de que se me produciría un milagro si uno de esos piececitos por azar me pisara el corazón con la suavidad de la espuma, pero luego las mujeres se quitaban los zapatos y las medias y las ilusiones se desvanecían.

Amanecía cuando Palacki y yo dejamos el café concierto en el que las mujeres se permanecían tan inmóviles y majestuosas como los pájaros de ojos de cristal en sus sombreros. Había olvidado la advertencia de Margit, solo abrigaba gratitud y el deseo de darle una alegría a esa criatura desdichada y sacrificada. Imaginé que enseguida aparecería su bella carita, sus ojos tristes, su boca tendente al lloro y ella me vería con las primeras luces del alba... Palacki y yo estábamos al acecho junto a la entrada del Párizien.

Las farolas semejaban cadáveres blancos en la calle emblanquecida. A veces se apagaba una de las dos bolas de cristal, la lámpara crepitaba, se esforzaba y luego realizaba su obligación de mala gana, como un sereno al que acaban de despertar; desde abajo, desde el subsuelo, se oía una frenética música de baile, como si hubiera llegado la hora de la última danza. Imaginé cómo revoloteaba con sus piernas de gacela, con su vestido de papagayo, Fedra, la fenomenal bailarina de Florida. Las mujeres vienesas, rubias y gigantescas, con sus blusas blancas, que después de medianoche tejían medias a rayas cuando el negocio iba mal, jadeantes, sudorosas, borrachas, enloquecidas, levantaban el polvo y los volantes de las faldas a ritmo de vals. Algún forastero rico debía de llegar esa noche...

Los cocheros con sus miradas de buitre se golpeaban las mangas de sus abrigos de piel, mientras los caballos dormían bajo espesas mantas. En la acera de enfrente, una ancianita empujaba avanzando a pequeños pasos un cochecito de bebé, en compañía de una joven y esbelta virgen. Iban a la imprenta en busca del periódico de la mañana, en el que una vez más yo no había escrito nada.

El portero sarraceno se despertó de golpe, hizo una seña a los cocheros, y abajo se abrió la puerta de cristal esmerilado. Primero sacaron a una muerta... Los encargados de la guardarropía, que ya se habían quitado el uniforme de color escarlata con que los vestía el ambicioso dueño, subieron a toda prisa por las escaleras un fardo de enormes dimensiones, como si tuvieran que transportar a la difunta antes de que aparecieran los clientes que se despedían. Era la señorita Sauer, una vienesa, que había permanecido tumbada en la guardarropía después de haberse sentido mal bebiendo y bailando vals. En una ocasión, fue antes de Margit, me dedicó una noche y no paró de explicarme lo bonito que era andar en coche por el Prater al amanecer, pero solo en septiembre, cuando las hojas de los árboles caían como tarjetas postales ilustradas. Era muy triste que no pudiera volver a casa para morir, donde cantaban El Danubio azul y las paredes del domicilio familiar estaban adornadas con retratos del viejo Johann Strauss.

Los encargados de la guardarropía llevaron el cadáver hasta el portal de una casa vecina, que abrió el conserje que ya estaba al tanto de lo ocurrido.

A continuación, la puerta de cristal esmerilado se abrió de forma definitiva, y en las escaleras se oyó el bullicio habitual después de los bailes. Muchos silbaban, otros tarareaban tambaleándose, algunos gritaban palabras incomprensibles. El público arrugado de una orgía, la basura de una sala de baile subterránea, la clientela frívola y ruidosa de una noche metropolitana inundó la calle. Yo conocía esos rostros pálidos, prematuramente marcados por la pesadumbre y la marchitez. Todas las noches veía esos ojos pintados, esos labios rojos, esas orejas coloradas, esas barbillas afeitadas, esos cuellos desplanchados, esos fracs sudados, esos zapatos de baile polvorientos, esos pañuelos sucios metidos en los puños, esas carteras con las orejas separadas, esas flores blancas como muertos, esas joyas y perlas de brillo apagado, esos peinados desarreglados, y siempre me preguntaba adónde se dirigirían todos ellos, adónde irían a descansar con el fin de volver a cobrar vida para la noche siguiente las caras y las suelas de zapatos, los humores y los ojos, las joyas y las faldas blancas... Los cocheros cerraban con estruendo y dándose pote las puertas de los vehículos tras las parejas que se habían subido. A voz en grito se dirigía una mujer a la otra, quedando para esa misma tarde o comentando algún detalle de las tareas domésticas. Esos cuerpos fláccidos y cansados todavía se consagrarían al amor, se besaban las bocas hediondas, los bigotes mustios, la calesa se alejaba con la novia y el novio de las farolas del Párizien rumbo a las casas de Pest sombrías y cubiertas de nieve que se perfilaban a los lejos, una habitación de hotel esperaba a los peinados desgreñados, esos zapatos

de baile que a veces se perdían, esos guantes deslucidos, y el criado con los ojos enrojecidos encendía allí la estufa, mientras que los provincianos de la habitación contigua ya preparaban el equipaje para marcharse con el tren de la mañana... Ay, cuántas veces me despertaba de mis aturullados sueños en cuartos extraños al lado de caras extrañas a las que en un primer momento ni siquiera reconocía y tardaba un buen rato hasta cobrar conciencia de cómo había ido a parar allí en el delirio del alcohol y de los excesos... Tenía que agarrarme de lo poco que me quedaba de embriaguez para no ponerme a gritar desdichado, asqueado, lamentándome como un niño apaleado.

Capítulo décimo

en el que el señor Dubli acaba su relato

De pronto, Palacki me cogió del brazo.

Margit salió por la puerta del local. Llevaba una chaqueta y un pañuelo fino sobre la cabeza, pues había dejado su abrigo de piel en prenda en una casa de empeños. Se tambaleaba como si estuviera borracha. Un hombre insignificante, con bigote de gato, abrigo de piel corto y botas, la cogía del brazo con fuerza, hasta que apareció Svarc, el cochero de siempre. Mientras se subía al coche, Svarc le señaló con el látigo la dirección en la que me hallaba en compañía de Palacki bajo la farola de la esquina. Margit miró por la ventanilla con el rostro pálido de un muerto. Jamás olvidaré esa mirada rígida, aterrada, como si hubiera visto algo terrorífico. Y el vehículo se puso en marcha como si la llevara al patíbulo y yo nunca volviera a verla...

—¡El carnicero! —dijo Palacki al cabo de un rato—. Hace tiempo que lo veo rondando a Margit. Y finalmente ha conseguido su objetivo.

—¡El carnicero! —exclamé, y podía haber preguntado a Palacki por qué no me había avisado antes, el día anterior, por ejemplo... Sin embargo, no dije nada, pues yo también estaba al tanto del carnicero, que solía enviar toda clase de exquisiteces, blusas de seda y vinos de calidad a Margit. Es más, en una ocasión se presentó personalmente, mientras yo me encontraba con Palacki y con el niño en la habitación contigua, y entonces armamos una bulla considerable, volcamos sillas y la mesa, tras lo cual Margit nos agradeció con ojos llorosos que hubiéramos echado a la calle al carnicero.

Por mucho que deseara sentirme infinitamente desesperado, no podía. Tenía la sensación de que la muerte estaba librando a alguien de terribles sufrimientos. Golpeaba a una pobre enferma del corazón tras largos padecimientos, a una mujer herida y sumida en la desesperación que se asfixiaba, que se dolía... En todo caso, era mejor para ella, mientras que nosotros (¡gracias a Dios!) seguiríamos con vida y llevaríamos el duelo en silencio. Sí, también sobre esto escribiría yo, cuando lleno de experiencias y harto de vivir me retiraría a los cuarenta años a mi finca en el pueblo. Buenos perros cuidarían la casa, a veces me humedecería los labios resecos con vino tinto, y entre dos velas y en silencio redactaría con una pluma de oca mi obra maestra... Y la escritura me consolaría de todos los sufrimientos terrenales.

—¿Adónde he de ir ahora? —pregunté a mi amigo.

Palacki soltó una risa cínica.

—¿Adónde? A casa, a ver a los niños. Mañana es domingo, Alfréd tiene que ir a misa, Károly tendrá que ponerse camisa nueva, y Margit volverá como muy temprano a mediodía.

Casi me sentó bien contar con un pretexto para volver a la casa en la que, de hecho, tras las experiencias vividas, no debería haber puesto el pie. ¿Qué podían hacer las criaturas si todo el mundo las abandonaba un domingo por la mañana? Palacki tenía toda la razón. El pobrecito Alfréd necesitaba una formación religiosa y yo estaba dispuesto a mandarlo a los jesuitas para que se confesara.

—¿Y tú adónde vas?

Palacki me miró a los ojos con desprecio.

—A mí no me necesitas en la escena que se desarrollará entre la mujer que regresa a casa y tú. En mi presencia os costaría más reconciliaros.

—¿Tú crees que la perdonaré?

Palacki soltó una risa alegre:

—¿Qué motivos tendrías para enfadarte, viejo amigo? Es algo que pasa todos los días. Ocurre cientos de veces en Pest. Un hombre inteligente entorna los ojos tranquilamente y se alegra del buen almuerzo que le espera. A cuántas mujeres respetables e incluso distinguidas conozco yo en Pest que mantienen de este modo a sus hijos y a sus maridos. Créeme, son ellas las que llevan una vida familiar ejemplar, cálida y afectuosa, no la llamada pobreza honesta que se pasa el día entero a la greña...

No me atreví a dejar a Palacki. Dios mío, si me hubiera quedado solo, habría cometido una locura. Se despertaría en mí el caballero, el criado en una buena familia y educado en un colegio de curas, el joven que merecía algo mejor y obraría tal como se lee en las novelas...

—Teniendo en cuenta la diferencia social —continuó Palacki su lección—, hasta podrías golpear a Margit, si se dejara. Existe desde luego una distancia considerable entre tú y el carnicero... ¿Será porque el carnicero tiene dinero?

¡Oh, cómo escuchaba yo al malvado de Palacki en esa madrugada bajo el enorme reloj de la estación Keleti! Como a un profeta, como al hombre más sabio de Pest.

—La mujer no debe nunca engañar por debajo de su rango social, ya que los hombres engañados se avergüenzan sobre todo por la diferencia de clase —dijo Palacki, enunciando así una verdad eterna —. Eso sí, ¡no conviene tomarse tan en serio la vida! Hay que leer a los hombres de letras, hijo mío. En tu tiempo libre, coge el Zaratustra, y la vida enseguida se te hará más soportable. El ser humano vive para sí solo y muere para sí solo. Alégrate de que las mujeres de mala vida no hayan contaminado tu sangre como la mía, hasta tal punto que

pronto comenzará a desprenderse de mí la carne.

¡Continúa, Palacki, canalla sabio, tranquilizador, insuperable, altivo y cínico! Palacki, sin embargo, bostezó:

—Yo también me voy ahora.

—¿Adónde?

—He conseguido algo de dinero, así que me buscaré una amante en esta gran ciudad.

Se escondió tras el cuello de su abrigo, dobló el pequeño bastón y lo metió en el bolsillo, se marchó orondo y con el sombrero ladeado en el crepúsculo matutino, echando vaho y dejándome solo con mis torturantes pensamientos. Regresé a casa de puntillas... Me acosté en la cama solitaria y me quedé pensando en las mañanas sobrias, soleadas, alegres y armoniosas del futuro, en las que sería sabio como Palacki y pasearía con las manos juntas a la espalda por una alameda.

De pronto se abrió la puerta y Margit entró en la habitación, desgarrada, rasguñada, enloquecida, con el vestido hecho jirones, como si se hubiera peleado con unos buitres, se desplomó junto a la cama y se apoyó en el último lugar que le quedaba para descansar en su estado de extenuación: mis pies.

—Si no te hubiera encontrado en casa, me habría matado.

Primero la golpeé, luego la cogí en los brazos, la abracé con tal intensidad y amor, con tal fervor que parecía que llevara años sin ver a una mujer.

Si tuviera que justificar ante el juez del más allá por qué actué de ese modo, no sabría explicárselo a ese supremo tribunal. Probablemente viven misterios alrededor de nosotros, dentro de nosotros, seres malvados y desconocidos, espíritus malignos que se alegran de los males del otro, gnomos abyectos, arañas de panza negra y ojos sanguinolentos que espían desde sus telas y aprovechan nuestros momentos de debilidad para echarnos un lazo en torno al cuello. Según el abecedario del mundo antiguo, Margit merecía un frío cuchillo entre los ojos mientras que yo le cubría el rostro de besos llenos de lágrimas. Según la receta de las novelas y de las enseñanzas sociales, debería haberme despedido con frialdad y no haber intercambiado ni una palabra más con ella. Yo, sin embargo, la abracé apasionadamente como un tesoro encontrado en una noche robada.

Nadie conoce el corazón humano... Nadie conoce a los amantes de las mujeres jorobadas, cojas, ciegas... Nadie conoce a los enamorados locos por las granujas caídas, por las marcadas por la sociedad, por las definitivamente depravadas en lo moral... Y eso que existe un malvado delirante y oculto que recorre los sueños de los hombres honrados y correctos, los cuales se despiertan a la mañana aterrados por los horrores cometidos en los sueños... ¿Quién no ha cometido en sueños actos que contravienen los artículos de la Ley?... Mirad el gran libro

egipcio de los sueños, que no se escribió para gente enferma de los nervios, sino para ciudadanos de frente amplia, orgullosos de su honestidad, para las almas castas del pueblo y para ancianos que supuestamente habían renunciado a las maravillas del amor. Mirad bien el gran libro de los sueños: ¿para cuántos actos oníricos criminales propone un número de la lotería el intérprete de los sueños?

En aquella época en que Margit comenzó su singular vida, yo creía estar siempre soñando... Me creía feliz y contento las vulgares mentiras que se inventaba para tranquilizarme. A menudo la obligaba, por ejemplo, a jurarme que solo me quería a mí en el planeta Tierra y que no mantenía relación amorosa con nadie más.

Margit simplemente lo negaba todo. Se sabía miles y miles de mentiras, juraba en falso, con sus caricias despejaba de mi frente los nubarrones del miedo y de la preocupación, me preguntaba tranquilamente si dudaba de ella a pesar de que lo había sacrificado todo por mí, me sorprendía con un alfiler de corbata que había recibido de regalo del carnicero y jamás olvidaba introducir unos billetes de banco en mi cartera cuando me dejaba solo por la noche después de que cenáramos juntos, bromeando felices, con los niños, y Alfréd corría diligente, como un fiel paje, con la cerveza recién servida... Por esas fechas yo ya no salía por las noches. Me ponía las pantuflas cuando Margit se marchaba, acostaba a los niños, cerraba con llave y me quedaba largo rato fumando en pipa en un sillón, pensando en las locuras de la vida. Fuera caía copiosa la nieve en torno a las farolas de gas, algún carruaje que se había perdido por nuestra estrecha callejuela avanzaba como un barco en medio de la tempestad con su linterna rojiza, con la cubierta nevada y con un pasajero probablemente desdichado, el caballo a duras penas se movía, el cochero que parecía un monigote de nieve... En mi corazón se despertaban cálidos sentimientos familiares, tapaba a los niños y creía que así viviría hasta los últimos límites de la edad de un hombre. Y dejaba encendida la lámpara de la noche, pero Margit no volvía, solo por la mañana, tarde, enloquecida, despeinada, llorosa, de tal modo que apenas hallaba yo palabras para consolarla.

Aun así, seguíamos viviendo, y habríamos continuado a nuestra manera, pero el destino trajo a Palacki de vuelta a nuestra casa y entonces comenzaron nuevas pruebas.

Llegó harapiento, hundido, como un vagabundo que yerra por la periferia de la ciudad. No mencionó ni con una palabra por dónde había andado durante semanas. Se tumbó en su sitio de siempre sobre el sofá y comenzó a roncar largamente, mientras se revolcaba en sus sueños. Después se puso a soplar como un trompetista, ahora una marcha fúnebre, luego una melodía nupcial, tocaba largas fugas con

habilidad, eran envidiables su calma y su salud. Luego, sin embargo, se despertó, se enteró frunciendo el ceño de lo que había ocurrido en la casa durante su ausencia, se mostró sombrío y taciturno durante un rato, hizo crujir los dedos como si rompiera unos huesos.

—Esto no puede seguir así. Tiras la vida bebiendo y durmiendo.

Esa noche, cuando a petición de Palacki me puse el sombrero para dar una vuelta por la ciudad, Margit estaba fuera de sí por la desesperación. Me rogó, me suplicó con las manos juntas que me atuviera a mi costumbre de acostarme temprano, porque era bueno para mi salud. Yo, no obstante, le respondí:

—Basta ya del carnicero. Esto no puede seguir así.

Palacki y yo bajamos las escaleras del brazo.

Cuando llegamos a la calle, se abrió la conocida ventana en lo alto, Margit (a la que habíamos dejado vistiéndose) se asomó con los hombros desnudos a la fría noche invernal.

—¡Vuelve enseguida! —gritó.

No le respondí, claro está.

Y entonces se produjo un instante inolvidable de mi vida: Margit saltó por la ventana.

Vosotros, cínicos y sabihondos que siempre dais en el clavo, bien podéis asegurar que se trata de una historia de todos los días: todas las mañanas sale en los periódicos que una mujer caída ha bebido soda cáustica, se ha arrojado al Danubio o se ha tirado por la ventana. Margit, sin embargo, era diferente... Muy diferente... En la vida no ocurre con frecuencia que una mujer se lance por la ventana por amor a un hombre. No importa qué rumbo tome mi vida: ese instante no lo olvidaré jamás, tampoco cuando sea un hombre serio y profundo, y en una tarde otoñal el álamo que espera resignado los primeros amaneceres helados contemple mi ventana prometiendo bella vida desde el jardín que se marchita con delicadeza, silencioso como una monja, cubierto de guijarros y acostumbrado a pies discretos, y las flores del arriate deseen acabar ya en el devocionario de ancianas solteras, y en la habitación contigua den vueltas la máquina de coser y la costurera, y mi esposa ronronee perezosa, blanca, apenas audible... Margit se plantó en el alféizar de la ventana, en camisón, nívea, con los brazos abiertos y la mirada fija en el cielo, terrorífica como los mártires e inconsciente como los niños y dio un paso al vacío adelantando las piernas con decisión... Voló como una mariposa blanca... Voló como una pesadilla que petrifica el corazón... Voló como un espanto acercándose más y más al suelo pavimentado con adoquines grises, tercos y mortíferos... Cayó en el sitio en el que había un pequeño montículo de tierra cubierto de nieve donde días antes se había talado aquel árbol. Gimió, balbuceó, soltó un ay, golpeó primero con los pies y luego con la cabeza el suelo helado... En un instante la

tenía en brazos y ella me miró con los ojos anegados en lágrimas, me miró con gratitud y dolor como una niñita.

Abrí la puerta empujando con el pie y subí corriendo a la primera planta con mi preciosa carga.

El médico, convocado por Palacki, diagnosticó fractura de piernas, pero enseguida recomendó también que llamara a una comadrona.

—¡Una comadrona!

Quienes estábamos en la habitación corrimos en otras tantas direcciones y pronto cuatro matronas subieron jadeando las escaleras.

Desde entonces corrí varias veces en busca de una comadrona, cuando mis damas así lo deseaban, pero aquella vez fue la primera, apenas había cumplido los veinte años y esperaba un milagro de la presencia de la partera, puesto que la llegada de esas mujeres sonrientes y tranquilas suele estar relacionada con un fenómeno natural que nosotros los hombres no entenderemos jamás. Las ancianas matronas se orientan con seguridad en el laberinto de los sufrimientos femeninos, mientras que nosotros, los varones, solo conocemos los placeres y las maravillas que brinda esa textura entrañable, débil y pobre llamada el organismo femenino.

Las sabias mujeres, al darse cuenta de que eran cuatro, se ofendieron y se enfadaron con nosotros por haberlas hecho acudir a toda prisa y solo después de muchas súplicas se quedó una junto a la lesionada, la que había llegado primero.

Era una mujer morena, sombría y taciturna, como la Parca que tiene en sus manos las tijeras en las imágenes vivientes de provincias, permaneció media hora más o menos junto a Margit, vertió agua, se puso un delantal, iba y venía con aire serio en la cocina ante el agua que se iba calentando. Al final me comunicó, siendo como era yo el cabeza de familia, que Margit había sufrido un aborto a raíz de la caída. Y en ese feto, mi primer hijo, al que jamás llegué a ver y del que nunca nada más supe, salvo que llegó y se marchó, seguiré pensando a veces cuando sea viejo y melancólico como el barón Zsigmond Kemény, el novelista en el monte Sváb. ¿Qué habría sido, niño o niña? ¿Feliz o desdichado? ¿Qué carrera, órbita estelar, parábola celeste le estaba destinada en el gran libro del universo que registra las pequeñas almas que se dirigen a la tierra? Tal vez me lo habría encontrado cuando fuera un joven gallardo, como en las novelas francesas, y habría sido mi más fiel amigo...

Estuvieron cuidando a Margit durante una semana aproximadamente.

Me exigió que me acostara a su lado en la cama, mientras que Palacki había de levantarse a menudo de su diván, refunfuñando y bostezando, para salir corriendo en busca de la comadrona. Los chicos, que vivían entonces sin ataduras, se iban a callejear lejos de casa o

permanecían en la cocina como pajaritos abandonados. Y mientras Margit dormía la siesta, yo plasmaba su desdicha en un relato para una agencia que suministraba crónicas a los periódicos de provincias. (Mi relato, por lo que supe más tarde, apareció realmente con letras espaciadas en el periódico de Selmecbánya y comarca.) Cobré diez forintos por el trabajo y esa noche celebramos un banquete.

Al cabo de unos días, un alguacil de abrigo marrón y mostacho enorme se presentó en nuestra casa. Traía una citación del tribunal para Margit. Ella soltó un grito, se desmayó, y nosotros despachamos al hombre, al que en las viviendas de Pest desde luego no se recibe con la misma alegría que al cartero que trae la paga.

Margit jamás había mencionado que tuviera algún problema con la ley. Sin embargo, tal como averiguó Palacki, que había trabajado en un bufete de abogados, las investigaciones ya habían concluido, y Margit era citada como acusada a la sede del tribunal en la calle Markó. Por supuesto, enseguida llegamos a la conclusión de que no podía presentarse debido a sus fracturas.

¡Pero no Margit! Entre sollozos se dispuso a bajarse de la cama y declaró que se presentaría ante el tribunal aunque fuese arrastrándose, porque no quería que ellas siguieran sufriendo por su culpa. Sin embargo, ni con tenazas se le podía sonsacar quiénes eran ellas. Conociendo la testarudez de Margit, no nos quedó más remedio que buscar un abogado recorriendo las calles y mirando los rótulos en los edificios, hasta que dimos con el despacho de un letrado de apellido alemán y nombre de pila Emil, un joven rubio, cimbreño, con cara de ciervo, ojos azules y manos blancas, que parecía más un médico que un letrado. Prometió con calma y frialdad que estaría allí en el juicio...

Era una mañana neblinosa de febrero. Margit se levantó al amanecer y se vistió cansada, cojeando, pero sin quejarse. La bajé en brazos por las escaleras, la introduje en el coche de alquiler frío, y Palacki y yo nos sentamos flanqueándola.

Fue un largo camino hasta el tribunal. La niebla y el vaho cubrían la ventanilla del carruaje, y los habitantes matutinos de Pest iban con cara aburrida y amargada en pos de sus asuntos. En el fondo de las tiendas todavía ardían las lámparas. Después de la noche, la ciudad parecía como desmayada, parecía un enfermo convaleciente. No sé cómo se podía soportar con la mente despejada esa espantosa mañana invernal. Tal vez por eso mueren tan prematuramente los habitantes de Pest: porque andan en las mañanas de febrero por las calles en vez de comenzar la vida urbana hacia el mediodía. Van todos tan harapientos como el lavador de perros. Las mujeres están cubiertas de barro. Los hombres junto al coche de transporte de carbón, con los sacos sobre la cabeza, con los delantales de cuero, con sus trapos parecen tan miserables como los esclavos a los que solo se les permitía

circular por el interior de la ciudad a primera hora de la mañana, cuando sacaban el carbón de los almacenes de los judíos y lo repartían por la población. Quiénes recordaban a esa hora el poema de József Bajza:

Arriba esperanzas y fantasías,
imágenes, deseos, sentimientos,
en la mañana de hechizo de mi vida.

Creo que yo era en ese momento el único en Budapest capaz de evocar esos tres versos. Los decía rápido para mis adentros, como una plegaria.

El tribunal estaba lleno de pasillos por los que erraban las almas de los condenados, soplaban las llamas de gas y avivaban el fuego, mientras el frío de la cárcel silbaba en las corrientes de aire, las puertas chirriaban y resonaban todavía después de cerrarse por última vez tras los sentenciados a cadena perpetua, el ujier tenía la cara del color del moho, el juez se mostraba sombrío como la conciencia devenida esqueleto.

En la sala del tribunal, en la que introdujimos a Margit del brazo y la sentamos en una silla con asiento de rafia, se revelaron los siguientes hechos.

La madre de Margit —mujer orgullosa de su respetabilidad que jamás se relacionaba con su hija— estaba sentada en el banquillo de los acusados, junto a un guardia armado. Es posible que en la calle o en cualquier otro sitio nadie se fijara en esa anciana insignificante, rota por las preocupaciones, por la pobreza, por la cárcel. En el banquillo de los acusados, sin embargo, todos son personas ilustres. Aquella anciana llamaba también la atención por sus gestos distinguidos, el orgullo inquebrantable y la actitud arrogante que mostraba ante su hija Margit. La pobre Margit que, si no hubiera sido por las piernas fracturadas, sin duda se habría acercado corriendo a su querida madre y se habría arrodillado ante ella. Sin embargo, la vieja reaccionó con desdén a la mirada suplicante de la hija y le dio la espalda fríamente, después de mirarnos de arriba abajo con desprecio asesino a nosotros, que nos habíamos instalado detrás de Margit.

La hermana menor de Margit, una señorita sedosa de ojos negros, vestida de manera llamativa, también tomó asiento en el banquillo de los acusados. Por mucho que intentara relacionarlas, las jóvenes no parecían hermanas, incluso más bien extrañas, aunque quizá también contribuyera a ello la vestimenta. (Y también, tal vez, los sentimientos más íntimos.) Margit, con su sencillo vestidito negro, su rostro pálido por la enfermedad y la tristeza, su mirada cálida y suplicante, semejaba una mártir dispuesta a todo, incluso a la muerte. En la cara

de la hermana, en cambio, el odio, la amargura y la rabia se mezclaban con la indiferencia. Me lanzó una mirada maligna, y pensé que era a mí a quien más odiaba en toda la sala.

Los hechos resultaron ser los siguientes: la viuda de János P. y su hija robaron prendas de seda en varias tiendas del centro de la ciudad. Blusas, faldas, encajes, medias. Y en la tienda Cérna & Co. las pillaron, encontraron prendas robadas debajo de sus faldas y de sus abrigos. Las acusadas admitieron los hechos y quedaron detenidas.

Aguardamos con curiosidad, deseosos de saber qué papel desempeñaba Margit, quien desde luego no había participado en el robo, puesto que no mantenía contacto alguno ni con su madre ni con su hermana. El omnisciente tribunal pronto dio una respuesta. La viuda de János P. confesó en la comisaría que había enviado de regalo una blusita a su hija mayor, que vivía lejos, y un detective espabilado encontró la carta de agradecimiento de Margit.

—¿Es cierto? —preguntó el juez.

—Sí —respondió solícitamente Margit.

Se levantó entonces el abogado rubio y trató de explicar al tribunal que la joven pudo aceptar de regalo una prenda que le enviara su madre, pero ignorando desde luego su origen. El tribunal tuvo en cuenta la circunstancia atenuante y condenó por tanto a Margit P. a una semana de reclusión por el delito de receptación. Margit declaró que aceptaba la condena, pero solicitaba la liberación de su madre y de su hermana, ya que sus hermanos pequeños se quedarían solos en casa, sin la debida atención y vigilancia. El tribunal decidió que la viuda de János P. permanecería en prisión y puso en libertad a Erzsébet P... Margit agradeció el sentido de justicia del tribunal.

¿Qué sabéis vosotras, muchachas que os aburrís en los chalés y palacios allá en la Colina de las Rosas que se pierde en una bruma azul y parece salida de unos cuentos o bajo el follaje fresco o tibio de la Avenida, ante vuestros pianos o sobre vuestros libros, escuchando las nimiedades de vuestros cortejadores de cara afeitada? ¿Sabéis que lejos de vosotras viven mujeres en las cárceles y jamás pueden ver los magníficos días de principios de otoño, cómo se torna más y más delicado el encaje de los árboles, cómo revolotean las hojas doradas sobre el sendero cubierto de grava, cómo se blanquea el pequeño banco bajo los arbustos verdes y amarillos mientras el parque inglés se estira con la somnolencia indolente de la felicidad, cómo hacen tictac los minutos, las horas, los días tal el inmutable amor eterno? ¿Qué sabéis vosotras del sufrimiento y de la miseria de los seres humanos? Vosotras que veis la luz del mundo en cunas entre encajes bordados con mimo y toda clase de cintas extravagantes, que escucháis nanas canturreadas por labios despreocupados y el tintineo de relojes musicales y de pequeños organillos, que os divertís con papagayos que

levantan la voz y el plumaje allí donde la criada con la cofia blanca hace sonar la plata y la porcelana, que luego, cuando vais creciendo, aprendéis de curas con boca de oro, de confesores ocultos en las iglesias en qué consiste una vida conforme a la moral, y mientras vuestros pequeños pechos comienzan a abombarse bajo los vestidos, escucháis cómo a los pies del chalé, en el camino bañado en colores verdes y dorados, los pretendientes delgados como una piragua ligera os cantan una balada, a vosotras que recibís invitaciones con bordes dorados para el baile de los jurisconsultos y también para la regata. Vuestros zapatos, vuestras medias, vuestros estados de ánimo son siempre blancos, y en vuestras habitaciones reina el ambiente de las fiestas de mayo, y vuestro cabello es rizado por las tenacillas de la peluquera y vuestra curiosidad por el cotilleo, pero ¿qué sabéis vosotras de la vida en las prisiones?

Palacki y yo acompañamos a Margit a la oficina del alcaide situada en el subsuelo y dejamos en sus manos el destino de la pobrecilla. Un apretón de manos, una sonrisa agradecida, y tardé veinte años en volver a ver a Margit.

—¿Sabe usted de dónde vengo? —me preguntó el otro día una mujercita pálida, marchita, pero de ojos vivaces, al entrar en mi habitación—. De Márianosztra.

Desde luego, no pareció muy satisfecha con mi recibimiento, porque continuó de la siguiente guisa:

—¿No me conoce? Soy Margit Puskás.

—¿Y cómo fue a parar a Márianosztra?

—Maté a mi marido... Me vengué en él, en vez de hacerlo en usted. Usted tiene la culpa de todo, de mis sufrimientos, de mis miserias, de mis encarcelamientos. Tendría que haberlo matado a usted...

No suelo perder la sangre fría, pero la insolencia de esa mujer ya entrada en años me enfureció. De hecho, no la había reconocido aún, ni siquiera recordaba aquellas locuras de mi juventud, cuando de pronto me acusó del crimen que había cometido. Estuve a punto de enseñarle la puerta, pero me faltó coraje para ello. Confieso que cuando me hallé frente a aquella mujer que me había dominado con un poder tan tiránico en mi juventud volví a caer bajo la influencia de su personalidad violenta, insensata y delirante. Nadie sabía atacar como ella. Nadie podía ser tan intrépida... ¡Veamos al menos el delirio que enturbió la mente de aquella pobrecilla! La invité a sentarse y Margit me contó entonces la historia de sus últimos veinte años:

Después de despedirse de mí, cumplió la condena en el hospital de la prisión. Bien hice en no visitarla en la cárcel, porque fue entonces cuando llegó a la conclusión de que yo era el causante de todo y probablemente me habría estampado la cabeza contra el muro. ¿Por qué la abandoné?, me preguntó. Si la hubiera querido de verdad,

tendría que haber entrado con ella en el presidio. (Mientras escuchaba sus palabras, recordé el antiguo rostro de Margit, su capacidad de sacrificio, su entrega infantil, su espíritu familiar dócil y navideño. Dios mío, ¡cómo cambian las mujeres cuando dejamos de verlas durante mucho tiempo!)

—Si eres una verdadera cristiana, no puedes hablar así conmigo —le dije, a la defensiva.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tú eres el causante de mi desdichada vida —respondió la mujer y me miró con tal determinación que parecía poseída.

No pude hacer más que seguir escuchando su relato lleno de alucinaciones, de locuras y fantasías femeninas. Se me acercó en el asiento y me clavó los ojos que semejaban dos cuchillas, cual si procurara que no me perdiera ninguna de sus palabras, como una tejedora el punto. Ya ves, Dubli —dije para mis adentros, como siempre que me veía en un brete—, te ha tocado la lotería.

Contó entonces Margit que después de salir de prisión estuvo vagabundeando durante un tiempo por las provincias. No se atrevía a mirarle a los ojos a nadie en Pest, a pesar de que su tragedia solo quedó registrada en un periódico recóndito, El Pequeño Capitalino. Recorrió las ciudades del norte de Hungría, como cajera de cafés. Dio muchas vueltas sin recordar luego ni una de las torres y campanarios, ni una de las calles y monumentos de las diversas localidades. Solo quedó en su memoria qué número y qué insignia tenía el regimiento de infantería estacionado en esa ciudad. Un tanto se acordaba también de los primeros violines de las orquestas gitanas. Mientras ella hablaba, yo pensaba en los hombres a los que Margit conoció en aquellas pequeñas ciudades lejanas y románticas. Cuántos eran, cuál era su profesión, cómo los trató esa mujer pequeña y violenta que, a pesar de contar yo con el sabio Palacki como amigo, me había dominado con tal facilidad que solo por un milagro logré zafarme de su poder. Se me apareció la triste imagen de hombres de nervios débiles. ¡Cuántos se habrán arrojado sollozando sobre el picaporte de la puerta que en provincias se encuentra en la parte trasera de los cafés, donde reside el hada de la caja! Sin duda hubo celos, peleas tabernarias, rivalidades juveniles por aquella dama que acababa de llegar de Budapest, y más concretamente del local de diversión Párizien. Los oficiales de infantería hacían sonar los sables en su honor, pasantes de abogado le lamían los sellos, chalanes borrachos abrían sus carteras o incluso le daban a alguien en la cabeza con el taco de billar en su honor y el galán mostraba todo lo que sabía, mientras burbujeaba en la copa el champán... Y cuando el tren la llevaba de una ciudad a la otra y ella dejaba atrás trapos usados, polveras vacías, cajas de baratilleros que le habían dado como

recuerdo, me maldecía al considerarme el responsable de su destino. ¡Es una maravilla que las mujeres siempre tengan a alguien a quien puedan atribuir su ligereza!

Al final, Margit decidió romper con ese modo de vida.

O quizá no fue ella quien decidió, sino el azar, al que luego se lo llama determinación.

Daba vueltas por entonces por la región del Transdanubio. Por supuesto, también allí llegó al anochecer, mientras algunos señores mayores y algunos jóvenes galanes bebían cerveza en la estación, y esos hombres enseguida se percataron de la presencia de la recién llegada cajera del Bola de Oro o del Rey de Hungría. (¿Quién sería el primero en conocerla?)

Y Margit conoció en la pequeña ciudad transdanubiana a un camarero rubio y consiguió que el hombre se casara con ella.

Contemplé un retrato del buen joven. Era de suponer que sus ojos eran azules y tenía el cabello espeso, cortado con suma corrección, militarmente, bigote retorcido de manera impecable y cara redonda. Un joven que en el ejército acabaría siendo suboficial y en la restauración sin duda camarero jefe, con la honestidad dibujada en el rostro. Y a veces imaginaba llegar a ser dueño de un establecimiento en Szombathely o en Pozsony, y entonces ya no tendría problemas en la vida, porque seguiría trabajando y cansándose, pero todo para su propio bolsillo.

Ede —que así se llamaba en vida la pobre víctima— no había visto desde su infancia más modelos que los de sus jefes. Estos contaban los céntimos con ojos de rapaces, juzgaban el mundo desde la mesa situada en el rincón más oscuro del café, identificaban las fichas de dominó y las cartas con solo verles el dorso, igual que a sus clientes, vivían como sanguijuelas glotonas sobre la burguesía de la ciudad, llevaban puesto con suma dignidad el bonete negro, acercaban hacia la medianoche la silla a la mesa de los ciudadanos más distinguidos, engordaban con hígado de oca a sus esposas de por sí gordas, enjoyadas con anillos de oro y diamante, las hacían salir con vestidos blancos en verano y con vestidos de seda en invierno, les ponían a sus hijos quevedos dorados sobre la nariz mientras discutían con la cajera por qué pagaba Blau, el tuerto, solamente cinco céntimos por el dominó... ¿Por qué? Pues porque Blau era tuerto y solo veía las fichas con un ojo.

Sí, a eso habría llegado Ede con el tiempo. Margit habría sido la esposa de un cafetero, gorda, de hombros blancos, luciendo joyas, si el destino no hubiera decidido de otra manera. Pensaba ella que los brillantes, las perlas, las piedras preciosas irían a parar a los dedos de otra cajera. Los saludos amables, los besamanos, las gracias de los clientes fijos serían recibidos por otra mujer en Szombathely o en

Érsekújvár.

Margit volvió a sentirse desdichada.

Tenía celos de su marido.

Estaba celosa sin un motivo particular. Decía haber soñado que su marido la engañaba. Pasaba por eso las noches en vela, esperando a que Ede hablara en sueños. Sin embargo, Ede dormía tranquilo, de forma silenciosa y continua, como esos hombres que sueñan con cambiar dinero con cierto beneficio. Era comienzos de otoño, según la confesión de Margit. Ede, que ya no aguantó la actitud de Margit, sus celos asesinos, huyó de la ciudad, donde no perjudicó a nadie. Margit ardía de rabia. Recorrió toda la región en busca de Ede, pero no lo encontró. Al final, en vista de la miseria que la aguardaba, no le quedó más remedio que ponerse a trabajar. Sin embargo, sus antiguos patrones, cafeteros que se dedicaban también a la trata de blancas y hosteleros que servían vino adulterado, ya no reconocieron a esa criatura temperamental, marchita y amargada. Margit se vio obligada a refugiarse en un hostal de una pequeña ciudad de provincias, cercano a la estación de ferrocarril, donde se dedicó a entretener a los viajeros que llegaban de noche. El hostal se llamaba Los Tres Comodines y únicamente permanecía abierto en las horas nocturnas, cuando llegaban los trenes procedentes de diversas ciudades, trayendo feriantes llenos de buen humor, comerciantes con ánimo emprendedor, mercaderes que hacían sonar sus monedas de plata, chalanes con olor a piel de caballo que comían tostadas con ajo, tocino con páprika, chorizo ahumado y hogaza blanca, lo cortaban todo con navajas propias, se hacían servir el vino en sus cantimploras antes de beberlo, estiraban las piernas embutidas en botas, dormían con los ojos abiertos vigilando la cartera que llevaban sobre el pecho, escuchaban prolijas historias que algún viajero con ganas de narrar había empezado a contar ya en el tren, rascaban con las uñas el tablero de la mesa, se desternillaban de risa y soltaban carcajadas grasientas cuando el relato daba pie a ello y luego planteaban adivinanzas. Margit jamás olvidó una de ellas: ¿Adónde han ido a parar las bocinas de los conductores de los tranvías tirados por caballos? Ella no recordaba ya la respuesta, pero le alegró oír hablar de los tranvías de Pest tirados por caballos, porque en uno de ellos había llegado en su inocente infancia a Pest, proveniente de Buda, cuando en el apartadero de los Baños del Emperador había que esperar horas y horas la llegada del vehículo en dirección contraria, porque el conductor y el cochero se habían emborrachado... Si no hubiera sido por esas noches de alegría, de bromas, de ron, grog, vino y tocino en el hostal, Margit se habría ahorcado. Los viajeros llegaban todos los días con chistes nuevos, historias nuevas, cosas para contar, hasta los retrasos de los trenes daban pie a toda clase de

conversaciones; llegaban los habitantes de Pest y mostraban las monedas nuevas o tarareaban las canciones de última moda; llegaban los de Veszprém, los de Várpalota, los de Fehérvár, los de Juta, y casi todos los viajeros llevaban escrita en la cara y en la ropa, como en los billetes de tren, la ciudad de la que provenían. Rápido avanzaban las manecillas del reloj rumbo a la medianoche, arribaba otro tren, se abría la puerta de cristal con letras en rojo, entraban los viajeros metiendo bulla, riendo, discutiendo, viniendo de la noche otoñal, neblinosa, humeante y trémula, y sus hatos, sus maletas, sus baúles eran diversos como las historias de sus vidas —¡qué curioso que no hubiera dos equipajes que se parecieran!—, sus rostros, sus maneras de toser y de carraspear, sus humores eran siempre nuevos, y el camarero encargado de la cerveza se espabilaba entonces y pinchaba ruidosamente un barril nuevo. Quizá Margit se sintiera incluso feliz en esa estación con su humo de carbón de piedra, su olor a moho, donde las señales azules, verdes y rojas permanecían despiertas hasta el amanecer, los guardabarreras no dormían jamás, el ferroviario de servicio con el brazalete rojo entraba a tomarse su café solo, el dinero no paraba de sonar en la caja y las salchichas con raíz picante nunca se acababan en la cocina.

Hasta que llegó un viajero conocido y le contó a Margit que había visto a su marido, camarero jefe en una estación de ferrocarril, donde las cosas le iban muy bien.

A partir de ese día, Margit se sintió desdichada. Reaparecieron las llanteras, los insomnios, los dolores torturantes, los impulsos delirantes, a punto estuvo de morir de celos y de furia porque Ede fuese capaz de vivir sin ella... Le escribió una carta amenazándolo con viajar a su lugar de residencia y armar un escándalo si no volvía de inmediato con ella. Y Ede, cobarde, pobre y loco, volvió. A partir de entonces trabajaron juntos. Así, Margit no le quitaba la vista de encima. Hasta que un mediodía una forastera llegó al hostal —llamado Tigris—, y al verla Margit enseguida se dio cuenta de que venía a buscar a su marido. Su sospecha se vio confirmada cuando creyó ver durante el almuerzo que la mujer, de sombrero verde y pelo rubio, y su marido, el camarero jefe, intercambiaban con sigilo unas palabras. A Margit le costó controlarse. Quiso deshacerse de Ede en el acto, pero por consideración a su patrón prefirió no actuar durante el servicio y esperar a la noche.

—¡Cómo pudo tratarme así! —dijo Margit palabra por palabra—. Sabía perfectamente lo temperamental que soy y que siempre llevo una pistola cargada en mi maleta.

Esa noche, Ede se acostó antes de lo habitual. Margit lo encontró en la cama al entrar en la habitación.

—En ese momento era tan bello Ede, como nunca en su vida.

Hermosos eran su nariz, su boca, sus ojos, su pureza no hizo más que intensificar mi desesperación.

Y Margit oyó entonces una voz:

«¡Mátalo!»

Se acercó a la maleta y cogió el revólver.

Ede se incorporó en la cama, musitó algo, Margit le disparó.

Ede se levantó de un salto y se puso a perseguir a Margit alrededor de la mesa.

Margit, mientras corría, no paró de disparar. Hasta que finalmente Ede se desplomó herido de muerte.

Llegó la policía.

Margit estaba junto al cadáver, fría, tranquila, por fin aliviada.

—Se lo merecía este perro —dijo, y siguió a los policías.

Se comportó con suma calma en la prisión.

Solo una vez deseó ir a ver la tumba de su marido y fue en compañía del alcaide en un coche de alquiler al cementerio. La ciudad tenía un cementerio maravilloso. Margit se sentó junto a la tumba y le habló con tal emoción a su esposo que al alcaide le asomaron las lágrimas a los ojos. «¿Era esto lo que querías, mi Ede?» Según Margit, su marido le respondió desde la tumba. Margit pasó luego dos años en diferentes cárceles, donde se le encargaron trabajos fáciles en el huerto y, según afirmaba, la trataron con suma delicadeza, como a una enferma.

Ahora, sin embargo, estaba allí y clavaba en mí los ojos de tal manera que un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Cómo librarme de esa mujer, en la que veía a mi asesina?

Decidí volver a empezar una relación amorosa con ella para ganarme su buena voluntad.

Margit aceptó mi abrazo, pero manifestó que acabaría como Ede si la engañaba.

Aquí estoy, pues, como muñeco de la asesina de su marido, y en ningún momento me siento seguro.

Así concluyó el señor Dubli su relato, y los periodistas declararon que terminaría siendo un muerto sumamente bello y que ellos se ocuparían de publicar de la forma más prolija la historia de su asesinato en todos los periódicos. «¡A tu asesina la vamos a poner a parir en la prensa!», dijeron y el señor Dubli pudo sentirse satisfecho.

Al llegar a este punto de la historia, Natália, ya a punto de parir, volvió a sentir intensos dolores de tal modo que no pudo continuar el relato, por mucho que Sueño y el dueño de la funeraria no le quitaran el ojo de encima. La narración había terminado. Sueño declaró que el parto se produciría muy pronto, de modo que convenía seguir a Natália en la ambulancia si querían conocer más detalles de la historia de la joven.

Capítulo undécimo

en el que una muchacha sale a recorrer el mundo

La ambulancia se puso en marcha con el dueño de la funeraria, con Sueño y con Natália.

Desde luego, había en Pest vehículos más cómodos que una ambulancia, pero uno no siempre puede viajar según le plazca. Aun así, siempre resultaba más cómodo estar sobre los cojines con olor a fenol, sobre los flejes de goma saltarines que, por ejemplo, en los carruajes pintados de verde que llevaban escrito con letras blancas: Fiscalía Real de Budapest. Además, la ambulancia seguía siendo un vehículo más agradable que las calesas acristaladas, ricamente adornadas con ángeles dorados de la casa de pompas fúnebres Ciprés (cuyos propietarios eran János Czifra y Asociado), ya que esos magníficos carruajes solo transportaban al individuo a un solo viaje, el último. Una vez introducido en el vehículo de la funeraria Ciprés, nadie regresaba a la ciudad.

A través de las ventanillas de la ambulancia se podía escuchar esto y aquello del barullo de la vida urbana. Quien conocía bien la capital podía identificar aproximadamente, incluso tumbado en la ambulancia, por qué zona de Pest discurrían las ruedas. Las lámparas de arco emitían una luz blanca, las ruedas bailaban sobre adoquines de madera, se oían parloteos, ruidos, gritos como en la isla de los Simios: era la avenida Andrássy por la noche. Zumbaba un automóvil y soltaba un sonido tan provocador como era quizá su propietario, un hombre de mal gusto. El ómnibus traqueteaba como en las novelas de Paul de Kock y quienes viajaban en él rumbo al parque municipal eran las mismas alegres modistas, dependientas y auxiliares de comercio sobre cuyas faldas de lienzo, bromas, ingeniosidades y amores tantos libros había escrito el revoltoso novelista. Hombres abigarrados iban sentados en los coches de alquiler con una expresión de enorme soberbia en el rostro, como si su diversión consistiera en menospreciar a los peatones. Los caballeros de industria y las mujeres galantes de la vieja avenida Andrássy permanecían sentados, ya envejecidos y tosigosos, en los bancos, pensando qué diferente había sido la avenida en su época.

Luego, de pronto parecían desaparecer la pompa, la luz y la vida, cuando la ambulancia había atravesado el río luminoso de la ciudad. Los caballos pasaban por el pavimento de las grandes avenidas, llenas de groserías, de insultos y empujones. El paisaje era ya más oscuro, más lúgubre. A lo sumo ante el Café New York, cierta animación envolvía al viajero. Bajo las innumerables farolas que iluminaban y

entorpecían el tránsito había sentados jóvenes hombres y mujeres de Pest, algunos de los cuales cometerían suicidio solo para que sus nombres pudieran leerse en los diarios. Actores y escritores que, según escribe Carlyle, se subirían encantados al carruaje de dos ruedas que los llevaba al patíbulo si con ello pudieran causar cierta sensación en la ciudad. Desde luego, allí las miradas seguían con cierta envidia la ambulancia. Una vez más, alguien se había adelantado en el camino a la fama.

Después las calles se volvían más y más oscuras y desiertas, nuestros héroes atravesaban el distrito de Józsefváros, donde los panaderos y los carniceros se acodaban en las ventanas y escupían sobre los chupatintas. Solo de las calles laterales se escuchaba cierto jolgorio, ya que allí se encontraban esos patios rodeados de vid silvestre donde se servía vino de verdad para alegría de la población y hacia la medianoche todos recordaban la canción que habían olvidado.

Pasaba el carruaje a toda velocidad también por la avenida Üllói (que los viejos habitantes de Pest pronunciaban Üllei), donde olía a levadura, como si la destilería demolida hubiera dejado allí su olor, y comenzaba un barrio extraño, hostil, el distrito de Ferencváros, que mantenía una relación de desprecio con las demás partes de la ciudad. Era el lugar donde peor lo tenían los deudores, ya que no solo se los menospreciaba, sino que incluso eran apaleados por los acreedores. Las mujeres tenían gruesas pantorrillas, porque el mercado era bueno. Y los matrimonios estaban tan bien alimentados, eran tan orondos y carnosos, que uno se preguntaba cómo se las arreglaban las parejas para abrazarse cuando les entraban las ganas. Allí casi todos dormían ya a esa hora. Es más, se habían puesto ya en marcha en Soroksár los carros chirriantes cargados de verduras, gallinas y panes que hacia la medianoche se dirigían a paso lento rumbo al mercado central y traían cada día el buen olor de las granjas, de los huertos, de las aldeas al distrito de Ferencváros. Allí estaban esas callejuelas en cuyos edificios se refugiaban por pobreza, en las terceras plantas, los hombres productores de libros que debido a su talento no habían hallado un sitio en Pest, se habían casado temprano, habían tenido un hijo con la criada, y permanecían sentados en pantuflas a la mesa de tres patas, con la cabeza gacha, en general sin un miserable forinto... Aun así, a veces conseguían algo de dinero (después de ir todo el día de ceca en meca por la ciudad, disimulando su vestimenta desgastada, sus zapatos desastrados, sus sombreros de mala calidad a lo largo de los muros, y llamando humildemente a la puerta de redactores con cabeza de perro y de libreros ignorantes con un legajo de papeles que contenían los sueños que habían apuntado), algunos táleros procedentes de la opulenta ciudad venían a parar a ellos, cual si fuera

por mera curiosidad, como las judías acomodadas que, cuando las había abandonado el último amante, iban a visitar al niño enfermo de su conserje. Los táleros llegaban, por ejemplo, al señor Viktor Cholnoky que residió en la calle Kinizsi o en la calle Madách como buen patriota que era, siempre solamente en un tercer piso por muchas veces que se mudara. Y con la llegada del dinero se invitaba a los amigos de los alrededores, el tendero de la esquina soltaba asombrado las cervezas, los vinos, las delicatessen, el charcutero casi se quedaba sin papel para envolver las cantidades de jamón y de chorizo que se compraban, la vendedora se daba cuenta de que no se había instalado en vano en la esquina de la calle, y el conserje imaginaba en su oscuro cuchitril de la entrada que a Bulcsú le había nacido un hermano, aunque lo cierto era que solo se trataba de un grupo de amigos que en el piso de arriba conversaba sobre los últimos acontecimientos literarios salvo en los momentos en que el productor de libros había de cambiar a su bebé y dormirlo luego dando trescientas vueltas con el crío alrededor de la mesa. No se produjo ninguna desgracia mientras Viktor Cholnoky vivió en el distrito de Ferencváros. Hasta que un día se mudó por ambición al distrito de Józsefváros y el cambio de aires le causó la muerte.

El carruaje llegó a la plaza Bakáts, donde se oían campanadas y llantos infantiles durante todas las horas del día. Las campanadas corrían a cargo del párroco, para que los habitantes del distrito nunca olvidaran su religión cristiana, mientras que los llantos eran responsabilidad de los recién nacidos que sin pasaporte ni control de aduanas alguno llegaban a esa región procedentes de un lejano país extranjero y desconocían por completo los horarios oficiales del lugar. El pomposo edificio de la maternidad (que se parecía más que nada a un pastel de bautismo) aguardaba día y noche a las mujeres que venían de las diversas partes de la ciudad, hinchadas y cargadas de paquetes, a esa parada en la que habían de vivir la hora más difícil de su existencia. Los médicos con sus batas blancas y las ágiles comadronas eran allí los mediadores de la vida. Por mal que hubiera ido la cosecha en el país, por estancado que estuviera el comercio, por mucho que se quejaran los comerciantes, por mucho que los corredores ya solo confiaran en la sinagoga de la calle Dohány, allí el tráfico era continuo de día y de noche. Manitas, caritas y ojitos nunca vistos surgen allí de lo desconocido, con movimientos natatorios salen a la luz del día, rojos y sudorosos por el esfuerzo realizado, gritando con sus vocecitas y causando emociones, lágrimas, sufrimientos, cada uno una maravillosa sorpresa. Con la cabeza alargada, empapados, casi desmayados se abren paso al aire; no les importa la hora, si es de noche o de día, no llegan ni un segundo antes ni uno después del momento que es el suyo, y son tan increíblemente violentos que a su

llegada parece detenerse el orden del mundo, su mero llanto, su mera presencia colma la tierra de oriente a occidente. En esa fábrica de bebés se sacude desde el alba hasta el alba el gran tamiz por el que se va cayendo sobre la tierra la harina nueva de la vida. Suena el reloj en el oscuro campanario de la plaza nocturna, el conserje abre la puerta, el médico y la comadrona están prestos, brilla la luz de las lámparas, se escuchan los ayes suaves y contenidos del dolor y a continuación los grandes gritos, las zapatillas se arrastran sin parar por los pasillos y las escaleras, mujeres despiertas cuidan como arcángeles a mujeres, el edificio está lleno de olor a leche y a cuerpos femeninos, las tuberías de agua trabajan como incansables campeones... Y por el gran tamiz va cayendo sin cesar la vida desde lo desconocido, va cayendo el porvenir, la vida que quienes viven ahora ya no podrán ver... Vienen ahora al mundo quienes olvidarán los nombres, las personas, los hechos, los órdenes mundiales de este presente. Quienes podrán leer qué habrá pasado en la novela de la vida que nosotros hemos dejado a medias cuando estaba de lo más interesante —siempre está de lo más interesante cuando toca morir— y nunca podremos saber qué ocurrirá acto seguido.

Emergen en ese edificio iluminado pequeñas almas que se reunirán en nuestro banquete funeral, que acudirán al cementerio en primavera y se sentarán sobre el césped verde para conversar de asuntos sobre los que no podremos opinar. Llega en esta estación una generación nueva que en Pest a lo sumo podremos ver arrimados contra la pared, sombríos como el invierno, encogidos, sin fuerzas y con el corazón apagado, siempre y cuando el destino nos regale una vejez larga y quieta como la que vivieron los ancianos soldados de la revolución de 1848... Cuando estos cuerpecillos rojos crezcan y se llenen de alma y de sentimientos quizá hayan crecido ya los árboles de la plaza Bakáts.

El dueño de la funeraria y Sueño comunicaron la llegada de Natália al portero de gran mostacho, quien enseguida hizo sonar el timbre en la portería llamando así al personal competente, médicos, comadronas y aquellos cuya tarea consistía en trasladar a la primera planta a las mujeres gimientes.

Los camilleros dormían en el sótano, de manera que tardaron en llegar, mientras se apaciguaron un poco los terribles dolores de la parturienta en la ambulancia delante de la maternidad y ella pudo continuar la historia de su vida que Sueño había sacado a la luz.

La siguiente imagen se presentó de este modo:

Nubes otoñales.

La isla de Margarita se marchitaba con cierta amargura, pero aun así con magníficos colores dorados, como aquellos ancianos caballeros que en su día habían impuesto al mundo el uso de pelucas blancas.

Nuestro Palacki acompañaba a Natália entre las ruinas del

convento. Palacki, ese protagonista de novela de Pest —hombre salido de los relatos de café—, era por aquel entonces un tipo guapo como un tambor mayor. Quién sabe por dónde andaba Henrik mientras Palacki se sacrificaba entreteniendo a la dama. Explicaba, por ejemplo, a Natália cuanto sabía sobre la estatua de San Florián: que los borrachos de Pest que llevaban desde primera hora de la tarde bebiendo en las tabernas cercanas querían subirse a la estatua hacia el anochecer. La policía, sin embargo, vigilaba. Ni siquiera Hérok, el escalador de postes más hábil, fue capaz de conseguir ese logro, pues bebió más de las treinta gotas permitidas del vino de Kéli.

Sin embargo, apareció una vez un poeta enamoradizo con pantalón de tenis, chaqueta negra y sombrero de paja que con zapatos blancos gastados perseguía a las mujeres de Óbuda, en la escuela de baile y en la iglesia, de suerte que los burgueses se reían y sacudían la cabeza ante tan extravagante personaje. Ese Romeo de bigote rubio no olvidaba ni por un instante lo que debía al mundo femenino. Hérok, hombre serio y digno, no había consumido aún sus pimientos verdes y sus chuletas de cerdo frías en la taberna (tras lo cual había de comenzar la importante ingesta del vino), cuando el tallador de versos ya se había lanzado tras las ágiles piernas que en el paseo de Óbuda esperaban ansiosas la palabra redentora, la liberación o, como ellas la llamaban, la felicidad a la que todo el mundo tenía derecho. Karcsi Hérok no hacía más que beber y confesar sus sufrimientos a los vasos de vino con soda, mientras aquel impostor declaraba su amor a todas las mujeres que se le cruzaban por el camino. ¿Podía alguien inventar mejor cumplido? Por muchos zapatos blancos que confeccionaran los zapateros de Óbuda, Himy —que así se hacía llamar— no se cansaba de chiflarse por ellos. De nada le servían a Karcsi Hérok los argumentos en su contra en la asociación de amigos de los bolos ni en los círculos de burgueses serios que recurriendo a toda suerte de artimañas y apostando medio litro de vino jugaban a las cartas en un rincón de la taberna, en vano explicaba lleno de envidia que ese personaje indignante con pantalón de tenis sin duda se había escapado de las galeras y que convenía averiguar algo en la policía. Himy, según se rumoreaba, no paraba de romper corazones de muchachas en el paseo y en la ribera del Danubio.

Por último, una noche, después de que Karcsi Hérok se emborrachara definitivamente con «el de ochenta» en el Kéli, desafió a Himy a un duelo en la plaza de San Florián. El duelo consistía en escalar la estatua del santo. Himy aceptó el reto con el corazón ligero, tarareando —ese mismo día, una chica le había regalado un amuleto de la Virgen María—, se sentía alegre, las palabras de esperanza se amontonaban en su alma, y percibía su existencia como algo sumamente liviano. Sin pensárselo dos veces, comenzó a escalar la

estatua, pero antes de alcanzar la meta, Karcsi Hérok lo cogió brutalmente por una pierna y lo tiró al suelo, le propinó una paliza y le ordenó que abandonara Óbuda. Himy huyó con la ropa hecha jirones y sin sombrero del lugar de su derrota y el señor Hérok recibió al día siguiente importantes homenajes por parte de sus amigos en las diversas tabernas. Es más, algunos compañeros de mesa pidieron al vencedor que los condujera hasta el escenario de la batalla y al caer la noche contemplaron a la luz de unas cerillas la estatua de San Florián y sus alrededores que habían visto ya miles de veces. Nadie dudaba de la victoria de Karcsi Hérok y los burgueses se sentían a gusto sabiendo que un hombre tan digno, gordo y bebedor de vino poseía el corazón de sus hijas.

De todos modos, Palacki conocía también otras historias para entretener a Natália, y en ellas los hombres obesos siempre acababan teniendo razón.

Por ejemplo, afirmaba que santa Margarita, cuyo convento estaban visitando, siempre se enamoraba de los gordos, eso sí, sin esperanza de verse correspondida. En su opinión, los nombres hermosos, sugerentes y sonoros que se veían en los muros del convento, los Vilmos, Tibor y Aladár (grabados allí con los datos precisos del año y del día), a buen seguro habían sido hombres gordos. Luego no cabía en sí de alegría cuando se topaba con alguien más gordo que él en la isla de Margarita, con un caballero que se abanicaba con el sombrero la cara sudorosa mientras iba con solemnidad del brazo de su dama. «Un hombre tan, tan gordo quizá sea demasiado», dijo con tono jocoso y echó un vistazo furtivo a su chaleco. Aun así, siempre insistía en que solo los gordos podían tener dinero, crédito y autoridad. Solo los hombres gordos podían ser felices en la tierra y, pensando ahora en las mujeres, ellas podían sentirse afortunadas de contar con el amor de un gordo, porque los gordos eran siempre fieles...

—Antiguamente —explicó Palacki— se creía que los gordos no eran capaces de amar como los flacos. Por eso mismo, las mujeres preferían a los petimetres esmirriados, informales, de piernas como palillos que no podían ofrecer de regalo más que sus huesos. Esos desgraciados delgaduchos tenían tiempo para corretear tras los caprichos de las mujeres, como no tenían nada que hacer estaban siempre dispuestos a ejercer de recaderos y hasta iban al mercado a hacer la compra. En una palabra, que hacían alarde de su movilidad. Según las últimas investigaciones, sin embargo, la balanza se inclina a favor de los gordos —aseguró—. El gordo es trabajador, ahorrativo, procura conseguir cuanto antes un collar de oro, se baña con frecuencia para que su cuerpo no huela mal, jamás obra con ligereza, siempre lleva dinero en la cartera y nunca olvida que es preciso sorprender a las mujeres con pequeños regalos, con objetos de

fantasía, o sea, que hay que sacrificarse por los sentimientos.

Añadió Palacki que poseía un bonito capital en la caja postal de ahorros, de cuyos intereses podría vivir en su senectud. Natália no acababa de comprender cómo era capaz de resistirse a palabras tan seductoras.

En vano se devanaba Palacki los sesos pensando estrategias, en vano mostraba a la hora del crepúsculo a los jóvenes e indecentes amantes que se encontraban entre las ruinas del convento «si la señorita se fijara en lo que pone en el muro, vería el nombre de su madre escrito allí en los años ochenta, pues es ese muro un gran calendario de los amores de Pest»; «en la isla tiene que estar enamorado todo aquel que ponga aquí el pie». En vano decía que las hojas de los árboles que caían dibujando un resignado arco eran símbolos de la vida; las espesuras, los jardines de color pardo rojizo, los árboles de septiembre no conmovían el corazón de Natália, todavía inculta e inocente. (El amorío locuaz, susurrante, voluptuoso, laminero necesita cierta cultura. El refinamiento no viene gratis. Se necesita un período de aprendizaje hasta que las damas reconocen el valor de sus ligas.)

Natália, sin embargo, se aferraba honestamente a Henrik, como un perro fiel a su amo. Habría considerado serio pecado faltarle, a pesar de que ese joven indiferente no se preocupaba por ella. De hecho, era Palacki quien se encargaba de ella mientras Henrik daba vueltas por caminos desconocidos en la ciudad. Y ocurrió entonces que el cínico señor Dubli, ya mencionado en el capítulo anterior, se enamoró perdidamente de Natália. Suceden a veces en el mundo tales milagros: que hombres corrompidos, hartos de vivir, que han pasado por todas las infamias de la vida, pierdan el juicio por una joven inocente.

El señor Dubli declaró su amor por carta.

Comunicaba allí que solo Natália podía salvar su alma de la perdición. Si Natália estaba dispuesta a realizar un acto de bondad por un pobre pecador, el señor Dubli esperaría de rodillas la palabra decisiva.

A la primera carta la siguió una segunda, y el señor Dubli se convirtió en un vagabundo permanente que recorría las callejuelas sucias, estrechas, llenas de montones de basura, en los alrededores de la sinagoga de Óbuda. Iba y venía con el sombrero bien calado, con pasos de cigüeña, espiando e introduciendo cartas (en un estado psíquico desde luego terrible), suspirando como un gran sufridor, siempre en torno al nido de Natália.

Palacki, hombre de mirada penetrante, enseguida se dio cuenta de la situación y lo primero que hizo fue informar a Natália sobre la personalidad del señor Dubli, capaz de traicionar incluso a su propia madre por una broma cínica. Una muchacha que había ido a parar a

Budapest no podía cometer mayor ligereza que entablar una conversación con el señor Dubli. Porque al día siguiente toda la ciudad solo hablaría de que una criatura depravada, ella, había llegado a la capital. El señor Dubli llevaba veneno en la boca, como una serpiente. A ese calumniador, insistió Palacki, se lo debería haber eliminado hacía tiempo.

Así prevenía Palacki a Natália, mientras el pobre señor Dubli a punto estaba de morir de amor. En sus cartas entregadas en secreto manifestó más de una vez su disposición a casarse con Natália en la iglesia que ella eligiera. Si ella se aferraba a la iglesia de su aldea natal, el señor Dubli lo comprendería y contraería matrimonio con ella allí, en la región de Bakony. Le escribía el señor Dubli que ya no buscaba un juguete caprichoso, la satisfacción de sus deseos momentáneos, en la mujer a la que amaba con todo el calor de su corazón. Era él ya un viejo nogal que necesitaba un puntal. A partir de entonces dedicaría su vida a permanecer sentado junto a una pequeña estufa, acostarse temprano, despreciar y ridiculizar el mundo ambicioso y el alboroto de la vida urbana, cascar nueces, filtrar vino, contemplar satisfecho cómo empezaban a amarillear las hojas de los árboles delante de la ventana, cerrar bien el portón al anochecer para evitar que desde el mundo exterior penetraran locos y borrachos en el pequeño y tranquilo nido. Mucha leña había que juntar para alimentar el fuego de la estufa hasta el final de la vida. Y él había reunido ya muchos recuerdos para quemar.

Natália no entendía muy bien las grandilocuentes cartas de Dubli, pues el periodista se esforzaba mucho en el Café Radetzky, donde producía sus epístolas, pasaba horas rascándose la cabeza con la pluma hasta hallar las palabras que más se aproximaran a sus sentimientos.

En su última misiva, Dubli escribió que había elegido la iglesia católica de Óbuda para llevar a cabo su plan...

Ocurrió a continuación que los ojos de Palacki cobraron un color rojo, que su cuello se llenó de arrugas y que una maldad con olor a azufre impregnó cada una de sus palabras. Los celos y la desesperación causada por el amor no correspondido hicieron que ese hombre sensato perdiera el juicio. Decidió destruir a Natália, y se lo dijo a la cara: «Un anciano hiede, pero uno se puede fiar de sus palabras —gruñó rechinando los dientes—. Yo no le tengo miedo al futuro, porque he comprado una casa en cada pueblo, tal como me aconsejó mi abuelo. Usted, en cambio, ni siquiera tiene una casa... ¿Qué será de usted sin amigos?» Natália pasó días y noches llorando, mientras el terrible Palacki despotricaba e iba y venía con la cabeza gacha por las calles urdiendo planes sombríos.

Henrik, a su vez, no aparecía, como si diera la razón a Palacki.

Natália no era capaz de comprender que acabaría como una de esas pobres mujeres abandonadas que sin amigos ni apoyo iban de un sitio a otro en la gran ciudad. Las veía desde su ventana mientras vagaban solitarias, siempre de mal humor, amargadas, despreciativas, burlándose de cuanto se suponía honesto, agarrándose del brazo de hombres borrachos y groseros, y se daba cuenta de que cada día se pintaban más la cara, como si tuvieran que ocultar cada vez más la palidez de su rostro. Natália no temía ese destino. No temía el organillo con ruedas que entraba traqueteando, empujado por muchachos vestidos con camisetas, en los patios oscuros de las pequeñas casas de una sola planta y en cuyo costado había pintadas imágenes de fiestas con damas distinguidas con el cabello empolvado y las mejillas rosadas y con caballeros que llevaban pantalones de seda a media pierna, como tampoco temía las melodías que salían de aquel instrumento y que servían para entretener a mujeres desgraciadas, perdidas en la vida, para alegrarlas o más bien para entristecerlas; les recordaba sus amores inocentes y las bebidas que les traían el olvido... Natália no tenía miedo, pues oía a lo lejos, en una calle remota, los pasos del señor Dubli.

No temía tener que atar algún día sus zapatos con un cordel como aquella mujer obesa y pelirroja de la calle Háronharang que pasaba el día entero fumando, asomada a la ventana, vestida solo hasta la cintura, y que a lo sumo se acercaba renqueando a la tienda de la esquina en busca de una botella de cerveza o de ron. No la recorría el escalofrío al pensar que en invierno tendría que llevar un sombrero de hombre puesto que no poseía otro, permanecer tiritando en un rincón de la fonda mientras los gitanos de la orquesta se emborrachaban y un hombre andrajoso yacía en la nieve con la cara enrojecida delante del local, y ofrecer su amor a asesinos, a bandidos buscados y a ladrones escondidos en la penumbra de una callejuela. No se estremecía al imaginar que algún día recorrería la ciudad arrastrando los pies, quejándose de las cáscaras de sandía esparcidas, chocando con las farolas, maldiciendo los coches, como un espantapájaros abigarrado. Pues el señor Dubli le había prometido que vigilaría que el fuego nunca se apagara.

Cuando Natália abandonó el castillo condal, poseía un vestidito floreado, una falda amplia, una mantilla, un sombrerito adornado con acianos y rosas rojas y con el ala doblada hacia abajo, tal como se suele imaginar a las mujeres que se fugan en un tren tirado por caballos o a pie o por la noche bajo la vigilancia de las estrellas. El vestidito se desgarró, la mantilla a punto estuvo de serle arrancada por el grosero viento, cuando Natália encendió una vela ante una tumba desconocida en el antiguo cementerio del distrito de Víziváros, en la Noche de Difuntos. Nadie sabía ya quién yacía bajo el túmulo

hundido, ¿un mercenario de gran mostacho, cabeza cuadrada y dientes como azadas que había defendido Buda o un joven soldado que había tratado de subir por la muralla? Los muertos son todos iguales. Natália encendió una vela, pues tenía la sensación de que lo debía a la salvación de su alma. Era una mujer de provincias y, como era natural, le gustaban los cementerios, por los que se podía pasear por algún pesar, por alguna debilidad, llorar... Era el cementerio más abandonado en el lado de Buda. Lánguido silbaba el viento entre los viejos árboles, como si reconociera haber perdido el rumbo. Aquí y allá se veía arrodillada ante una tumba a una anciana que ya ni siquiera recordaba cuántos años llevaba encima; habían muerto hacía tiempo incluso los sepultureros que abrieran aquellos hoyos. Los viejos generales aún habían deseado ser enterrados allí junto a sus antiguos compañeros de fatigas, la gorra verde había sido puesta sobre el féretro, un soldado había llevado incluso las medallas al mérito de Fernando V sobre un cojín de seda rojo, se había oído el retumbo de una salva, y los ancianos muertos sin duda se habían sentido orgullosos de los honores que recibían. Sin embargo, cada vez menos chirriaban las puertas de hierro ante el carruaje fúnebre, los sepultureros ya no tenían motivos para beber ron desde la mañana hasta la noche, pues podían llevar a cabo su cometido incluso sobrios.

Natália cuidaba su velita protegiéndola con ambas manos, mientras permanecía arrodillada ante la tumba y rezaba. Rezaba por sus difuntos padres, a los que no había conocido, rezaba por sus benefactores, los condes, rezaba por Henrik, por Palacki y por el señor Dubli, a quienes más conocía en este mundo. Muy a lo lejos titilaban algunas velitas en aquel antiguo cementerio, como si fueran fuegos fatuos, tal vez yacía allí entre tanto anciano algún joven cuyo corazón brillaba aún por las noches debido al dolor... A continuación, el viento apagó el mundo de velas en el cementerio, y Natália, envuelta en la mantilla, corrió con corazón palpitante bajo los árboles que zumbaban. El viento le iba gritando toda suerte de palabras incomprensibles; y los gritos sonaban ora a amenazas, ora a llamadas. Al salir por la puerta del cementerio, Natália tuvo la sensación de que alguien la seguía. Que alguien la cogía por la espalda, por la cintura y juntaba luego las manos sobre su corazón. Mientras rezaba y bajaba devotamente los hombros, alguien, una pequeña alma, bajó de pronto decididamente desde lo alto y se escondió entre la ropa de Natália. Era cálido como un pan recién horneado. Su abrazo era como el de las flores. Se sentía hasta su respiración, como si respirara junto con Natália.

Al comienzo, Natália llevó asustada esa carga de vuelta a casa. Había pedido permiso para salir a buscar leña y ahora regresaba con algo muy distinto. Pero ¿qué era eso que se le arrimaba con tanta

calidez, con tanto afecto, como un cuerpo a su cuerpo, un alma a su alma? Natália no se atrevía a mirar atrás —lo había aprendido de las viejas supersticiosas en su infancia—, por miedo a ver lo llevaba sobre la espalda, ¿un pájaro o un niño?

Sin embargo, al llegar al centro de la ciudad, entre tiendas, calles, tabernas iluminadas en esa noche húmeda bajo copos de nieve que anunciaban el invierno, Natália se sintió muy contenta de no tener que recorrer sola el largo camino que parecía interminable como el lino en la rueca de las ancianas. Alguien la acompañaba, y en el camino percibía el calor de esas manos, escuchaba maravillada a ese pequeño y lozano corazón, sentía ese abrazo que la animaba. Como si de pronto hubiera descubierto a su mejor amigo, que nunca la abandonaría. Que a partir de entonces apoyaría la cabeza sobre la almohada junto a la suya llena de melancólicos pensamientos, que la acompañaría en sus andanzas y que tampoco la abandonaría durante el día con su voz consoladora, su presencia animadora, su calor, su entrega. Su alma se abrió en dos y el mejor lado dio flor. Mientras caminaba, sentía los pasos pequeños y apresurados del otro. Alguien iba con ella de manera decidida, alguien a quien no podía ver, no podía tocar, tan solo un sentimiento que era nuevo, amigable e infinitamente tranquilizador... Notaba en sus ojos que otra persona también miraba a través de esos ojos y no consideraba el mundo tan aburrido como ella hasta entonces. El pequeño extraño se alegraba incluso de los funcionarios jubilados que al anochecer aparecían en gran número por las irregulares calles del distrito de Víziváros, donde algunas casas estaban rodeadas de vallas de hierro para evitar que algún transeúnte entrara por las ventanas de la planta baja. Esos viejos funcionarios, con los fondillos de los pantalones desgastados, como si pasaran el día entero en el escritorio en casa, sentados en sillones forrados con papel, y practicaran las tareas oficiales a la espera de que el ministro volviera quizá a llamarlos y ellos tuvieran que volver a ocupar sus despachos, iban generalmente arrimados a los edificios: palpando los muros, con pasos titubeantes, como si un pie solo lograra alcanzar el otro merced a alguna artimaña, inclinándose con cierto artificio hacia adelante, se dirigían hacia metas desconocidas y con voz temblorosa preguntaban a Natália en el cruce si estaba pasando algún coche por la calzada. Y Natália no solo respondía con palabras amables, sino que los cogía del brazo y así hacía pasar a esos ancianos mohosos a la otra acera y se sentía sumamente satisfecha... Allí se encontró con esos viejos caballeros de mirada pícara que enderezando la espalda se dirigían animados a sus tabernas y chasqueaban ya la lengua a la espera del pescado a la páprika, del gulash de ternera, de la siguiente experiencia, y al mismo tiempo le guiñaban el ojo con malicia agachándose ligeramente para verle la cara a Natália

escondida bajo el sombrerito. Y esa noche Natália ya no se sintió turbada por esos ojos descarados, por el movimiento de esos bigotes blanquecinos, ni siquiera por los golpes que daban en el pavimento los pequeños bastones con la contera desgastada... En el camino se encontró también con las damas del distrito de Víziváros, que llevaban las garcetas más grandes que les permitía el cabello moreno y faldas muy estrechas, como si quisieran superar incluso la moda parisina. Y esas damas de Buda con las que se cruzaba daban la impresión de reconocer el rostro de ese pequeño extraño que Natália llevaba en el pecho y sobre la espalda, miraban de arriba abajo, con mirada compasiva, maligna o despreciativa, a la muchacha que progresaba bajo la nieve. Percibía con más intensidad el olor de las carnicerías, como si hasta las lámparas del escaparate olieran a chorizo. En una taberna, en la que una orquesta acompañada de tamboras desenfrenadas tocaba precisamente la obertura y una mujer morena de ojos radiantes, cara picada de viruela, adornada con piezas de oro cantaba con ánimo ardoroso, rojo como los tulipanes, y con voz sonora que alcanzaba la calle, estaban preparando pescado con cebolla. Natália sintió de pronto tantas ganas de comer pescado con cebolla que a punto estuvo de desmayarse.

Bajo una farola de gas la alcanzó el señor Dubli, que la había estado siguiendo.

El señor Dubli tenía esa noche una voz peculiar, ronca, casi emocionada, como si hubiera pasado la tarde entera bebiendo vino en una taberna solitaria en la ladera del monte, hubiera puesto dinero en el piano mecánico y al ritmo de la marcha de los veteranos hubiera escrito, sumergiendo el dedo en el vino, el nombre de una mujer sobre el tablero verde de la mesa de la taberna.

—Usted no sabe que yo soy el Hombre de oro —comenzó el señor Dubli, como si continuara hilando un pensamiento que había empezado a desarrollar antes—. Quiero hacer con usted lo mismo que hiciera Mihály Timár con Noémi. Me gustaría llevarla a una casa escondida, a ser posible antigua, perteneciente a una época en que todavía se construían mansiones rurales en Hungría. Un jardín tupido y asilvestrado atrás en el que, al llegar la primavera, el ruiseñor entretiene a su pareja con un fervor del que ningún cantante del mundo es capaz, hasta que luego, en otoño, todo calla, la hierba cobra color ocre, el boscaje se torna transparente, las ramas se vuelven melancólicas, las hojas inmóviles, los senderos soñadores, la araña teje su gran tela, las monedas doradas caen de los grandes árboles, y el humo de la chimenea se riza sobre el tejado como si un hombre solitario y reflexivo se retorciera allí el bigote.

Natália no entendió del todo al señor Dubli, sobre todo porque no había leído todavía Un hombre de oro. Lo cual, sin embargo, no

molestó al señor Dubli, quien continuó su discurso con el debido tono melancólico:

—Yo he sufrido ya tanto que hasta podría celebrar mis bodas de plata. Llevo más de veinte años casado con la preocupación y el hartazgo de vivir. Conozco tanto el mundo que ni siquiera tengo amigos. Soy hueco como una mala muela. Para mí no es ningún misterio lo que piensan y sienten los hombres. Tampoco puedo afirmar que me haya desilusionado, puesto que jamás he abrigado ilusiones respecto al mundo. Solo me he dado cuenta de que lo mejor es vivir retirado del mundanal ruido y reírse entre las cuatro paredes de lo que escriben los diarios. Leer las listas de los asistentes a un baile en una casa solitaria e imaginar el desfile de las mujeres con sus zapatos blancos, sus peinados apretados, unas con pasos grandes, otras con pasos pequeños, ¡y pensar luego lo incultas e insensibles que son! O contemplar quizá a los transeúntes desde la ventana de una torre a la cual nadie puede entrar sin mi permiso. Quiero darle la espalda a todo y a todos y vivir solo para usted, Natália.

El señor Dubli parecía muy agitado esa noche. Natália era mucho más joven, tanto que carecía de experiencia de vida; sin embargo, gracias a su ternura se percató de que no era bueno que el señor Dubli hablara tanto, pues luego podría arrepentirse de sus palabras. Juntó en silencio las manitas y suplicó:

—No merezco, señor Dubli, que me ame tanto.

El señor Dubli, sin embargo, no cejó. Se sabe de antiguo que los hombres no descansan hasta haber contado todos sus secretos.

—Conozco una casa... Una casa exactamente igual que aquella en que vivió el Hombre de oro. Se halla en la ladera del monte Gellért, allí donde solo hay farolas de petróleo solitarias, en general vacías, pues la gente de los alrededores les quita las luces para poder iluminar durante la noche las explicaciones de sus imágenes oníricas en el libro de los sueños. Iba yo por esa zona en la época en que me gustaba dar grandes paseos por Buda por las mañanas, me alegraba el aire limpio y fresco que me rozaba la cara, mientras al otro lado de los puentes mujeres de ojos ensoñadores se dedicaban largo rato a peinarse los cabellos morenos en las ventanas del tamaño de la palma de una mano, dentro de unas casitas hundidas en la tierra. Recorría las calles serpenteantes, y un barbero de apellido serbio me afeitaba mientras yo me preguntaba qué ocurría en el interior de las casas a las que se accedía por una escalera de caracol en medio de la penumbra. Me alegraba ver el patio circular de los Baños del Emperador, al que dan grandes ventanas de marcos blancos, con alegría de vivir y con pompa palaciega, mientras los árboles tocan con su fronda verde el tejado, suena la marcha tocada por la orquesta bosnia al mediodía, una elegante dama extranjera se ha quitado ya con perfume francés el olor

al agua de baño y baja por la escalera cubierta con una alfombra de color rojo imperial contoneándose sobre unos zapatos de piel blanca destinada normalmente a la fabricación de guantes, las mesas puestas brillan alegremente en el patio, tintinean los cubiertos de tiempos pasados, se mantiene al acecho el olor a gulash, rojea la páprika y centellea dorada la jarra de cerveza con su enorme asa cuando toda la vida tiene el sabor, el olor y el tacto de la juventud... y uno cree que las mujeres solo toman asiento bajo los plátanos para divertirse. En esa época, pues, descubrí aquella misteriosa casa. Pertenecía a un capitán de navío y ocultaba en ella a una mujer raptada. El capitán, de dilatada trayectoria, era mi amigo. Lo propio habría sido que su esposa fuese también amiga mía. El capitán, hombre de larga experiencia, conocía a todos los contrabandistas, comerciantes y aduaneros de las riberas del Bajo Danubio, se sentía en casa en todas las fondas portuarias y reconocía las monedas falsas sin necesidad de morderlas. Le encantaba charlar conmigo hasta el amanecer en pequeñas tabernas con buen olor y ambiente de vino tinto tan frecuentes en el barrio de Rácváros, pero jamás me invitaba a su casa. Hasta que un día el navegante zarpó para una prolongada travesía no sin antes despedirse de mí lleno de preocupación después de asistir conmigo a la santa misa en el barrio de Tabán. Me prometí no engañar a mi amigo, no intentar conocer a la mujer raptada y, es más, vigilar en la medida de lo posible la casa del capitán y sus alrededores. Una vez, mientras rodeaba la casa, a través de la reja del jardín, entre los lirios en flor, vi una babucha roja de satén adornada con un pompón que progresaba hacia el mundo exterior. Había leído yo que en los harenes orientales las mujeres calzaban ese tipo de babuchas. El diablo me tentó. De puntillas me acerqué a la zapatilla, que era como una mariposa que descansa a la hora del mediodía. Cogí la babucha y encontré allí un piececito blanquísimo con unas venas azules, unas uñas suaves, unas plantas flexibles que se doblaban como las de una bailarina. La prisionera se rio entre los arbustos como una paloma torcaz. A continuación, acudí varias veces a visitar esa babucha roja que cuando me acercaba aparecía fielmente entre las rejas, se instalaba muy dispuesta en la palma de mi mano y los deditos del pie que se movían cada uno por separado me contaban cuentos de las mil y una noches. Se acercaba el día en que el capitán de navío había de regresar de su viaje por el Bajo Danubio. La prisionera contaba los días con semillas de guisante que colocaba en la babucha. Cuando el centésimo guisante fue a parar allí, el piececito ya no volvió a aparecer por las rejas, el narrador calló, el follaje se aglomeró y la puerta de la casa ya no se abrió. Resulta que la mujer raptada huyó antes de que regresara mi amigo, pues tenía la sensación de no haber obedecido a los mandamientos de la fidelidad. El capitán gritó en su

desesperación, pero no encontró las huellas de la mujer. Tal vez se había ido volando sobre el lomo de aquel grifo que ya se había llevado a Simbad. El capitán buscó mi consuelo y realmente dediqué semanas a cuidarlo con cálida amistad hasta que dejó de llorar con voz ronca y de golpearse la cabeza contra la pared y se tranquilizó un poco. Sin embargo, abandonó definitivamente la casa de la que había volado su pajarito y se mudó a su barco que ahora solo deja los martes y los viernes cuando en la taberna de Jocó Ivanovics cocinan pescado a la manera serbia. Así he llegado yo a la casa que le recomiendo ahora como residencia, Natália.

Por muy prolija y alambicada que fuese la exposición del señor Dubli, Natália seguía sin estar preparada para dar una respuesta. Una mujer insensible y frívola tal vez le habría dado vueltas al asunto y evitado a la manera de las mujeres dar una respuesta directa. Natália no era una criatura corrompida y ni se le pasaba por la cabeza engañar al señor Dubli, de modo que después de callar un rato respondió de la siguiente guisa:

—Perdóneme, señor Dubli, pero no iré a vivir a la ladera del monte Gellért. No puedo dejar a Henrik. Un lazo muy fuerte nos une, y no nos separaríamos el uno del otro.

—¿De qué lazo tan fuerte se trata? —preguntó el señor Dubli, con la garganta seca—. Por lo que sé, Henrik se ha olvidado de contraer matrimonio con usted según las leyes prescritas por la santa Iglesia.

—Así es —dijo Natália con la cabeza gacha.

El señor Dubli giró los ojos con determinación:

—Así que tiene razón mi noble amigo, el capitán de navío, que antes de su desgracia predicaba que no conviene discutir mucho con las mujeres, porque uno entonces envejece pronto. Hay que raptarlas y así alcanzar el objetivo.

Esto dijo el señor Dubli, pero con tal expresión de abatimiento en la cara que parecía un niño a punto de llorar.

Natália no respondió, pues no era ducha aún en conversar con los hombres.

En una esquina, donde ya empezaba Óbuda, se despidieron. El señor Dubli se quedó con el sombrero en la mano (como si hubiera olvidado lo mucho que se había burlado de los hombres enamorados), su corazón latía casi audiblemente y su voz temblaba cuando exclamó:

—¡Sigo sin saber cuál es ese fuerte lazo que los une a ustedes!

Natália se enderezó entonces y en su rostro apareció la sonrisa titubeante de los mártires, de los santos y de los soñadores y con voz queda comunicó al señor Dubli que creía que iban a tener un hijo.

—No importa —respondió lloroso el señor Dubli—, yo la seguiré amando, Natália.

Se marchó en la oscuridad, para que Natália no viera las lágrimas

que asomaban a sus ojos. Se alejaron los pasos, y la muchacha los escuchó con la mano sobre el corazón, sin fuerzas para llamar al señor Dubli, lo cual le habría ahorrado muchos sufrimientos y tormentos. Solo más tarde se presentó ante Natália la vida en toda su realidad, mientras que si se hubiera quedado con el señor Dubli podría haber seguido soñando en compañía de ese pobre y apasionado enamorado. No hay en el mundo nada mejor que toparse con un hombre apasionado. Enseguida hasta las nubes cobran otro color. Las mañanas de septiembre son limpias y frescas como el rostro de una escolar. La vida puede volver a empezar en esas mañanas lozanas que el hombre apasionado entiende y muestra, se puede viajar por el Danubio a la isla de Margarita en una embarcación de barriga blanca y brilla allí la manguera de cobre en la mano del joven jardinero, el agua que sale se mece como un velo sobre los parques que se han despertado con juvenil buen humor, los caminos serpentean dorados por el otoño, un anciano acompaña a una muchacha y su barba fulge como la nieve del Montblanc... Solo con un hombre apasionado merece la pena desembarcar en Pest o en Buda, sea por la mañana, sea por la tarde, porque ante las palabras del hombre hasta el mismísimo Gülbaba emergería de su tumba, suenan los gongs en las terrazas de los chalés de la ladera del monte, el carro tirado por un burro y cargado con la cuba de agua sube alegremente por la pendiente y más abajo se alza el edificio de los Baños del Emperador con sus postigos verdes como el palacio de los hombres felices. Era Natália muy joven todavía cuando todo esto ocurrió y por eso dejó el mago al señor Dubli alejarse por el camino de los enamorados desdichados que se hallaba en el barrio de Tabán, la calle se iba empinando, el tabernero que servía con una mirada fogosa su vermut oscuro se llamaba en un principio Deget, pero pasó a llamarse Dagadt, y en las tibias noches de septiembre alguien desde lejos de manera a la vez exaltada y soñadora les tocaba a los enamorados del lugar la melodía del Trompestista de Säckingen.

Natália encontró a Henrik acompañado de Palacki en la taberna llamada La Braga Roja, donde a veces cenaban. Era desde hacía un tiempo el local preferido de Palacki, pues tenía un nombre como el que suele aparecer en las novelas francesas. Sombrío, con las manos en los bolsillos, Palacki permanecía inmóvil, como quien urde planes malignos, mientras que Henrik se levantó con un gesto ardoroso y preguntó a Natália dónde había estado.

—Fui a ver a mis muertos —respondió Natália sorprendida, pues no estaba preparada para un recibimiento tan desagradable.

—Pues deberías haber aprovechado para alquilar una vivienda en alguna cripta, porque esta tarde acaban de desalojarnos— dijo Henrik y lanzó una mirada furiosa a Natália, como si ella fuese la culpable de que el colérico casero no les diera más crédito.

Natália lanzó una fugaz mirada a Palacki, pero ese hombre ingenioso no tenía ganas de ayudar en ese momento. Se miró las uñas con expresión de aburrimiento y después se interesó por el arrendajo que permanecía acurrucado y en silencio en su oscura jaula. Luego, para demostrar hasta qué punto no le importaban Henrik y Natália, se levantó de la mesa y se sumó a un grupo de jugadores de cartas y consiguió con sus comentarios que los pacíficos ciudadanos acabaran peleándose. Henrik miraba desesperado al vacío y Natália estaba tan asustada que ni siquiera era capaz de pensar. ¿Qué pasaría? Daba la impresión de que una ventisca se levantaba allá fuera, detrás de las oscuras ventanas. Apareció el viento entre los montes y recorrió la calle Lajos, zarandeó los portones defectuosos, cubrió de insultos a los conserjes en calzoncillos, cogió por el cuello al policía con abrigo de piel y Anton, el larguirucho camarero, se dispuso a cerrar La Braga Roja... Se acercaba la noche y ellos no sabían dónde apoyar la cabeza, Palacki sin duda conocía algún refugio entre los montes de Buda, pero no dijo nada. Es más, ante el décimo vaso de vino con soda, canturreaba su canción de siempre:

Oscar lo sabe pero no lo dice...

Los habitantes de Óbuda se acostaban temprano. Quien más se mantenía despierto era un anciano demente que con las manos juntas a la espalda paseaba acompañado de un perrito decrépito por los alrededores de la sinagoga y su sombra larga y delgada se proyectaba sobre las ventanas tras las cuales se desvestían las mujeres y las muchachas. Los habitantes de Óbuda se habían acostumbrado a esa inofensiva pasión del viejo, más tolerada que si alguien se dedicara a prender fuego a las techumbres. Así que solo el viejo Siketánc seguía despierto en Óbuda cuando Palacki, Henrik y Natália se marcharon de La Braga Roja. El viento soplaba quejumbroso por las estrechas callejuelas, daba la impresión de no encontrar la salida entre oscuras vallas, sórdidos patios, tristes casitas adheridas al suelo. Una vieja había atado quizá las largas patas de cigüeña del viento al palo de su escoba para que ese pájaro invisible de la noche no huyese de allí rumbo a parajes más amplios y amenos donde pudiera corretear a su antojo. Era una de esas ancianas cuya nariz a punto estaba de tocar el suelo y que con alevosía iban pegadas a los muros de las casas de Óbuda como un hato de ropa viviente, con un odio que ardía en su corazón como un tizón en un caldero: odio a todo cuanto era joven.

Y eran también ellas las que recogían los sueños, como ranas en un gran cesto de mercado. Los sueños se quedaban impotentes en el fondo del cesto, espiando con sus ojitos centelleantes el momento propicio para escapar de la prisión de las viejas. Y eran desde luego

ellas las que ponían una viga atravesada en la calle, en la que tropezó luego el arrogante Palacki, quien a punto estuvo de romperse la crisma. El hombre se levantó despotricando contra Dios y el mundo y declaró estar harto ya de Óbuda y no volver a poner nunca más el pie en ese chiquero.

—¿Cómo se puede vivir en un lugar en el que las farolas no iluminan las calles? —preguntó Palacki a las jambas de las puertas—. La oscuridad solo sirve a los soñadores y a los locos.

»Cuando se tiene veinte años, está bien vivir en Óbuda, aunque sea en un desván. Uno lleva allí a una mujer, que lo divierte para que no tenga la sensación de vivir sin rumbo. A partir de una determinada edad, sin embargo, uno necesita las farolas, porque puede hartarse de las mujeres como de las enfermedades. Así que vamos a Pest, donde hay vida y hay farolas.

Largo rato anduvieron en medio de la gran noche. Cruzaron un puente, bajo el cual brillaba el Danubio con sus ojos nocturnos, malignos y barrosos, como un dragón permanentemente despierto que cada día devoraba a una o dos mujeres de la ciudad. Natália se preguntaba qué pasaría si de pronto se soltara del brazo de Henrik y se arrojara al río. Palacki, el intrépido, habría sido capaz de saltar detrás de ella... La luna se escondía más o menos por la zona de Újpest tras una oscura nube que sin duda provenía de la chimenea de esa fábrica en la que el fuego se alimentaba de huesos humanos. En la ribera de Pest, un hombre permanecía sentado en una barca, con los remos apoyados sobre el borde, como si esperara los cadáveres que hacia la medianoche llegarían a buen seguro flotando sobre el Danubio. «¿Qué novedades se cuentan en Nagymaros?», preguntaba el barquero a los cadáveres, y estos, que no reconocían exactamente los embarcaderos por los que pasaban, entretenían al pescador con los chismes de Esztergom, pues siempre se detenían allí un rato para escuchar la orquesta que tocaba en los Baños.

Pest, con sus avenidas iluminadas y desiertas (ya había pasado la medianoche), con sus farolas brillantes, parecía una ciudad en la que todos temían a los fantasmas y por eso gastaban gran parte de sus ingresos en farolas. ¿Era por mala conciencia o porque la gente era supersticiosa?

Siguieron andando hasta llegar a la calle de Jeremiás Frank y Señora. Palacki pulsó el botón del timbre junto al portón, que el conserje abrió, teniendo en cuenta el tiempo invernal, vestido con una hopalanda.

—¿Está la señora en casa? —preguntó Palacki.

Subieron las escaleras rápidamente, como si los hombres temieran arrepentirse de su decisión. Y cuando llegaron a la habitación (en la que conocimos a Natália al comienzo de nuestra historia), Palacki

invitó a Natália a sentarse en el sofá y con la cara roja como un pavo pronunció las siguientes palabras:

—Anoche, mientras estaba usted ausente, mi amigo y yo decidimos eliminarla. Es tarea fácil tratándose de mujeres que abusan de nuestra confianza. Bastan un saco de trigo barato y un nudo para cerrarlo. Después viene en Danubio en el que con una suave zambullida desaparece hasta la vida más vistosa. Y tanto más, claro, la de una persona completamente desconocida en Pest. A mis súplicas, sin embargo, mi amigo renunció a ese plan. Por tanto, queda usted con vida, Natália.

Capítulo duodécimo

en el que la criatura inocente
da más pasos para llegar a este triste mundo

El guardia obeso y de cara redonda abrió en ese momento con gesto solemne las dos hojas del portón. Llegaron entonces los dos camilleros que sacaron de la ambulancia la camilla con ruedas sobre la que yacía Natália casi inconsciente. En esa camilla se habían rezado tantos Padrenuestros como en los escalones de los altares. Todas aquellas que durante las nueve revoluciones de la luna solo intuían de lejos el peligro, como si se escucharan las campanadas de alarma de una lejana aldea pero sin ver los rostros desesperados, las carreras enloquecidas, el griterío confuso de la gente; todas aquellas que ayer sonreían orgullosas como una rosa en el sitio más llamativo del jardín; todas aquellas que, con la ingenuidad y la belleza de una joven hembra de corzo, recorrían la mañana otoñal fresca y fragante que con su lozanía embellecía los rostros; todas aquellas que daban vueltas por el mundo con la insensibilidad de las figuras del tiovivo y solo se interesaban por el corte de su ropa y por el lustre de sus zapatos; todas aquellas que engañaban a sus maridos, a sus novios, a sus amantes con el miedo y el placer de un ladrón, que llevaban máscaras y cambiaban de voz como un astuto papagayo, todas ellas aprendieron a rezar en ese vehículo a pesar de que no se inclinaba sobre ellas ningún santo milagrero sino un simple médico de urgencias que pensaba en la partida que acababa de abandonar o en las próximas vacaciones.

János Czifra —nuestro inocente protagonista— habría renegado de su profesión si se hubiera quedado con los brazos cruzados observando la entrada de ese cortejo que llevaba a la paciente por el edificio. Enseguida se puso a la cabeza de la comitiva, y con el entusiasmo y la agilidad con que realizaba cualquier tarea enseñó el camino a los musculosos muchachos que subían con Natália por las empinadas escaleras. En esa calle, las escaleras siempre son sumamente empinadas, como si las sabias autoridades quisieran poner a prueba a las desdichadas mujeres que van a parar allí y preguntaran: ¿os quedan fuerzas todavía para subir por estas pendientes? Cuando uno anda por esas escaleras de la plaza Bakáts imagina sombras tristes y pálidas sentadas en las aceras, que ya no han tenido la energía suficiente para emprender el peligroso camino y se han desplomado antes de llegar a los dolores más grandes de sus vidas...

Los camilleros llevaron a Natália hasta el paritorio, sala de suspiros y rechinar de dientes, y la acostaron en la cama.

En la sala yacían ya dos mujeres que competían entre sí por ver

cuál gemía más, cuál sentía más dolores, cuál sufría más tormentos. Era como si las desdichadas probaran de antemano las torturas del infierno. Con los dedos cogían convulsa y febrilmente la barra suspendida en lo alto como los náufragos una viga en el mar. Con esa barra ejecutaban sus desesperados ejercicios gimnásticos, como esos gemelos que se ejercitan sin parar, sin descanso alguno, en el disco solar desde que existe la tierra y los hombres en ella. Desde entonces se conocen sobre la tierra esos dolores terribles, por los que la sala resuena día y noche y que los pertenecientes al género masculino no podrían soportar; se necesitan ángeles para tolerar esos tormentos o al menos quienes antes de la caída fueran ángeles: las mujeres. Toda fibra, nervio o hueso que tiene ese cuerpo femenino se pone en movimiento, se despierta y causa suplicio cuando llega el momento del terremoto inmortal y la cohorte de tormentos atraviesa el interior del cuerpo. Esas cohortes son ora pájaros de pico afilado y de garras como navajas de afeitar que revolotean allí dentro, ora topos con patas como espadas que se van abriendo paso con un trabajo lento y doloroso hasta llegar al botín más valioso, el corazón. Van y vienen los pájaros con plumas metálicas, corretean los ratones con brasas en la boca, emerge la salamandra de la hoguera subterránea para rendir visita a su pariente, el basilisco, que se dispone a venir al mundo. En esos instantes, todas las mujeres creen llevar un monstruo en el vientre, un ternero de dos cabezas o un hombre de seis manos, algún ser de ultratumba con la espalda cubierta de espinas que se introducen hasta la médula, con pies que son aletas con las que se mueve por el mar, lo cual impide obligarlo a venir al mundo, a pesar de que la luna haya dado nueve revoluciones y hasta el sol haya salido nueve veces... Y así lo registran los doctores en sus informes: han comenzado los «buenos» dolores.

Allí gritan, rechinan los dientes, se cubren los labios de espuma, hacen aflorar sudor férvido en la frente, giran convulsas las mujeres, y nadie puede ayudarles, así como también los moribundos han de emprender solos el camino oscuro y distante que se abre ante ellos. No puede ser más dolorosa la agonía final en el momento de la muerte que el sufrimiento que causa el parto. El ser invisible que se halla por encima de todos nosotros y manda sobre el dolor físico se inclina en esos momentos sobre las mujeres y arroja sobre su rostro la rosa roja del dolor, les vuelve los ojos del revés y mueve sin cesar los dedos sobre su cuerpo como si tocara en las cuerdas de un arpa la marcha más terrible de la vida. Campanas suenan en los oídos, las campanadas vienen del fondo de aguas profundas. Se percibe en la boca el sabor del vinagre que se le dio a beber al Redentor. En las palmas de las manos se ven las huellas de guantes ardientes, mientras grapas caen sobre pies y brazos. Los pies prueban zapatillas gélidas,

horribles, mortíferas, indeciblemente espantosas... Sobre el pecho se posa el monte Gellért, y el héroe de hierro y rostro invisible, el destino, pisa la frente con botas metálicas claveteadas. Y no viene nadie a librarlas de esos monstruos ultramundanos. Las comadronas, seres milagreros, dormitan sonriendo quizá dulcemente en sus lejanas habitaciones, los médicos esbozan una sonrisa burlona y desdeñosa detrás de sus gafas y hacen sonar con indiferencia sus instrumentos de acero como si fuesen inquisidores. Allí están esos bisturíes con que extirpan partes del cerebro, allá las horrendas tenazas con que arrancan de cuajo los corazones, y el abundante algodón se presenta blanco como la nieve que ahoga luego a la paciente. Cada paso que resonara en el suelo revestido de tela encerada podría traer la salvación, pero no viene nadie, reina en el edificio un silencio como en una tumba. Seguro que se han marchado todos y solo volverán cuando sea tarde. La muerte se presentará de manera irremediable antes de que llegue la ayuda. Las lámparas brillan en lo alto con la indiferencia de los rostros blancos de las monjas en los que no ha dejado huella ni la vida ni la muerte.

Cuando la comadrona y el médico acostaron a Natália en la mesa de parto, le encarecieron que se calmara y pusieron a su lado en el suelo el hato blanco y pequeño que había traído y que contenía una camisita barata, un gorrito con una cinta de color rosa, prendas pobres que la habían acompañado hasta allí con la fidelidad de la que solo los pobres son capaces... Al oír los ruidos, las dos mujeres que llevaban sufriendo allí desde el atardecer parecieron apaciguarse... ¿Había llegado quizá el indulto a la celda del condenado a muerte? Una interrumpió en medio de la frase el Padrenuestro que rezaba sin interrupción, la otra se quedó en el número 2.600 que escapó a sus labios exhaustos. A continuación, se marcharon tanto la comadrona como el médico. La puerta se cerró.

El Padrenuestro volvió a sonar como un lamento desesperado. Y la mujer que iba desgranando los números lo hacía con una tristeza tal que parecía ir leyendo los minutos que le quedaban de vida.

Natália se despidió de sus nuevos amigos, del señor Czifra y de su acompañante, unos dolores muy intensos se adueñaron de ella, como una marea que subía en el mar... Imágenes de su vida se le presentaron de manera discontinua, fragmentaria...

… En la noche en que confesó a Henrik que esperaba un hijo habían llegado ya los días desapacibles, el oro del mes de septiembre se borraba ya de los tejados y de las chimeneas que Natália veía desde su ventana. La lluvia caía largo rato sobre las tejas envejecidas y sobre los canalones en la calle Jeremiás Frank y Señora, como si simbolizara los pasos de Henrik, que no paraba de andar a lo lejos sin saber ni adónde ni por qué. Henrik era el típico jovenzuelo de Pest, que no

estaba nunca en casa, que para la correspondencia daba las señas del café y aprendía del camarero jefe todo cuanto era sabiduría y arte de vivir; en casa siempre se aburría, a lo sumo leía la revista deportiva y se ofendía porque Natália no sabía nada de caballos, no conocía las estafas del hipódromo, no se interesaba por las historias que él traía del café y lloraba tan a menudo que Henrik se desquiciaba.

Henrik daba, pues, vueltas por la ciudad como la lluvia otoñal.

Una tarde, la señora Jella, con un puro en la boca y su pomposa actitud viril, abrió la puerta de la habitación de Natália y le preguntó a qué dedicaba los días. Le reprochó que no amara realmente a Henrik, porque si lo amara no cargaría todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros de ese pobre y honesto muchacho al que incluso mantenerse a sí mismo le suponía un enorme problema y una enorme preocupación hasta tal punto que iba a encanecer prematuramente. Las mujeres de verdad, las mujeres hechas y derechas eran aquellas que no solo compartían las preocupaciones con los hombres, sino que procuraban reducirlas, cada una según sus talentos. Muchas cosas añadió la señora Jella mientras iba y venía con paso militar por la habitación, las manos juntas a la espalda y una sonrisa de desprecio que habría bastado para destruir el mundo.

—¿Que se imagina, querida, que alguien la va a elogiar porque mañana se le caiga la falda de la cintura? He visto bastante gente perezosa en la vida, pero nunca una tan perezosa como usted, capaz de permanecer días enteros tumbada en el sofá sin mover siquiera el dedo meñique. Es una gran vergüenza que una mujer joven ande hambrienta y andrajosa por Pest, donde todo el mundo se gana el pan. Pero, claro, resulta más fácil esperar a que vuelva el pobre Henrik que tiene que mendigar la comida diaria en la verdulería, en la tienda, en la fonda. Diez céntimos cuesta un pepino, y usted se come una docena como mínimo.

Natália escuchaba amargada las sabias frases de esa vulgar mujer. Allí comenzó a ver hasta qué punto estaba corrompido el mundo. Cuando lloraba, siempre lloraba por la pequeña aldea en la región de Bakony, donde iba descalza en su infancia y cantaba las melodías que le enseñara el pastor de ocas. ¡Qué mirada tan diferente de las de Pest tenían allí las personas! Sin embargo, hasta en Óbuda se sentía más feliz que en esa casa, donde las mujeres deambulaban en pantuflas, cantando durante el día, donde el organillo despertaba con ímpetu sonoro a todo el mundo, las mujeres se asomaban desnudas y con cara de sonámbulas por la baranda de hierro de la galería y jóvenes sin rumbo permanecían sentados en los umbrales de las cocinas, con el pelo que les caía sobre los ojos, y cuando llegaba el tiempo desapacible seguían usando zapatos blancos y solo se ponían de pie cuando el perro perseguía al gato en el patio y jaleaban entonces al

can.

Y una noche, después de pasar el día entero pensando en buscar un empleo en la región de Bakony y visitar a sus antiguos conocidos, al señor Bors, en cuya tienda no paraba de sonar el timbre, y las señoras y las muchachas entraban con las mejillas encendidas por la escarcha, con grandes pañuelos de color gris, y al atardecer traían farolillos y chismes, olía bien el jengibre, resplandecía roja la páprika, el pan de azúcar tenía la forma de un capirote negro, y el bidón de aceite, como un pozo inagotable, suministraba luz a los habitantes de la aldea, cuando los ancianos desgranaban sus relatos (¡ojalá nunca acabaran!), los más listos hojeaban el libro de los sueños o antiguas historias, y hasta los enfermos se incorporaban en sus lechos al enterarse de que un coche extraño, con un perro extraño atado a la rueda trasera, atravesaba el pueblo, esa noche confesó a Henrik lo que llevaba tiempo manteniendo oculto. Henrik se indignó —jamás olvidaría ella su cara de pasmo— y cogió el sombrero para ir a ver a Palacki y pedirle consejo en este asunto tan difícil.

Henrik no se presentó hasta el amanecer.

Normalmente, las noches ya solían ser largas e insoportables en esa casa, pero allí estaba Henrik hojeando la revista deportiva, escribiendo apuntes, fumando, construyendo castillos en el aire. En esta ocasión, sin embargo, la pobre Natália permaneció sola durante toda la noche, sentada junto a la ventana, contemplando la oscuridad que tremolaba desorientada sobre los tejados. Y mientras se sumía en sus pensamientos, siempre se sobresaltaba al escuchar el llanto de un bebé en algún sitio. Ahora delante de la casa, ahora en esta misma, ahora en el vecindario; imaginaba desfigurarse el rostro de la criatura, la imaginaba abriendo la boca, implorando ayuda con las manitas, pataleando con los piececitos... Prestaba atención, pero no oía ningún llanto. Solo el viento suspiraba entre las ramas del zumaque que en aquel tiempo todavía se alzaba en la calle Jeremiás Frank y Señora. Era el único árbol que alcanzaba allí la primera planta y mostraba sus hojas rojas, hoscas, picadas por la escarcha como una vieja agria que enseña su rostro ajado por una puerta. Era el único ser en toda la calle que se alegraba del viento, porque al menos le mecía el ramaje. Por la noche recogía toda clase de telas de araña y babas del diablo, como si se hubiera marchado de su sitio para dar un paseo. Daba toda suerte de estúpidos consejos a quienes padecían dolores de cabeza y apoyaban, desanimados, la frente en el cristal de la ventana. Sin embargo, cumplía también otra misión para las habitantes de la casa, y Natália pudo observarla en esa noche.

Despuntaba el alba, cosa esta que pudo constatarse con total certeza porque los músicos gitanos se enzarzaron en una feroz discusión en la expendeduría de aguardiente número 15 de J. Grauer,

situada en la esquina. Esos clientes matutinos que se presentaban con absoluta puntualidad al abrir la tienda recordaban con sus gritos salvajes a los nómadas de la gran llanura. Como si no hubieran sido ellos los que poco antes, en el jardín de invierno del cabaré, tocaban los valses lascivos, la música negra de ágiles pies, las melodías londinenses de color rubio dorado y cabeza de gato, las vertiginosas csárdás de la llanura húngara, los ritmos de baile con los cuales hasta los mejores hombres se enamoran de mujeres de las cuales se avergüenzan luego durante el día, aunque a veces esa misma melodía estimula a los fantasmas nocturnos de sangre ligera a poner fin por la mañana a sus vidas carentes de rumbo mediante la sosa cáustica o una pistola. Quienes se presentaban en la mugrienta expendeduría de aguardiente con sus violines, sus borracheras, sus corazones sombríos y sus dolores animales, eran músicos, mujeres de la vida, camareros de noche, viejos cocheros que transportaban a suicidas: todos hablaban tanto y tan rápido que parecían confesarse por última vez, no volver a encontrarse ni allí ni en el más allá. Esos peregrinos del amanecer no creían que alguien todavía los amara, aunque no llevaban un estetoscopio para examinar el corazón, como los médicos. Dejaban colgar las piernas de los barriles sobre los cuales se sentaban. A veces suspiraban y luego apagaban enseguida los suspiros con una copita. Eran esos hombrecillos de cara enrojecida, mirada fogosa, respiración ardiente, tambaleantes, que en una madrugada acabarían sepultados bajo la nieve mientras a paso lento se dirigían a casa. Mujeres de pechos hundidos, muchachas que solo muy de vez en cuando se peinaban, jóvenes ariscos, ancianos venidos abajo permanecían tan resignados en esa expendeduría que daban la impresión de esperar a la Muerte Redentora. Resultaba casi milagroso que en ocasiones un cochero deforme, de cara rubicunda, con un abrigo de piel se subiera despotricando al pescante y se marchara. Solo Dios sabía adónde.

La niebla se posó sobre la calle y convirtió a los viandantes en sombras, como si los habitantes de otra ciudad se hubieran introducido a hurtadillas en Pest, las farolas se hartaron de mostrar el camino y se alejaron de sus emplazamientos habituales, y una calesa traqueteaba con un ruido sordo dirigiéndose sin duda al cementerio, mientras el canto de una mujer achispada sonaba como si viniera de ultratumba.

En medio de la niebla, un hombre y una mujer, invisibles ambos, conversaban en la calle. Aunque las voces procedían de bastante distancia, Natália reconoció las de Rózsi Kisfuvaros y de Palacki. Palacki animaba a la muchacha a terminar con la esclavitud y a fugarse con él. «¿Adónde? Ya se verá». Palacki explicaba con todo lujo de detalles cómo llevar a cabo la fuga sin que nadie en la casa se diera cuenta. Era un hombre inteligente, claro está. Se sabía el asunto al

dedillo, como si hubiera dedicado su vida a organizar huidas de mujeres. El plan de Palacki incluía el zumaque, por el que Rózsi Kisfuvaros había de bajar del primer piso después de lanzar a la calle, sin que nadie se percatara, su ropa, sus sombreros, sus fotografías, sus plumas de adorno, así como el vestido de novia que llevaba años envuelto en un hato. «La niebla es muy propicia», consideró Palacki.

Y, en efecto, todo transcurrió tal como había previsto. El hato cayó como un cadáver de la ventana de la primera planta. «Usted no se me escape», dijo desde lo alto la señorita Kisfuvaros a Palacki. Después crujió el ramaje del zumaque cuando la fugitiva salió por la ventana y se agarró de las ramas. Alguien se acercó por el otro extremo de la calle, y Palacki se puso a despotricar como un borracho. La señorita Kisfuvaros tocó tierra felizmente y en brazos de Palacki se marchó para siempre de la calle Jeremiás Frank y Señora para que al día siguiente la señora Jella incluyera su nombre en sus maldiciones y mandara al conserje a talar de inmediato al mudo cómplice, el zumaque.

Sin embargo, antes de que el árbol terminara sus aventuras en la calle Jeremiás Frank y Señora —aventuras que las llamas escucharían y valorarían en el siguiente invierno—, el árbol aún tuvo que cumplir una tarea. Tras la fuga de la señorita Kisfuvaros hubo de ayudar también a Natália a descender, obligación que el árbol atendió a la manera de un anciano caballero. Natália estaba libre. Cuando la mañana había absorbido la niebla, vio desde la ribera del Danubio la cadena de montes que azuleaba y se estiraba detrás de Óbuda, como si allí se refugiaran y se escondieran los sueños, las figuras oníricas y los personajes imaginados de Pest y de Buda y allí continuaran sus vidas, a las que el pavimento aquincense no era favorable. ¿Adónde podía huir Natália sino al bosque, entre los montes, allí donde se oculta el hombre herido y fugitivo siguiendo el camino de ciervos y aves silvestres? Caminó durante todo el día, tanto que a punto estuvieron de desprendérsele las piernas. No conocía la zona, pero confiaba en que en algún momento la saludarían los árboles, la interpelarían los arbustos y desde lejos le sonreiría irradiando devoción el campanario de tejas rojas de la pequeña aldea de la región de Bakony donde ella había nacido. Se encontraría con los peludos perros guardianes del pueblo, que la reconocerían y menearían la cola. Las zanjas, las vallas, las garruchas de los pozos se dejarían acariciar... La saludaría hasta el mendigo ciego. Mária Radics, la anciana señora noble del pueblo, estaría sin duda delante de su casa con su porte de álamo, oteando el camino por el que llevaba treinta años esperando a alguien. Y si por azar anocheciera cuando la pobre errante llegara a su aldea natal, reconocería el lugar de todos modos, aunque solo fuese por el timbre que sonaba en la tienda del señor Karabélyos.

¡Qué maravilloso, qué atractivo imaginó aquel pequeño pueblo de la región de Bakony mientras dio vueltas y vueltas durante días! Como la tierra de promisión, como la torre de los sueños, como el palacio de los cuentos de la vida, así le indicaba la esperanza que a la hora siguiente vería las veletas en lo alto del viejo castillo. Ya ni siquiera recordaba por dónde había andado, cómo había eludido los lugares habitados, sobre la geografía solo sabía lo que había aprendido en la escuela, y el propio maestro no conocía, de hecho, aquella región, pues había nacido en Pusztapalota... Eran días de otoño secos, fríos, iluminados por el sol; los endrinos ya habían recibido el aliento silbante del veranillo, las laderas de los montes tenían el color de los vestidos de las damas de Pest, en los profundos barrancos dormían las almas de los difuntos de las aldeas de los alrededores, por el rubio sendero iba cantando una joven y esbelta aldeana con su cántaro, por la carretera revoloteaban las babas del diablo, en los prados silenciosos todo aquel que sufría podía reconciliarse con su vida apoyando la cabeza en las flores que se secaban, las hadas se marchaban en ese preciso instante del bosque a hurtadillas y sus velos se quedaban enganchados en la espesura, una paloma torcaz acababa de beber de la fuente, la noche iba subiendo por los valles como un viejo que caminaba envuelto en su hopalanda negra. Después salía la luna y pasaba su plato de cobre sobre los valles llenos de ecos y los bosques sumidos en los sueños.

Pasó Natália por delante de las pequeñas cabañas del bosque en las que brillaba el fuego como el amor; descansó al pie de crucifijos de piedra, Jesucristos de hojalata y ermitas, y de su corazón emergían rezos fervorosos como nunca en su vida. Los crucifijos la bendecían con sus brazos, los Jesucristos de las bifurcaciones la seguían con mirada triste hasta que se perdía de la vista, los calvarios levantados en las laderas de los montes adyacentes a los pueblos religiosos, con lirios de color azul oscuro que todavía florecían a finales de otoño, le explicaban que todo el mundo había de recorrer el calvario de la vida.

En el curso de sus andanzas, Natália se topó con el «puerco espín» —había olvidado ya el verdadero nombre de ese viejecito o quizá nunca lo había sabido— y le ayudó a recoger leña para el invierno. «Pronto llegarán las lluvias de otoño y entonces ya no se podrá salir de casa», consideró ese hombre bajito y solitario que por ciertas extrañas circunstancias residía solo en una casa de verano amarilla, con postigos verdes, en el linde del bosque, entre arbustos de grosella espinosa, manzanos y saúcos que dejaban caer sus negros frutos. Quién sabía cómo había ido a parar el anciano a esa vida solitaria, quién había sido antes, cuando vivía lejos de esa casa de verano en la que, durante su ausencia, los jóvenes, hombres y mujeres, organizaban fiestas campestres y aquel cuya pareja no había acudido lanzaba

cohetes a la noche estival estrellada. El lanzacohetes con el extremo tiznado seguía en su sitio, pero al anciano jamás se le ocurría utilizarlo. Se dedicaba sobre todo a enjuagar toda clase de servilletas abigarradas en agua fría para poner compresas sobre su corazón. Cuando encontraba un trozo de paño en algún sitio, enseguida lo guardaba en su botiquín. Por lo demás, juntaba leña, ramas secas, troncos podridos que elegía con antelación y trasladaba luego con enorme esfuerzo a su casita. En esa labor le ayudó mucho Natália, que con su juventud musculosa y cimbreña era capaz de trepar hasta al árbol más alto para serrar la rama seca escogida. Al anochecer, cerraban la puerta, el anciano se acostaba temprano y se quejaba de que, por causa de la debilidad de su vista, no pudiera dedicar el tiempo a leer. Decía que solía llenar el invierno repasando su vida año por año. A veces tardaba dos semanas en revisar con detenimiento un año pretérito que llevaba ya tiempo colgado de un clavo en el desván, donde se secaba el viejo morral de cazador. El anciano usaba prendas de vestir de hacía treinta o cuarenta años y con el bastón con contera metálica en la mano iba siempre tan erguido y tan recto como si fuera por las vías del tren. En una ocasión contó que en su juventud había construido el ferrocarril de la frontera, que cobraba esto y aquello, que pernoctaba al aire libre con sus trabajadores, pero que los sábados volvía a la central, donde bebía grandes cantidades con los ingenieros. ¡Aquello era una vida alegre! Ya no volverían los tiempos en que estaba de moda cantar la misma canción durante toda la noche. Por ejemplo: «¡No, de aquí no nos iremos jamás!» Mientras recordaba, el anciano no variaba en absoluto su tono de voz. Hablaba sin emoción, sin matices, sin énfasis, como la gente que pasa mucho tiempo sola y finalmente se desacostumbra a la compañía de los otros. Y mientras él recordaba, Natália permanecía en cuclillas ante el fuego en la oscura habitación, contemplaba las llamas y las brasas que se iban extinguiendo y rememoraba su pequeña vida. Si al viejo se le hubiera ocurrido preguntar a Natália sobre su vida, la muchacha habría recitado la lección de carrerilla. Sin embargo, don Feri nunca le preguntó siquiera de dónde venía. Le pareció de lo más natural que un día se encontraran en el bosque.

Un día, por la mañana, se escuchó el denso tamborilero de un chaparrón desde el exterior, cayó una fría y copiosa lluvia, la niebla tapó la ventana, las moscas se subieron al techo de la habitación y lo ocuparon todo entero con espesos enjambres negros. La lluvia y la niebla no permitían ver el bosque, en el camino empinado se movieron las piedras y rodaron hacia abajo, los frutos del saúco tiñeron el patio, cambiaron de forma los árboles, los arbustos y el humo que salía por la chimenea, y sonaba también de otra manera el violín que don Feri tocaba por las tardes.

Natália declaró que se marchaba de la casa, porque no aguantaba las pulgas.

Don Feri extrajo un billete de diez forintos de un escondite y se lo entregó a Natália. «Yo sabía que llegaría el mal tiempo», murmuró, y miró largo rato el jardín a través de sus quevedos.

Natália llegó por la noche en tren a la aldea. El viento se llevó las nubes, la lluvia se quedó en algún sitio como un caballo cansado. Natália caminó desde la estación por el sendero para peatones y entonces se dio cuenta de que era huérfana y no tenía a nadie en el pueblo a cuya puerta pudiera llamar. A la manera de una huérfana entró entonces en el cementerio que se hallaba entre la estación y la aldea, como si la muerte alcanzara a los lugareños de camino, precisamente cuando se disponían a dejar atrás el horror y marcharse con el tren de cercanías.

El cementerio era como cualquier cementerio de pueblo. Los sauces llorones, las acacias, los zumaques entretenían con sus ayes y suspiros a quienes yacían bajo tierra. Graznando revoloteaba el grajo en el viento. Las hierbas se levantaban sobre los túmulos pelados como si el muerto hubiera soltado un enorme soplido allá abajo. Lejos, en el fondo del cementerio, siempre había alguien que se echaba a correr ante los pasos de una persona viva. Tal vez un bandido que no había podido volver a tiempo a los bosques de Bakony y ahora pasaba allí las noches. O tal vez el zapatero Groszter, que se marchó del pueblo en la infancia de Natália y se convirtió en fantasma. Hacia la medianoche ya prefería dormir y solo al atardecer se paseaba envuelto en su sábana blanca por los alrededores del cementerio rodeado de majuelos. Abordaba a los transeúntes y pedía dinero para un poco de aguardiente, porque, como decía, le ardían mucho las tripas.

Natália se detuvo ante los crucifijos, se inclinó sobre ellos y leyó los nombres de los difuntos a la luz engañosa del crepúsculo. Como era de esperar, conocía a casi todos cuantos yacían en ese cementerio. El viento mecía las ramas y las cruces se movían entre fugaces sombras, como si saludaran contentas a Natália después de tantos años. El viejo Liptai, que alcanzó los sesenta y cinco años de edad, pareció reír a mandíbula batiente, tal como hacía en vida, al ver a la muchacha. Pál Mózer, el antiguo hostelero, famoso porque agonizando salió a saludar a sus clientes y estrechó la mano a cada uno de ellos, hizo sonar las llaves de su hostal; ¿o eran quizás los huesos que sonaban allí abajo? El viento arrancó las hojas lanceoladas del castaño y las arrojó al suelo con enorme rapidez, como si un gavilán se hubiera abalanzado sobre ellas desde lo alto, precisamente sobre la tumba del viejo Morvai que en vida tuvo tres esposas y se casó con la cuarta en su lecho de muerte, mientras profería alaridos de dolor, como si el mismísimo diablo le tirara de los pelos. Allí descansaban

esos hombres acomodados que siempre llamaban la atención en la aldea, también cuando contraían matrimonio y solicitaban un crédito en la caja de ahorros de Veszprém para el banquete de boda, bailaban con porte gallardo y se retorcían el bigote hasta que parecía de piedra; llamaban la atención también cuando agonizando encarecían a la asombrada parentela que los enterraran en un ataúd de madera de roble y con una mortaja de seda. De todos ellos solo quedó un nombre y una fecha. Otras personas habitaban ahora sus casas y sus botas servían a los vagabundos para errar por las carreteras.

Natália fue de una tumba a la otra. Las hojas encogidas de las acacias crujían bajo sus pasos. Entre los arbustos ya ralos se podía ver el camino que llevaba al pueblo y en el que hacia la medianoche los fantasmas progresaban con sus largas y flacas piernas. Las tumbas se iban oscureciendo bajo las ramas que se balanceaban y que filtraban en silencio la lluvia y la tiniebla. Natália no tenía miedo en el cementerio abandonado. Como si hubiera estado en la aldea de su infancia en la que todo el mundo le resultaba familiar. Vaya, allí estaba también János Radics, al que llamaban el barriga colorada y que sacaba los pies de la tumba en la que yacía cómodamente.

Así llegó al final del cementerio, donde las tumbas ya no llevaban inscripción alguna. Se habían llevado los crucifijos para servir de leña en las estufas, los túmulos se habían hundido, el viento ululaba groseramente y unos hoyos ensombrecían el suelo y acumulaban agua de lluvia. Natália se sentó sobre una tumba anónima y apoyó la cabeza en las palmas de las manos, las lágrimas asomaron a sus ojos. Largo rato permaneció así sentada, sumida en sus pensamientos; eran esos extraños momentos de la vida en que el alma se libera de los pensamientos cotidianos y la mirada empieza a ver a gran distancia, al pasado lejano que normalmente no se recuerda... Se vio a sí misma como una niña descalza, con el pelo de muchachita y con las manos sosteniendo unas flores silvestres, ante ese mismo túmulo. Le habían dicho que allí dormía su madre, de manera que luego pasaba el día jugando en el cementerio, cerca de la falda materna. Recordaba que a veces, en las ventosas tardes otoñales, cuando nadie acudía al camposanto, su madre le hablaba con voz suave, apenas audible, desde el fondo de la tumba: «Dulce y querida hijita mía», canturreaba la cálida voz. Y ella se sentía entonces indeciblemente feliz. Se tumbaba sobre la tierra, apretaba la oreja contra las hojas secas, para escuchar más de cerca esa voz subterránea. Y la voz repetía con una ternura incansable: «Dulce y querida hijita mía...». Alguien le acariciaba suavemente el pelo, la cara... Era el viento... Alguien la abrazaba, la besaba, y la voz susurraba cada vez más delicada: «Dulce y querida hijita mía...». Natália, cuando se hizo mayor, iba a escuchar el ruido de una máquina de coser en un extremo del pueblo. Alguien

le había dicho que esa máquina había pertenecido a su madre. En las tardes somnolientas, Natália permanecía con los ojos entornados bajo un árbol, lejos de su casa, y volvía a escuchar en el ruido de la máquina de coser esa voz infinitamente suave del cementerio: «Dulce y querida hijita mía...».

Descendieron las lágrimas por su rostro triste, las manos se juntaron para rezar, oh, cómo deseaba ella volver a oír esa voz querida y salvadora proveniente de la tumba, que se había ido volando como un sueño.

Y mientras ella seguía sentada en silencio, de pronto volvió a escuchar a su lado, o dentro de sí, esa voz de antaño:

—Dulce y querida hijita mía...

Era tal aquella voz que sobre el corazón de Natália se posaron al mismo tiempo la calidez, el deleite y el vértigo. De repente abrió los ojos. La rodeaba ya la oscuridad, solo los árboles otoñales susurraban y murmuraban en el cementerio; la niebla caía como una ceniza, y desde la tumba volvió a oírse la voz:

—Dulce y querida hijita mía...

Natália se arrodilló y se quedó mirando la tumba. Atravesó con la mirada la tierra, la hojarasca, la tiniebla y abajo vio, a dos varas de profundidad, a su madre.

Jamás la había visto, pero en ese momento la reconoció allá bajo tierra. Llevaba una ropa blanca como la nieve y su semblante era dulce como el de la Virgen del pueblo. Su frente brillaba como si la luz de una estrella le iluminara el pelo castaño, la cara pálida, los hombros estrechos. Estaba sentada en la tumba y mecía a una criatura. La mecía con suavidad, quizá le estaba contando algo, la abrazaba con los dos delgados brazos, quizá la estaba durmiendo... Ya era de noche, y la pequeñita tenía que dormir.

Y entonces vio también el interior de las tumbas vecinas. A la derecha, un anciano de gran mostacho yacía de costado apoyándose en un codo y observaba con ojos grandes y serios a la criatura a la que estaban adormeciendo. El viejo llevaba unos pantalones amplios y una camisa azul y se mantenía tranquilo, como si estuviera al lado de la fogata del pastor.

A la izquierda yacía una mujer con un vestido negro de seda. Parecía muy anciana, pues no era capaz de levantar la cabeza y escuchaba inmóvil lo que ocurría a su alrededor. Tenía las manos juntas sobre el pecho y así permanecía, en un rezo eterno, en la infinitud. El pelo bajo su tocado era gris como el cáñamo.

Natália, sin embargo, solo tenía ojos para su madre allá abajo en las profundidades. Con una tierna sonrisa, más dulce que la leche, más suave que el canto, más queda que la brisa, mecía y adormecía a la criatura; sin que apenas moviera los labios, quizá solo a través del

pensamiento, la voz salía de su corazón:

—Dulce y querida hijita mía...

Una sombra gris recorrió los árboles, la luna con su ancho rostro apareció de pronto en el camino por el que solían pasear los difuntos y echó un vistazo al cementerio a través de los ralos arbustos. Con el brillo lunar palidecieron las figuras subterráneas, fue como si se hubieran hundido más aún, los túmulos volvieron a cerrarse. La luna era roja esa noche, con su llegada un viento del sur estremeció el follaje de los árboles.

Natália, conmovida, se persignó. Desde que viera a aquella criatura en los brazos de su madre muerta en el fondo de la tumba, se sentía más madre que nunca. Un escalofrío le recorrió el corazón e hizo que le temblara todo el cuerpo. Sintió luego un dolor ardiente, como si la hubiera tocado un hierro al rojo. Su madre difunta mecía a su futuro hijo, al bebé que llevaba en el vientre. Con los ojos aterrados, abiertos de par en par, miró la luna, y en el disco de la luna también vio niños. Cabecitas con gorritos, una al lado de otra con la inmovilidad de los muertos. Los muertos estaban por todas partes a su alrededor. Como si todos ellos estiraran a la vez las manos hacia ella y hacia su hijo para arrancárselo y llevárselo al otro mundo. Natália a punto estuvo de sucumbir por el miedo y por la lucha que libraba con esas manos invisibles. Afloró en ella un amor ilimitado por ese pequeño que querían quitarle, antes incluso de que fuera suyo. Y ese amor infinito la inundó como un mar. Amaban sus manos que apretó contra el pecho. Una voz feliz y temerosa sonó en su garganta, como si ya se dirigiera a aquel por el que había vivido hasta entonces y al que de repente comenzó a esperar como si ya estuviera en el umbral. La rodeó ese amor maravilloso y enigmático, de origen celestial, que solo las mujeres pueden sentir en recompensa por sus sufrimientos. No podría amar, ni de lejos, a nadie como a ese pequeño desconocido y a punto estuvo de desplomarse desesperada por haberlo visto ya en el fondo de la tumba. No podía reflexionar sobre su visión, no podía consolarse pensando que su madre fallecida hacía mucho tiempo se despertó de su sueño en la tumba para mecer en sus brazos a la criatura de su hija. No podía alegrarse de la aparición de la difunta que había vuelto por un instante con sus guardianes del otro mundo, el anciano y la anciana, para saludar a su nieto y a su hija. Solo comenzó a sentir miedo por ese pequeño desconocido... A punto estaba su corazón de partirse por el tormento al pensar que el pequeño desconocido moriría algún día y también acabaría bajo tierra... No pensaba en sí misma, ni en su propia muerte. Sentía miedo por esa maravilla por venir, frente a los árboles sombríos que movían los brazos, a la hojarasca que hacía un ruido inquietante, a los muertos que espiaban de forma alevosa desde las entrañas de la tierra. Ululaba

y zumbaba el viento, gemía sobre su cabeza, y volvió a oírse esa voz cálida como el viento del sur:

—Dulce y querida hijita mía...

—¡No, no! —exclamó Natália sollozando desesperada, levantó unas ramas secas que yacían sobre el túmulo y las apretó contra el pecho, como si protegiera a su hijo de ese mundo fúnebre terriblemente gélido.

A partir de ese momento, amó más a su futuro hijo que a su propia vida.

En cuanto alcanzó la carretera iluminada por la luna, ya supo adónde iba. Como si algún viejo difunto, por compasión con la muchacha errante, le hubiera susurrado el consejo al oído.

Vivía en la aldea un pariente al que pocas veces había visto en su infancia. Don Ignác se llamaba el pariente, conocido por vagabundear durante toda su vida. El tal Ignác era hermano de la madre de Natália y llegó con un retraso de seis meses al entierro, pues por aquel entonces andaba por la Gran Llanura. Caminaba y caminaba, no paraba de caminar, iba a ver, según decía, a sus parientes. Iba a pie, se ponía en marcha andrajoso y con barba oscura, su cuerpo bajito apenas proyectaba sombra sobre las vallas y los muros de las casas, avanzaba como una hoja de árbol seca y ennegrecida y no temía ni la noche, ni las tempestades, ni la espesura de los bosques. Era zapatero de profesión, pero jamás había ejercido en su pueblo, ya que su padre había sido un comerciante rico en la región.

Como si en el cementerio le hubieran dicho incluso dónde había de llamar. Llamó a la puerta de una casita del tamaño de una ratonera, e Ignác, como si hubiera recibido ya el mensaje a través de algún muerto de ágiles piernas, no se extrañó en absoluto al ver entrar a Natália.

—Siéntate —le dijo.

Era una casita de lo más humilde que quepa imaginar, tan solo tenía cuatro paredes y un tejado. Por fortuna, la iluminaba la luna, de manera que no había que encender una luz. Se sentaron en el peldaño del umbral en el patio, e Ignác se puso a hablar de sus andanzas. Había regresado la semana anterior, como si hubiera percibido que llegaría una invitada. Ignác atribuyó a unos bandidos que durante su ausencia le desvalijaran la casa y que violentaran la cerradura del sótano, pero Natália sabía perfectamente que Ignác nunca había poseído nada. De hecho, no quería más, solo un techo bajo el cual poder dormir.

—¿Fuiste a ver a Mari? —preguntó Ignác.

(Mari se llamaba la madre de la muchacha.)

—De allí vengo —respondió Natália.

—¿Te dijo algún mensaje?

La joven se quedó pensando:

—Sí, que me alojaras.

Ignác asintió con la cabeza hirsuta y delirante y volvió a hablar de sus andanzas. Quería demostrar que no merecía su destino. Acusaba a toda clase de hombres desconocidos, nunca vistos, de ser los causantes de su pobreza. Natália, sin embargo, no le prestaba atención. Miraba contenta la valla destartalada que los vecinos no se habían llevado porque el bosque de Bakony estaba más cerca. Se alegraba de ver la casita, cuya chimenea era tan diminuta que parecía tener vergüenza. La puerta de la calle estaba atada con un cordel. Y casi soltó un grito de regocijo cuando apareció un puerco espín.

—Lo traje de unos de mis viajes —gruñó Ignác.

Daba igual que la ventana estuviera tapada con cartones, que Ignác roncara tanto que la casita temblaba, que un árbol seco se alzara a la luz de la luna como un fantasma y la mañana fuera tan fresca, húmeda y soleada que Ignác, como loco que era, se levantó de un salto y dijo que era el momento de emprender un viaje por montes cubiertos de pinos y avellanos, ponerse una flor de las nieves en el sombrero, caminar por el empedrado irregular de viejas ciudades, ver torres rojas y averiguar la hora en el escaparate de una relojería... A punto estuvo de ponerse en marcha, concretamente a Podrádfelka, donde tenía un pariente, un pariente que era suyo, no de Natália.

Luego, sin embargo, Ignác renunció a su visita familiar y observó con sumo interés cómo cambiaban la casa y sus alrededores gracias a las manos hacendosas de Natália.

Hacia el mediodía dos pequeños paros se instalaron en el árbol seco. Vestidos con sus chalecos coloridos silbaron una canción, como los músicos ambulantes. Natália escuchó emocionada su canto, como si volviera a ser niña, a la vez que Ignác, cabizbajo, declaraba que había llegado el invierno y los paros abandonaban los bosques de Bakony.

Los días siguientes también fueron felices en la vida de Natália. El hombre es realmente feliz cuando vuelve a sentir la infancia, por muy triste que fuese.

Al principio, la muchacha que había regresado a su tierra solo se atrevía a mirar el mundo por un resquicio de la puerta. Fue reconociendo las casas que en su día eran tan enormes que ella solo llegaba hasta la altura de las ventanas. El álamo continuaba en la esquina, pero mucho más pequeño que antes. También la cruz del campanario se había acercado al suelo. Incluso el castillo condal en el que había pasado la niñez se había encogido como una manzana silvestre. Quedó claro que los postigos verdes no eran tan grandes y que por el portal lleno de ecos y resonancias a lo sumo cabía un carro de heno, en ningún caso dos. Le habría gustado saber qué guardaban

ahora esas habitaciones en que en los días de invierno escuchaban el zumbido de las grandes estufas con la pequeña condesa. Y las campanas que sonaban al mediodía parecían timbres. Sin embargo, ya daba igual. Natália se sentía feliz. La región de Bakony amarilleaba aún en los alrededores como si no hubiera sucedido nada desde que Natália se paseara descalza por allí. También el humo que ya en su infancia ascendía desde el medio del bosque y se quedaba flotando sobre el horizonte, quizá porque los bandidos habían dejado encendido el fuego que desde entonces ardía. El viejo Fanti seguía caminando arrimado a los muros de las casas, como si hubiera perdido algo —según los aldeanos, la chaveta—, solo su cara había cambiado y era ahora blanca como el papel. Vuela, vuela, golondrina de la infancia, zumba, bosque del Bakony, ven, nube, como si nada hubiera ocurrido desde que Natália estuvo por última vez por estos pagos. ¡Permaneced, días, deteneos, noches de claro de luna, no te apresures, viejo reloj en el campanario de casquete colorado, cacaread largo rato, gallos en los patios, y que nadie muera en el pueblo! Mujeres, poneos los viejos vestidos y lucid vuestras redondeces aldeanas; hombres, bajad de los desvanes los bigotes negros de antaño, las miradas duras, las barbas ondeantes; niños, cantad las longevas canciones en el huerto de la iglesia; huérfano de Dios, loco del pueblo, Miklós Mikulás, adorna tu sombrero con plumas de gallina; sopla, viento, y por el portal lleno de ecos y resonancias del castillo entre traqueteando el carruaje tirado por cuatro caballos, como entonces, cuando Natália era todavía una niña.

Capítulo décimotercero

en el que nuestra protagonista consigue el Premio de las Damas, pero pierde lo que le era lo más querido desde que tenía memoria, de modo que tras esa pérdida irreparable no tiene ningún sentido continuar la historia

Cantaron los gallos de la maternidad, en el patio ajardinado rodeado de vides silvestres, para consuelo de quienes sufrían y estaban desesperadas. Se acercaba a su fin la noche larga y torturante; a la luz del día, pero ya incluso con la llegada de la estrella matutina y del viento, se mitigaban los dolores y no parecían tan horribles los sufrimientos que se avecinaban. En las enfermedades prolongadas, la gente espera el año nuevo; en las maternidades, es el amanecer el que significa el nuevo año.

Las tres mujeres yacían todavía «sin resultado» en las camas de la sala, aunque se aferraban desesperadas a los barrotes de la cama, como náufragos. Con los ojos desorbitados miraban el reloj de gran bigote en la blanca pared. Al acostarse ya les habían enseñado que las manecillas negras de ese reloj suponían para ellas la salvación, la redención. Cada cinco minutos señalaban desde lo alto, como los dedos de un director que poseía poderes sobrenaturales. Cinco minutos, y venía el dolor, venía el ataque, venían los gritos, entraba el monte Gellért en la habitación y se posaba sobre el vientre de la parturienta... Sin embargo, no era el monte Gellért, sino una comadrona musculosa que con el peso de su cuerpo ayudaba a que un pequeño desconocido encontrara el camino.

Cinco minutos... Cinco minutos... Y cada uno de esos cinco minutos parecía dos veces la vida. Perlas afloraban en las frentes por el infinito esfuerzo. El brillo de los ojos clamaba pidiendo piedad. Aunque trajeran los tesoros de la India, la parturienta seguía con la vista clavada en el reloj.

Volvieron a cantar los gallos —era la hora de Judas en la tierra—, la hora de los partos en la maternidad, cuando las mujeres con las mejillas cubiertas de lágrimas y las frentes sudorosas esperaban rezando a su pequeño Redentor. Se abrió la puerta y la señora Bakaj, de cuya existencia tantas mujeres sabían en Pest, entró en la habitación, lozana y contenta, como una mañana llena de buen humor e inspiradora de confianza. Era una mujer ágil, bajita y morena, en el distrito de Ferencváros los jóvenes la seguían con la mirada cuando pasaba con su falda blanca y las mujeres parturientas aferraban sus manos como si fuera un milagro. Las viejas comadronas aldeanas también llevan en sus cestos la ciencia que libera del sufrimiento, sus manos y su experiencia son seguras y tranquilas, sus supersticiones se

trasladan de generación en generación. Pero ¿qué era su arte en comparación con el de esta buena mujer que había ayudado a cerca de diez mil niños de Pest a venir al mundo? El sufriente siempre busca la gloria y el milagro en la frente de la enfermera con su cofia blanca. Los ojos de la parturienta, a su vez, ven doblemente los ánimos que irradian los ojos de la comadrona. La buena de la señora Bakaj tenía tal tacto que las mujeres de Pest ni siquiera en su senectud olvidaban a esa señora que en sus momentos críticos se había puesto a su lado, animándolas, con coraje, con la eterna sororidad de las mujeres.

Las tres gemían. La señora Bakaj les echó un breve vistazo. Puso sus cabezas en su sitio, les apoyó bien las piernas, les levantó la cintura. Ellas, que se retorcían de dolor, se sintieron visiblemente aliviadas desde el momento en que esa mujer recién peinada, con la cara lavada y las manos frescas entró en la habitación.

—¿Así que ninguna de vosotras quiere ganar el Premio de las Damas? —preguntó en voz alta y animosa, como una maestra a sus alumnas.

—¿Eso qué es? —preguntó una de las sufrientes.

La señora Bakaj, como si quisiera contar un cuento, se puso en el centro de la habitación.

—Había una vez en esta maternidad un joven médico muy aficionado las carreras de caballos. Un jugador empedernido, tanto que incluso daba consejos a las pacientes para apostar. Llevaba en el bolsillo de la bata quirúrgica el calendario del hipódromo, y cuando las pacientes dejaban de lamentarse, lo primero que hacía era echar un vistazo a su omnisciente cuaderno. Sin embargo, ni siquiera el doctor podía acudir siempre a las carreras, sobre todo en las noches, de modo que inventó el Premio de las Damas, ese que los caballos y sus jinetes suelen ganar en la cancha y que aquí, sin embargo, se concede a quien pare primero durante la noche. En la maternidad, el Premio de las Damas es la número siete, esto es, la habitación individual más bonita y más agradable de la casa. La cama es de plata, el marco del espejo de oro, hasta la manilla de la puerta es de metal noble. A ver entonces, ¿quién ganará esta noche el Premio de las Damas?

Mientras la señora Bakaj hablaba, las pacientes callaron durante un rato. A lo cual la buena mujer meneó la cabeza en señal de reprobación:

—Ahora me doy cuenta de que mientras las entretengo no «trabajan». O sea que pónganse a «trabajar», presionen, empujen, aprieten los dientes, recurran a todas sus fuerzas, porque de lo contrario esa criatura no saldrá. Ahora mismo me voy...

—¡No, por favor, todavía no, señora Bakaj! —exclamaron las tres sufrientes.

La señora Bakaj, sin embargo, sabía lo que tenía que hacer, dejó solas a las tres parturientas, pero solo por unos minutos, pues enseguida le tocó entrar en acción con la mujercita de pelo moreno a la que la ambulancia había traído la última, ya de noche...

Natália recordó con los ojos entornados aquellos días que pasó en su aldea natal y que le parecieron los días más felices de su vida. Como si las mañanas otoñales, frescas y cubiertas de escarcha, la hubieran bañado también a ella, no solo los tejados de las casas. Y cuando el sol disipaba la niebla, ella se sentaba en un rincón del patio, desde donde se veía el paisaje, los valles de los que, como un sueño que ha cumplido su tarea, se marchaba la niebla matutina, las colinas rubias de cuyos viñedos ya de color rojo picados por la escarcha bajaban en su infancia mujeres ya mayores cantando a paso de danza y hombres de cara enrojecida para ser sustituidos por otros vendimiadores, y los bosques eran coloridos como los cuentos que sobre ellos se contaban en los alrededores... ¿Por qué se sentía tan feliz? Natália era una criatura demasiado sencilla para dar respuesta a esta pregunta. Se sentía feliz como el paro en la rama desnuda. Hasta que un día se presentaron Palacki y Henrik.

Ojalá nunca hubiera llegado ese día. Una vez ante don Ignác, Palacki presentó a Henrik como legítimo esposo de Natália. E Ignác se sintió orgulloso de ese parentesco luego, por la tarde, en la taberna; contó innumerables historias sobre sus viajes y sus parientes. El tren partió hacia el anochecer, Palacki puso cara furiosa como un bulldog, y a Natália se la llevaron de vuelta a Pest...

—No la hemos dejado marchitarse aquí porque la queremos — explicó Palacki—. ¿Quién sabe? ¿No habría sido preferible no ocuparse de la fugitiva?

Natália declaró que en cuanto tuviera una posibilidad volvería a fugarse. No le gustaba Pest, quería ser una aldeana, andar descalza en verano y atar viña. Huiría.

—La señora mandó talar el árbol. ¡Y nosotros estaremos alerta! — gruñó Palacki.

Así llegó ella a Pest, a Babilonia, al ruido, a los edificios que recibían desconfiados, hostiles, arrogantes al viajero...

Desde la aventura de aquella otra huida, a Palacki no le estaba permitido poner el pie en la casa de Jella. Jella afirmaba ya abiertamente algo que antes solo había comunicado a los más íntimos: que Palacki acabaría en la horca. Ese hombre obeso, por tanto, solo podía comunicar su presencia abajo en la calle mediante silbidos o arrojando monedas contra una ventana, se subía el cuello del abrigo y se calaba el sombrero, pero Jella a veces lo reconocía y le tiraba agua sucia desde la ventana contigua. El carnoso caballero despotricaba entonces terriblemente, amenazaba con llamar a la policía y con

recurrir a la prensa.

—Yo he tratado con granujas peores —decía entonces la señora Jella—, una noche dos judíos polacos quisieron matarme para robarme mis joyas.

Palacki, sin embargo, no se tranquilizaba. Miraba con los ojos desorbitados hacia la ventana tras la cual suponía a Natália. Mandaba mensajes, mandaba ramos de rosas a través de las floristas que trabajaban por las noches, cantaba canciones al amanecer en la taberna de la esquina, melodías cuya letra había aprendido de los cómicos del cabaré, y a todo esto no olvidaba vengarse de la señora Jella: le enviaba ratas y ratones en cajas de sombreros, y ella a punto estuvo de enfermar a causa de esos envíos. Palacki no permitía que lo olvidaran ni que fuese un solo día en la calle Jeremiás Frank y Señora. Cuando había bebido más de la cuenta, recorría la calle blandiendo el bastón. Detenía a los transeúntes y les preguntaba a voz en grito en qué casa residía la señora Jella, esa «famosa bruja».

En una ocasión pilló a un anciano calvo y medio loco, célebre en el centro de la ciudad por su estupidez y su credulidad, al que le hizo creer que la buena de la señora Jella llevaba años perdidamente enamorada de él. Solo esperaba a que el delirante anciano le pidiera la mano. El pobre hombre no necesitaba nada más, consiguió un abrigo al estilo de Francisco José, se puso guantes y dedicó más de una tarde a amargarle la vida a la señora Jella. En otras ocasiones, Palacki enviaba vendedores de perros con unos animales sucios y furiosos a la señora, porque ella «adoraba a los canes» o entregaba en la estación Keleti unas tarjetas con la dirección de la señora Jella a provincianos ingenuos asegurándoles que era el alojamiento más barato en Pest o llamaba por teléfono a los bomberos avisándoles de un incendio en la casa de la señora. También mandaba con algún encargo a artesanos que luego se marchaban airados, solicitaba los servicios de cocheros que después se iban despotricando y cuando se quedaba debiendo algún dinero en la ciudad, hacía que la factura se le enviaran a la señora Jella. Tenía ella bastantes razones para maldecir a Palacki.

Un día, sin embargo, o mejor dicho una madrugada de invierno, los sufrimientos se acabaron de manera inesperada. Palacki se inmiscuyó en una pelea tabernaria; le encantaba hacerlo, pues se jactaba de su fuerza y de su valentía, pero acabó mal. En aquella época distinguía con su cortejo a una tal señorita Mars. En lo que respectaba a hacer la corte, Palacki pertenecía a la vieja escuela, según cuyo método el corazón femenino resistente se ablandaba mediante humillaciones, para lo cual había que prestar atención a otras mujeres y provocar celos. Por eso cambiaba casi semanalmente de estrella a cuyo hechizo mágico se entregaba. ¡Para que se rompiera el corazón obstinado! Y llevaba a la señorita Mars, como a las otras, a

Óbuda, donde explicaba las calles, las iglesias, las tabernas como si hubiera tomado parte en la fundación de la ciudad. En particular le gustaba llevar a sus amigas a las bodas y se detenía con ellas cerca del altar, como si él perteneciera como mínimo a la parentela, en ese semicírculo donde las amigas de la novia empalidecían por la envidia. Y mientras el velo de la novia cubría de blanco la alfombra roja hasta los escalones inferiores, el sacristán de bigote con forma de sacacorchos hacía la señal de la cruz a diestro y siniestro, el chantre tocaba la marcha nupcial de Mendelssohn, todo el mundo lloraba y un joven con voz de capón, quizá el pretendiente descartado de la novia, cantaba en tono melancólico en el coro, Palacki se mezclaba con la señorita Mars entre los convidados y ambos se sentían muy contentos de recibir las felicitaciones de los no iniciados. La señorita Mars, sin embargo, pagó con repugnante ingratitud el cortejo de Palacki, las agradables horas pasadas en el restaurante Kéli y con los vinos de Ackert, que Palacki también le hizo probar. La señorita Mars buscó por la noche una aventura en la calle, para colmo con un hombre poseedor de una navaja. En el Café Moulin Rouge, donde se desarrolló la pelea, Palacki acabó con un navajazo en el corazón en su intento de defender a la señorita Mars. A Palacki solo le quedó tiempo para dirigirse a la cercana calle Jeremiás Frank y Señora, apretando la mano contra la herida sangrante. Llamó primero al timbre y pateó luego la puerta, pero el conserje no le abrió. Terribles sonaron los gritos de Palacki, mientras pudo gritar. A voz en cuello, como si quisiera ganarse las farolas como testigos, con los ojos desorbitados, instalado en el umbral, se desgañitó diciendo que él era una víctima de esa casa. Que todo aquel que franqueara esa puerta había de conocer su destino. Que la horca o la prisión aguardaba a quienes frecuentaran ese antro. Que los caballeros de bigote cano de la ciudad hacían mal en no montar guardia en la calle para impedir que la juventud se acercara a ese lugar de corrupción. Además, dejó la huella de la palma de su mano ensangrentada en el umbral profiriendo una maldición: que se les acortaran las piernas de las mujeres en esa calle, que se sentaran sin pies, como troncos mochos, en las sillas, en los bancos, en las citas, que no pudieran andar con zapatos con tacones de goma para depravar a los hombres. Después, Palacki se echó a llorar desesperadamente. Su llanto era tan sufriente, imploraba compasión con tal desespero que hasta la media luna a punto estuvo de ponerse a temblar detrás de las nubes. Incluso los graves, fumosos y melancólicos tejados se inclinaron al oír los ayes de Palacki. Aquí y allá apareció una lámpara en una ventana, como esas fogatas que se encienden en la costa para mostrar el debido respeto a un barco que se hunde en el mar. Sin embargo, nadie se atrevía a acudir en ayuda de Palacki, porque todos conocían los sentimientos de la señora Jella. Los

habitantes de la calle Jeremiás Frank y Señora preferían el favor de una persona viva a la amistad de un moribundo. La propia señorita Mars solo acompañó hasta la esquina a aquel hombre que se tambaleaba herido. Y cuando este comenzó a llorar como un desdichado, a gemir como un niño, la señorita se esfumó a hurtadillas.

Palacki se debatía por tanto solo en el umbral. Y entonces lo invadió quizá cierta ternura, cierto arrepentimiento, así como se ablanda el viejo bandido en la celda de los condenados a muerte. Tal vez le vinieron a la mente representaciones teatrales en las que actores de enorme cara morían en el escenario. Tal vez percibió que desde la ventana de arriba Natália lo observaba con el corazón en un puño, con un espanto infinito. Él permanecía tumbado, apoyado en un codo, y llamaba a testigos de su pasado para que aseguraran que él siempre había sido un hombre honesto. Se remitió a una dama anónima (a la que había conocido en una caseta de tiro en su juventud, durante una fiesta campestre rodeada de bosques en Ungvár), una dama que podía testimoniar de la honestidad del moribundo. Además, convocó para su defensa a todas las mujeres de piernas respetables, a la vez que insistía en ser víctima de las piernas provocativas de las mujeres de Pest. Cuanto más se le acercaba el terror desde la sombra, más rápido salían las palabras de su boca. Se confesaba en voz alta, desesperado, a la muda noche, a las casas cerradas a cal y canto, a la lúgubre luz de la luna. Se apresuraba, como si tras la confesión quisiera obtener la absolución aquí mismo en la tierra, pues quién sabía lo que le esperaba en el más allá. ¿Adónde, a qué terrorífica soledad, a qué terrible silencio, lo llevarían desde esta calle en la que a pesar de todo se percibía el calor de la existencia, la luz de las lámparas de la existencia? De forma desordenada, ahogándose, buscando entre temblores las palabras como el condenado en el patíbulo, contaba su vida. Hablaba sobre todo de su madre, de una «inocente víctima», de una pobre lavandera que fregaba las escaleras de los bloques de alquiler, que no paraba de fregar mientras el granuja del hijo pasaba a toda prisa en una calesa por delante de la casa... «¿Mamaíta, mamaíta, me podrás perdonar?» Estiraba las manos en busca del delantal andrajoso de la madre, que si hubiera estado allí le habría supuesto un alivio como el velo de la Verónica. Besaba en su imaginación las manos cuarteadas y desdichadas, los pobres pies descalzos, los hombros tristes y hundidos y ese corazón único, marchito, apenas vivo, el de su madre, que sin duda fue el único que de verdad lo amó en el curso de su larga vida.

Comenzó a nevar. El cielo amarilleaba, como si atardeciera o amaneciera. Las farolas de gas, como monjes encapuchados que acompañan a los muertos, se alineaban con sus llamas en la calle, pero Palacki no quería marcharse aún. La nevada llegó a gritos, como una

bandada de pájaros. Los copos no tardaron en cubrir los tejados, la ciudad empezó a vestirse con el color de la inocencia, como si a partir de ese día principiara un mundo nuevo y amable, una vida afectuosa de la que Palacki, sin embargo, había de despedirse. Ya no se escucharía el traqueteo de los carruajes en las calles, los gritos de la gente se volverían más apagados, el silencio parecería velado, porque esa mañana llegaría el invierno con su edredón enmudecedor. Qué bonito sería todo. Los copos sobre los sombreritos de las mujeres, el crujir de la nieve en las aceras, los escaparates iluminados, el hogar humeante en que se asarían las castañas, la música que emanaría de los cafés y la gente con las orejas rojas...

Palacki empezó a negociar con la muerte.

Farfullando aseguró que, si por esta vez se curaba, se portaría siempre bien. Que quería vivir tan solo un año más para arreglar cuanto había destrozado. Su actitud sería tan dulce como en la infancia, cuando llevaba una flor de las nieves en el sombrero y se levantaba al alba para llegar a tiempo a la misa en la que servía de monaguillo. Quería revivir la infancia en ese año que le regalara el Desconocido, recorrer las ciudades en las que fuera un joven feliz y visitar a los ancianos que habían sido buenos con él o sus tumbas. ¡Ay, qué verdes eran los pinos, qué rojos los arbustos y los campanarios, qué azules las ciudades allá en los alrededores de Poprádfalka!

Luego pidió al Desconocido que aceptara que pudiese andar en trineo en ese invierno, bajar por las tardes, después de la letanía, por los caminos de los montes de Buda o por las románticas calles en los aledaños del parque municipal, por la calle Abonyi, por ejemplo, donde los jardines y las ventanas eran tan limpias que en esas casas solo podían vivir personas felices; una tarde azul en la que el humo ascendía con forma de cola de gato desde las chimeneas, la nariz de la gente era roja, las damas elegantes se dirigían con botines, con sombreritos, haciendo tintinear los patines plateados a la pista de patinaje del parque municipal... Y él tenía que morir.

Vale, iba a morir, pero aún deseaba vivir ese otoño, ese mes previo al invierno. Deambular bajo las farolas de gas en las noches de lluvia o por las calles de Óbuda, donde el caminante había de encender una cerilla para leer el nombre de la calle.

La nieve cubrió la vía con una gruesa capa. La acera cobró una blancura tan virginal que parecía que jamás la habían pisado pies pecaminosos. Palacki estaba ahora acuclillado en el umbral y contemplaba desesperado cómo fluía su sangre por la nieve. Y se quejaba en voz cada vez más alta.

—¡A partir de ahora seré sacristán! —gritó Palacki en su desesperación definitiva—. Aunque sea en Óbuda, arrastrando los pies y con un bigote con forma de sacacorchos, aunque sea en el barrio de

Víziváros... de Wasserstadt[1]... una semanita más...

Sin embargo, el gallo que la señora Jella tenía en la cocina, porque no se fiaba de los relojes de la ciudad, cacareó por tercera vez.

Entonces Palacki miró alrededor, como quien ha perdido la batalla.

Soltó un estertor y se dio la vuelta rápidamente, como la liebre cuando da una voltereta después de recibir un disparo.

La puerta se abrió poco a poco y salió la señora Jella, vestida con una bata roja y un pañuelo grande sobre los hombros, seguida por el conserje que sujetaba una linterna.

—Eres un loco —dijo la señora Jella con una voz ciertamente conmovid—. No te me mueras aquí delante de mi puerta, porque la gente todavía se creerá que te han asesinado aquí.

A continuación, tanto ella como el conserje lo cogieron por las axilas, lo pusieron de pie y tambaleándose arrastraron al agonizante desde el umbral de la casa hasta la esquina, donde lo sentaron sobre un montón de piedras que estaba allí para que los borrachos tuvieran algún motivo para despotricar.

Palacki no abrió la boca durante todo ese rato, ni lo hizo después. Pesaroso y exánime, inclinaba la cabeza como el estornino en la vareta del cazador.

La señora Jella ordenó al conserje, al que le castañeteaban los dientes, que barriera la nieve manchada de sangre delante de la casa. Natália, que ya no veía a Palacki, se armó de valor, abrió la ventana de la planta de arriba y por unos instantes se fijó en la nieve que caía.

—¡Mamaíta! —se oyó desde lejos una voz sofocada.

En la ventana había una rosa marchita en un florero, y Natália la arrojó de pronto a la calle, a la nieve, como si realizara un misterioso ritual.

De pronto, un dolor desgarrador le recorrió el cuerpo como una sacudida. Volvió en sí viendo que la señora Bakaj estaba tumbada sobre ella, su rostro risueño colgaba al otro lado de la cama, y la mujer amasaba a Natália con las dos manos como si fuera un pan. Los rizos de la buena señora Bakaj emergieron de debajo de la cofia blanca y con voz riente y sonora gritó:

—¡Ganaremos el Premio de las Damas!

Y de repente una voz desconocida, jamás oída hasta entonces, se oyó en el paritorio. Aquella voz que parecía venir de otro mundo procuró a Natália un alivio infinito. Era, en una bahía azul ultramarino, en una mañana de color jaspeado, la voz de Venus que con el cabello adornado con corales venía al mundo en una concha rosada. Ordenó calma al pez espada, a la estrella de mar espinosa, al pez cabeza de martillo, al caballito de mar que hasta entonces se habían dedicado a desgarrar, dilacerar, serrar, perforar las entrañas de Natália. Dejó de temblar el fondo del mar. Volvieron a su sitio los

estratos, los montículos, los valles removidos. El mar brillaba tranquilo con el color del firmamento.

—¡Una niña! —gritó la señora Bakaj, que estaba junto al grifo centelleante del que fluía el agua. Apoyó las nalgas de la criatura en la palma de su mano y levantó a esa pequeña de piel colorada y boca jadeante tras su primer baño. La recién llegada se asentaba sobre la mano de la comadrona como sobre un trono regio. Todas la miraban a ella en la sala de parto. Cesaron los dolores y los gemidos de las otras dos parturientas. El rostro de la madre se iluminó, como si un resplandor extraordinario bañara esa carita que tanto había sufrido. La comadrona permanecía erguida, triunfante, como el arcángel que ha ayudado al nuevo redentor a venir al mundo. Y todos los ojos veían una aureola sobre la cabeza de esa criatura de pelo rojizo y cuerpo como un pétalo.

Ahí estaba la niña, el objetivo de la vida.

Venía de costas lejanas que los ojos humanos jamás habían visto, donde el oleaje entonaba un canto espectral al golpear contra los acantilados, donde cisnes invisibles viajaban por lo alto de la bóveda celeste y solo el velo mágico de sus melodías descendía hasta el mar, donde los santos tocaban el arpa con la incipiente luz de la luna y bamboleaban las piernas. Allí estaba también el Monte de los Pájaros, desde donde las nuevas almas emprendían el vuelo rumbo a la lejana tierra. Y adonde cansadas volvían las que habían cumplido su tarea.

O venía quizá de las riberas de grandes ríos donde las estrellas contemplaban sus brillantes ojos en las aguas profundas, donde rugía el silencio en los bosques y la nube se detenía sobre la espesura para fundirse con la milenaria hojarasca. Allí estaba en medio de todo el Árbol de la Vida, cuyas hojas son innumerables. Esas suaves hojitas, flores, semillas, espinas, estambres, vilanos caían del Gran Árbol para navegar por rápidas corrientes hacia lugares habitados por los hombres, transportando la luz de las estrellas, el polen de la inocencia, la voz de las cigüeñas desde lejanos ríos.

O tal vez venía de detrás de las nubes, adonde nunca llegaba la vista, donde detrás de su cortinaje azul marino dormitaba el arco iris, solo se oían de lejos los truenos, y el haz luminoso de los crepitantes rayos que sacudían la tierra no parecía más que la luz de una cerilla. Donde sobre los damascos de las nubes revestidas de la irradiación de las estrellas, sobre las alfombras iluminadas por el sol, la eterna lozanía de los prados, el hogar eterno de los fulgores, en el mundo de la pureza y del placer se acodaba en silencio el Alma, que con su brillo veía de la misma manera el grano de polvo más diminuto, la hoja moribunda de un árbol y al lactante que abre la boca en el universo. Donde andaban de puntillas tanto el viento como el sonido de órgano de los mares y la flauta vibrante de los bosques y el contrabajo de las

montañas y los vivaces violines de la primavera y los melancólicos violonchelos de los otoños, todo ello era solo el sonido de una lejana orquesta. Se llamaba cielo y en sus estrellas los santos se habían construido pequeñas casas donde en medio de un resplandor eterno brillaban con sus vestimentas rojas y azules, sus barbas rubias y sus frentes níveas... De allí vino tal vez la criatura en esa particular noche.

Y ahora emprendía el camino por la tierra, recorría el sendero que cada cual huella para sí y que ha de recorrer solo, por muchos amigos y compañeros de destino que encuentre en su andadura. Al final del camino estará el sepulturero apoyado sobre su pala, fumando tranquilamente en pipa. No le corre prisa. Pero ¿qué ocurrirá hasta que, como anciana encorvada, con el haz de las ramas secas del pesar y de la preocupación sobre la espalda, la niña vaya a parar a los brazos del sepulturero? ¿Podrá mirar atrás hacia un pasado feliz, hacia un camino ameno sobre el que se inclinan los frutales y donde una casita tranquila se alza tras pacíficas vallas verdes, con la bendición escrita en la pared, con la bendición escrita en el corazón, y las habitaciones huelen a membrillo en otoño? ¿O quedará atrás una vida de aventurero, como un trapo rojo tirado en la carretera? ¿Ululará el búho de la desdicha por la noche sobre el tejado o se abrirán flores felices y despreocupadas ante la ventana? ¿Adónde irán esos piececitos? ¿Caerán las flores blancas del manzano sobre la cabecita culminada con un moño o asistirá la luz de la luna a los llantos torturantes de las noches de insomnio? ¿Querrá irse volando con las grullas en otoño, se levantará de su arrodillamiento en la nave de la iglesia con el corazón liberado de las esposas? ¿Irá lamentándose con el viento por el cementerio en busca de la tumba de su madre? ¿Verá su rostro sonriente en el espejo del río, sonará la alegría en su voz, amanecerá el cielo en sus ojos cuando el reloj de cuco avise en el rincón en los días funestos?

Estos pensamientos recorrían el corazón y el espíritu de la madre mientras apretaba entre los brazos a la criatura, el corazón contra su corazón, los labios contra sus labios, los ojos contra sus ojos. Este era el beso por el que tanto había tenido que sufrir Natália. Por la felicidad indescriptible de ese beso la mantuvo con vida el destino. El beso que se dieron su hija y ella fue su recompensa en la tierra.

Después de ese beso y de ese abrazo dulcemente se durmió.

En vano intentaron despertarla, en vano llegaron los médicos con sus batas blancas, las pestañas de Natália se hundieron, su cabeza empezó a sentir un mareo, su vista se volvió insegura, su lengua dejó de obedecer, solo fue capaz de alzar los brazos hacia su hija, como queriendo bendecirla mientras moría.

János Czifra y Sueño salieron a la calle con lágrimas en los ojos.

Amanecía, y el campanario de la plaza Bakáts se alzaba iluminada

en el centro de la plaza como escalera que era de las almas. El viento lloriqueaba alrededor de los muros de la iglesia. La maternidad con sus ventanas y cortinas blancas y con sus lámparas quedaba abajo como el molino de la vida que no cesa de trabajar.

El dueño de la funeraria ni siquiera se dio cuenta de que estaba solo. Al llegar la mañana, su amigo nocturno se había esfumado sin despedirse. Como si Sueño se hubiera adentrado en el distrito de Ferencváros, en la compleja red de callejuelas con sus bloques de viviendas. Por un momento dio la impresión de que se oían unos pasos en la calle Kinizsi. Pero el dueño de la funeraria no encontró a nadie en la calle. Alguien tosió después en la calle Mátyás. Era solo el viento que despertaba a una veleta.

Extenuado, enjugándose la frente, el dueño de la funeraria volvió a la clínica. Tocó el timbre y pidió hablar con la señora Bakaj.

—Voy a adoptar a la niñita que acaba de nacer —declaró de forma inopinada János Czifra—. Y enterraré a la madre que ha muerto.

Miró alrededor para ver si Sueño estaba a su lado. ¿Aprobaría el misterioso extraño sus palabras?

En una calleja lateral iba silbando sonoramente un fantasma que se había retrasado.

[1]Víziváros/Wasserstadt: la misma palabra en húngaro y en alemán, «ciudad del agua», barrio situado a la orilla del Danubio en el lado de Buda. (N.d.T.)